

Al Qantir

**Monografías y Documentos
sobre la Historia de Tarifa**

Número 15 - Año 2013

Tarifa medieval Episodios

Proyecto TARIFA2010

Al Qantir

Monografías y Documentos

sobre la Historia de Tarifa

Número 15 - Año 2013

Todos los derechos quedan reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento sin permiso expreso de los titulares de la propiedad intelectual.

Director:

Wenceslao Segura González
editor@alqantir.com

Comité Científico:

Manuel López Fernández
Juan Antonio Patrón Sandoval
Wenceslao Segura González

Edita:

Proyecto TARIFA2010
Vista Paloma, 41
11380 Tarifa (Cádiz)
www.tarifa2010.com

Página web:

www.alqantir.com

Depósito Legal:

CA-190-2010

ISSN (en soporte papel):

2171-5858

ISSN (edición digital):

1989-985

Portada:

Detalle de un cuadro del claustro del Real Monasterio de Santa María de Guadalupe (Cáceres), en el que se lee el siguiente texto: «Pasando a España por el estrecho de Gibraltar el Rey de Marruecos Albohacén con más de seiscientos mil moros y juntándose con el de Granada cercaron Tarifa salióles al encuentro el Rey Don Alfonso XI de Castilla con muy desigual ejército de castellanos y portugueses hizóles levantar el cerco dióles batalla junto a un río que se llama el Salado y con el favor de nuestra Señora a quien el Rey se había encomendado y prometido venir a visitarla en esta casa los moros fueron vencidos y muertos más de doscientos mil falleciendo de los cristianos sólo veinte. Año 1340.»

Contraportada:

Detalle del anterior cuadro del claustro del Real Monasterio de Santa María de Guadalupe.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Contenido

Introducción	1
---------------------------	---

ARTÍCULOS

1 La conquista de Tarifa y su defensa en tiempos de Sancho IV	5
<i>Manuel López Fernández</i>	
2 La fecha y la hora de la batalla del Salado	73
<i>Wenceslao Segura González</i>	
3 La adivinación en la batalla del Salado	101
<i>Wenceslao Segura González</i>	
4 La batalla de Tarifa en las historias musulmanas	129
<i>Selección de Wenceslao Segura González</i>	

DOCUMENTOS

5 La batalla del Salado en «Os Luisiadas»	159
<i>Luis de Camoens</i>	
6 Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno	167
<i>Telesforo Trueba y Cossío</i>	
7 Guzman the Good	189
<i>Telesforo Trueba y Cossío</i>	

Introducción

Con este ejemplar número 15 celebramos los diez años desde la aparición de *Al Qantir*, una publicación dedicada a la edición de monografías y documentos sobre la historia de Tarifa y editada por Proyecto TARIFA2010.

Desde su nacimiento, *Al Qantir* se ha esmerado por presentar trabajos de la máxima calidad científica y este número 15 muestra esta vocación por la investigación de nivel.

«Tarifa medieval. Episodios» es el título de este ejemplar, en el que se recogen investigaciones sobre dos sucesos de gran trascendencia para el reino de Castilla: la conquista de Tarifa por Sancho el Bravo en 1292 y la batalla del Salado de 1340.

Manuel López Fernández, profundo conocedor de la historia medieval campogibraltareña y Premio de Investigación de Temas Tarifeños, analiza de forma exhaustiva las circunstancias de la conquista de Tarifa por Sancho IV, ampliando las investigaciones que sobre el asunto realizara la académica Mercedes Gaibrois.

Del medievalista Wenceslao Segura González son tres investigaciones centradas en la batalla del Salado, uno los princi-

pales episodios de la España medieval.

Completan este ejemplar la transcripción de las diecinueve estrofas que Luis de Camoens dedicó en el siglo XVI a la batalla de Tarifa y que aparecen en el poema *Os Luisíadas*.

Este número 15 de *Al Qantir* concluye con la reedición de una notable obra literaria. La breve novela romántica «Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno» que escribiera Telesforo Trueba Cossío en la primera mitad del siglo XIX. Reproducimos la obra en su inglés original y en una traducción al español.

Conjuntamente con este número 15 se distribuye, a modo de suplemento, un breve pero muy interesante documento titulado «Callejeros históricos de Tarifa», donde se recoge la evolución del nomenclator de las calles tarifeñas desde mitad del siglo XIX.

Tarifa, diciembre de 2013

Artículos

Capítulo I

La conquista de Tarifa y su defensa en tiempos de Sancho IV

Manuel López Fernández

Sinopsis

La conquista de Tarifa en 1292 y su posterior defensa en 1294 fueron acontecimientos históricos estudiados en profundidad por Mercedes Gaibrois, quien hace ya casi un siglo volcó sus conocimientos sobre estos temas en sendos trabajos: «Tarifa, y la política de Sancho IV de Castilla», e «Historia del reinado de Sancho IV de Castilla». De estos magníficos estudios, apoyados en una exhaustiva documentación, han bebido después los tratadistas de la historia medieval de Tarifa, aunque no todos han estado conformes con las perspectivas históricas de la historiadora citada. De todas maneras, a lo largo de casi una centuria la investigación histórica en general ha aportado datos nuevos, y la Arqueología concretamente nos ha obsequiado con hallazgos relacionados con aquellos momentos. Aprovechando estas circunstancias, hemos querido reformular una nueva visión de los hechos, especialmente desde el punto de vista puramente militar.

Introducción

La conquista de Tarifa fue la gesta militar más importante del reinado de Sancho IV; un logro del que estaba orgulloso el mismo monarca, como lo demuestra repetidas veces y a título personal en el libro dedicado a la educación de su hijo y heredero, el infante

Fernando, ¹ obra que se conoce como *Castigos de Sancho IV*. En el prólogo de la misma dice el monarca que el libro se hizo «[...] en el año que con ayuda de Dios gané Tarifa a los moros, cuya era, que avía mas de seisçientos años que la tenían en su poder desde que la perdió el rey don Rodrigo, [...] e la di a fe de Jhesucristo». Entendemos, por la cita anterior, que el rey de Castilla se jactaba de que Tarifa entrara en su reino y volviera a su religión seis siglos más tarde de que otro antecesor suyo la hubiera perdido a manos de otros que no profesaban la fe de Cristo. Por lo que entendemos, este libro de Sancho IV resulta un claro ejemplo de adoctrinamiento para su hijo ya que en el interior del mismo hizo pintar una viñeta muy significativa al respecto. ²

Pero no es éste el único documento donde Sancho IV se muestre ufano por la incorporación de Tarifa a la corona de Castilla, así como su interés por mantenerla dentro de los dominios castellanos a pesar de las muchas dificultades que ello le acarreó. Una muestra de lo anterior puede ser la carta escrita a los obispos de su reino, ³ aunque la que hasta nosotros ha llegado vaya dirigida concretamente al obispo, al deán y al cabildo de la Iglesia de Badajoz; en la misma hace alusión don Sancho a los muchos sacrificios realizados para la conquista de Tarifa, al tiempo que insiste en la importancia estratégica que tenía la plaza para los musulmanes de África cuando dice que «[...] aquel era el meior paso que ellos avian, et mas seguro para pasar a la nuestra tierra et para tonar a la suya



Ilustración 1.- Queda patente que esta viñeta del *Libro de los Castigos* está cargada de simbolismo didáctico y religioso.

[...]», motivo por el que estaban tratando de reconquistarla año y medio más tarde de su incorporación a Castilla. ⁴

La importancia estratégica de Tarifa, tanto para los norteafricanos como para los naturales de la Península, venía reconocida desde los tiempos del califato de Córdoba cuando Abd-al-Rahaman III, llevado por su preocupación de controlar el Estrecho, construyó el castillo de Tarifa ⁵ ante el peligro que para él representaba la presencia fatimí en el norte de África allá por los años centrales del siglo X. Esa importancia estratégica de Tarifa creció cuando los almorávides intervinieron en la Península y se consolidó definitivamente en tiempos de los almohades, a mediados del siglo XII. Según nos informa el autor de *Rawd al -Quirtas*, los almohades entraron en al-Andalus por Tarifa en la primavera de 1145 al contar con la sumisión de sus habitantes ⁶ y volvieron a utilizar las playas tarifeñas en 1169. ⁷ En los años inmediatos, los contingentes militares norteafricanos utilizarán la plaza y sus inmediaciones para penetrar en la Península con frecuencia. ⁸ La razón fundamental para la intensificación de estas actividades de tipo bélico es que los almohades decidieron potenciar el puerto de Alcazaseguer en detrimento del ceutí, ⁹ pero creemos que en esa decisión también influyó el hecho geográfico de que Algeciras estaba rodeada por un cinturón montañoso que dificultaba el tránsito entre su bahía y el valle del río Guadalquivir, inconveniente que no se daba en Tarifa ya que sus tierras están francamente abiertas al interior debido a las insignificantes pendientes del escalón orográfico que se interpone en sus caminos hacia el norte, el puerto denominado Puertollano. ¹⁰

Los contingentes benimerines, o meriníes, siguieron en muchas ocasiones el camino abierto por los almohades utilizando los puertos marítimos de Alcazaseguer, en la orilla africana, y Tarifa en la europea. De hecho, la primera vez que los ejércitos de esta dinastía arribaron a playas tarifeñas fue en mayo de 1275, repitiendo sus desembarcos a finales de junio de 1277 y en abril de 1285, según señala Ibn Abi Zar. ¹¹ Siguiendo esta dinámica, también desembarcaron en Tarifa en la segunda mitad del mes de septiembre de 1291 para poner cerco a Vejer y raiar el entorno jerezano. Ésta será la última vez que los ejércitos norteafricanos utilicen Tarifa

para su desembarco, pero queremos precisar que el paso del Estrecho se produjo en esta ocasión en unas circunstancias que llaman poderosamente la atención, al haber sufrido la flota del sultán Abu Yacub una parcial derrota frente a Alcazaseguer, en los primeros días del mes de agosto. La situación en que se dio el nuevo desembarco de los ejércitos benimerines, así como las posteriores consecuencias sobre Vejer y su entorno, debieron suponer toda una frustración para el rey de Castilla quien, de una manera u otra, debía sentirse responsable de que su padre hubiera fracasado en la conquista de Algeciras en 1279.¹² Así no sorprende que cuando le comunicaron la noticia del desembarco de 1291 decidiera abiertamente empeñarse en controlar la orilla norte del Estrecho conquistando Algeciras, no Tarifa.

Finalmente, la conquista de Tarifa resultó una consecuencia indirecta del proyecto inicial; en nuestra opinión, esta circunstancia se produjo porque en un principio los castellanos no supieron valorar en su justa medida la importancia de la guarnición que defendía la plaza.

La situación político-militar anterior a 1292

En octubre de 1285, unos meses después de que el sultán meriní Abu Yusuf hubiera levantado el cerco a Jerez, obligado por la proximidad del ejército de Sancho IV y por la eficaz intervención de la flota situada en el Estrecho, se llegó a un pacto entre los dos mandatarios en un lugar que la crónica denomina Peña Ferrada¹³ al que consideramos más cercano al río Barbate que al Guadalete, a pesar de que Ibn Abi Zar lo sitúe próximo a este último río.¹⁴ Este tratado de paz entre castellanos y benimerines se prorrogó posteriormente en mayo de 1286¹⁵ –cuando Abu Yacub ya había heredado el trono de Abu Yusuf–,¹⁶ y luego en octubre de 1288;¹⁷ gracias a esta última renovación, el nuevo sultán pudo atender con más dedicación la serie de rebeliones que se produjeron por entonces en el Magreb contra el reino de Fez.¹⁸

Al igual que con Castilla, el sultán de los meriníes también mantenía buenas relaciones con el reino de Granada, de lo cual se aprovechó Muhammad II para recuperar antiguas posesiones;¹⁹ sin embargo, al desconfiar el monarca granadino de los norteafricanos,



Ilustración 2.- Dibujo del flanco este del recinto murado de Tarifa. Tomado de la *Ilustración Ibérica* del 10 de enero de 1891.

inició por entonces una aproximación a Sancho IV consciente de que ni a granadinos ni a castellanos les interesaba que los benimerines tuvieran plazas en la Península y, menos aún, que controlaran ambas orillas del Estrecho. En este ambiente político-militar se produjo en mayo de 1290 una ofensiva de Abu Yacub contra el reino de los Abd al-Waddíes de Tremecén que no finalizó hasta el mes de noviembre del mismo año. Animado por estas circunstancias que se vivían en el norte de África, Sancho IV no renovó las treguas con los norteafricanos y comenzó a prepararse para la guerra al nombrar por primera vez en su reinado un adelantado mayor de la Frontera ²⁰ en la persona de Fernán Pérez Ponce ²¹ y volver a requerir los servicios de Benito Zacarías, ²² uno de los mejores capitanes de la marinera república de Génova.

Ya en los primeros meses de 1291 daban resultado las gestiones del rey de Castilla ante Granada y Génova. Por lo que indican al respecto las fuentes históricas de esta última, ²³ el día 19 de marzo salió del puerto de la ciudad italiana Benito Zacarías al mando de siete galeras que habían de unirse en el Estrecho con otras cinco construidas en Sevilla. Como en años anteriores, este movimiento del marino genovés respondía a un contrato acordado con Castilla

a finales de 1290, o principios de 1291, en cuyas condiciones –aunque desconocidas para nosotros–, debemos dedicar unas líneas si tenemos en cuenta la fecha de salida de la flota genovesa de su puerto de origen y lo que ocurrió en el Estrecho a finales del mes de septiembre del último año señalado. Ateniéndonos a estos aspectos, creemos que el acuerdo establecido entre el rey de Castilla y Benito Zacarías debía extenderse a lo largo de siete meses que transcurrirían entre mediados del mes de marzo y mediados del de octubre. Era éste el espacio temporal ²⁴ en el que resultaba más probable que los benimerines cruzaran el Estrecho para potenciar sus guarniciones en la Península y la misión de las galeras genovesas, junto a las que allí tenía Castilla, no era otra que dificultar o impedir tal circunstancia. Ahora bien, como las galeras eran unas embarcaciones muy limitadas en los largos desplazamientos y generalmente practicaban la navegación de cabotaje, la duración del viaje desde Génova al Estrecho era un factor que debía ser tenido en cuenta por los contratantes ya que la separación entre uno y otro punto supera los 1.500 kilómetros.

Teniendo en cuenta la distancia anterior y que en los largos viajes una galera se desplazaba a un promedio diario de 70 kilómetros, el trayecto se podía hacer en 21 días; pero este tiempo nos resulta relativamente corto si consideramos que desde Barcelona al Estrecho las flotas del reino de Aragón tenían concertado un promedio de 15 días para efectuar el citado desplazamiento. ²⁵ Por tanto, no debe sorprender que el tiempo predeterminado para llegar desde Génova a la zona de operaciones donde actuaría la flota al mando de Benito Zacarías estuviese fijado en 25 días, tiempo que normalmente corría a expensas de la parte contratante y que en este caso concreto tendrá repercusiones negativas para el reino de Castilla en la etapa final del contrato, ²⁶ como veremos en su momento.

Así las cosas, suponemos que las siete galeras de Zacarías llegarían al Estrecho en la primera decena del mes de abril, fechas en las que ya habían comenzado las alteraciones militares en la zona del conflicto, bien porque Abu Yacub estuviese enterado de los movimientos de Sancho IV, o bien porque se hubiesen producido algunos ataques de los castellanos a las posesiones benimerines, como

apunta Ibn Jaldún. Según dice este autor, para responder a ese tipo de acciones provocadas por los castellanos, en el mes de abril el jefe de sus fuerzas en la Península, Ibn-Irgacen, iniciaba un ataque sobre Jerez y su alfoz ²⁷ al tiempo que el sultán, desde Fez, ²⁸ movilizaba al ejército y a la flota. Por lo que se refiere a las fricciones en tierra, debemos suponer que los benimerines fueron rechazados con cierta facilidad por las fuerzas castellanas que operaban en la Frontera ²⁹ ya que en la crónica real no se hace mención a ningún tipo de choque armado.

Si el ataque de los benimerines a Jerez tuvo poca trascendencia militar, creemos que debió ser más que suficiente para que, a efectos políticos, Castilla y Granada se decidieran a cerrar filas frente a los norteafricanos. Con posterioridad a la ofensiva meriní —ya en el mes de mayo—, se presentó en Burgos ³⁰ el adelantado mayor de la Frontera ³¹ acompañado del arráez de Andarax ³² para llegar a un acuerdo político en el que Mohammad II de Granada ³³ aceptaba volver al vasallaje de Castilla, pagando a Sancho IV las parias correspondientes. ³⁴ La crónica real resulta muy escueta al respecto, pero el asunto ha merecido un tratamiento más profundo por parte de distintos historiadores, porque los acuerdos entre Castilla y Granada fueron en esta ocasión más allá de la simple vuelta de Granada al vasallaje de Castilla. ³⁵ Por lo que nosotros entendemos, este acuerdo político trascendió del simple pago de parias y concluyó en una alianza político-militar, entre vasallo y señor, ³⁶ que tenía como finalidad hacerse con el control de los principales puertos situados en la orilla norte del Estrecho, situación que finalmente llevaría al enfrentamiento de los dos reinos en años posteriores, concretamente por la cuestión de Tarifa.

Aunque Mercedes Gaibrois no aceptó la existencia de un acuerdo entre Castilla y Granada en los términos que implicara ciertos derechos de este último reino sobre Tarifa, ³⁷ lo cierto es que la mayoría de los historiadores que se han ocupado del tema se muestran proclives a admitirlo. ³⁸ Lo hacen porque resulta difícil aceptar la «generosa» intervención de los granadinos en el conflicto del Estrecho, oponiéndose a sus correligionarios del norte de África y favoreciendo «graciosamente» a la Castilla cristiana desde la primavera de 1291. Dadas las circunstancias que señalan las fuen-

tes, lo más razonable es dejarse llevar por la lógica de que los dos aliados –Castilla y Granada– acordaron repartirse desde un primer momento las posesiones arrebatadas a los benimerines en la orilla norte del Estrecho, aunque ese proyecto inicial se complicó luego y no pudo llevarse a la práctica tal y como se había diseñado en un principio, según iremos viendo en páginas posteriores.

De momento sólo indicar que los historiadores norteafricanos contemporáneos al conflicto –Ibn Jaldún e Ibn Abi Zar– son los primeros en hablar de esta cooperación entre Granada y Castilla, corroborada posteriormente por Ibn al-Jatib,³⁹ así como por las fuentes genovesas⁴⁰ y por la documentación del reino de Aragón.⁴¹ Conjugando la información que aportan fuentes y documentos, llegamos a la conclusión de que hubo un pacto entre el rey de Granada –como vasallo– y el rey de Castilla –como señor– para colaborar contra los benimerines, tanto por tierra como por mar, y repartirse luego las ganancias obtenidas; como el botín a repartir eran las villas de Algeciras y Tarifa, cabe la posibilidad de que al reino castellano se adjudicara en el reparto la mayor de las dos villas por cargar con el esfuerzo principal de la campaña, mientras que Granada se quedaba con Tarifa. Tal vez no fuese ésta la situación óptima para ninguno de los aliados, pero dadas las circuns-



Ilustración 3.- Idealización del cerco a Tarifa en 1294, según el extremeño Pedro Barrantes Maldonado, historiador de la Casa de Niebla en el siglo XVI. Real Academia de la Historia.

tancias puede que Sancho IV aceptara tal reparto porque una presumible Tarifa granadina quedaría encajada entre posesiones castellanas, como lo eran Vejer y Algeciras, en caso de que se llegara a conquistar esta última.

Mientras en la Península trataban de estos detalles, el sultán Abu Yacub se había puesto al frente de su ejército y dejaba Fez emprendiendo el camino del Estrecho.⁴² El sultán llegó esta vez a Alcazarseguer en el mes de mayo y esperó aquí la llegada de más efectivos terrestres, así como a la flota necesaria para cruzar hasta la Península.⁴³ Estos movimientos no escaparon a la flota aliada castellano-granadina bajo el mando de Benito Zacarías, quien no tardó en entablar batalla con la flota meriní reunida en Alcazarseguer.⁴⁴ Según fuentes genovesas,⁴⁵ el enfrentamiento naval tuvo lugar el día 6 de agosto frente a las costas norteafricanas y la flota de Zacarías infligió una severa derrota a la del sultán, circunstancia que no oculta el autor de *Rawd al-Qirtas*⁴⁶ sin dar más detalles al respecto. Por su parte, la crónica real de Sancho IV⁴⁷ resalta la victoria del marino genovés añadiendo que la flota del sultán estaba compuesta por 27 galeras mientras que la de Zacarías sólo la formaban 12 de estas embarcaciones, la cuales se llevaron amarradas después del combate a 13 de las galeras musulmanas,⁴⁸ poniendo en fuga a las restantes. Aun siendo posible esta brillante victoria de Zacarías, parece más razonable creer que las 12 galeras castellanas estuvieron ayudadas por las granadinas; más lo parece todavía cuando las fuentes genovesas hablan de que, después de la batalla naval frente a Alcazarseguer, continuaron vigilando el Estrecho 20 galeras del reino de Granada⁴⁹ para impedir que los norteafricanos pasaran a la Península vituallas y otras cosas necesarias para la guerra.

A pesar del desastre naval, presenciado desde la costa por Abu Yacub,⁵⁰ el sultán permaneció en Alcazarseguer según dice Ibn Abi Zar, historiador mejor enterado que el cronista castellano a tenor de lo que ocurrió en la zona en las semanas siguientes. Y lo que vino a suceder, no fue otra cosa que Abu Yacub consiguió reunir una nueva flota y en una segunda tentativa pasó el Estrecho con su ejército a finales del mes de septiembre sin que la flota castellano-granadina se arriesgara a combatirla, según dice Ibn Jaldún.

⁵¹ No sabemos con certeza qué pudo ocurrir en realidad para que, en poco menos de dos meses, Abu Yacub pudiera invertir la negativa situación que viviera a primeros de agosto. Todo apunta a que hubo un descuido por parte de la flota que dirigía el flamante almirante de Castilla – Benito Zacarías –, ⁵² o que se produjo una disminución de efectivos de la misma a mediados de septiembre.

En este sentido, nos inclinamos abiertamente por esta última situación teniendo en cuenta las circunstancias en que había quedado la flota norteafricana y lo avanzado de la fecha para las condiciones navales del Estrecho. Uno y otro factor pudieron influir decisivamente para que Castilla y Granada estuvieran de acuerdo en reducir efectivos en el Estrecho; y más razonable parece lo anterior cuando el contrato de las naves genovesas podía finalizar a mediados de octubre ⁵³ según dijimos páginas atrás. Teniendo en cuenta esto último, no debe extrañar que las galeras genovesas abandonaran las aguas del Estrecho sobre el 20 de septiembre, ⁵⁴ circunstancia que pudo aprovechar Abu Yacub unos días más tarde para imponerse en el dominio naval de la zona. Una vez dueño del Estrecho, Abu Yacub pudo pasar con relativa facilidad los efectivos de su ejército y desembarcarlos una vez más en Tarifa, tal y como señala Ibn Abi Zar, ⁵⁵ para poner cerco a Vejer poco después y llegar con sus algaras hasta las proximidades de Sevilla. ⁵⁶

Cuando Sancho IV recibió la noticia de lo que había ocurrido en el Estrecho y que el sultán había puesto cerco a Vejer, se dirigía el monarca castellano a entrevistarse en Ciudad Rodrigo con el rey de Portugal; ⁵⁷ no sorprende que entonces, ante las noticias que le llegaban, el rey de Castilla manifestara abiertamente su decisión de apoderarse de Algeciras, según nos dice la crónica real. ⁵⁸ Pero Sancho IV sabía por su experiencia reciente ⁵⁹ que Algeciras era un hueso difícil de roer y que para conquistarla necesitaba toda la ayuda externa que pudiera, de aquí que en aquellas fechas no dudara en intensificar sus contactos diplomáticos con Aragón y Tremecén. De las relaciones con estos reinos nos informan mejor los documentos de la época que las crónicas reales, y así podemos enterarnos de que una embajada de Tremecén, posiblemente favorecida por los contactos con Granada, ya estaba en la Península a finales del mes de octubre visitando a Jaime II de Aragón ⁶⁰ y poco

después a Sancho IV de Castilla.⁶¹

Como de estos embajadores de Tremecén no hablaremos hasta más tarde, digamos ahora que las relaciones entre Castilla y Aragón habían mejorado ostensiblemente con la llegada de Jaime II al tro-



Ilustración 4.- Estatua de Sancho IV el Bravo, esculpida en piedra blanca por Francisco de Vògue entre 1750 y 1753. Parque del Buen Retiro de Madrid.

no aragonés, en agosto de 1291.⁶² A mediados de septiembre se estableció el cese de hostilidades entre ambos reinos y creemos que, como consecuencia del desembarco de lo benimerines en Tarifa, se debieron incrementar las buenas relaciones entre los dos monarcas; tanto fue así que no tardó en concertarse una entrevista personal entre ambos para finales de noviembre, en Monteagudo (Soria).⁶³ Mientras llegaba la fecha del encuentro, firmemente decidido a continuar su empresa bélica sobre Algeciras,⁶⁴ Sancho IV dio un paso adelante y pidió ayuda económica a un grupo de

obispos castellanos con los cuales se reunió en Medina del Campo a primeros del antes citado mes. Como resultado de aquella entrevista, el Rey obtuvo un servicio extraordinario de un millón cuatrocientos mil maravedíes e «mando luego armar muy grand flota en los puertos de la mar de Castilla e de Asturias e de Galicia [...]».

Después, el rey de Castilla se dirigió a Monteagudo con el fin de entrevistarse con el rey Jaime II de Aragón. El encuentro tuvo lugar el día 28 de noviembre en la frontera entre ambos reinos, para volver a reunirse al día siguiente en Monteagudo, lugar donde se

firmó un tratado de alianza entre los dos reinos ⁶⁵ y se concertó la boda del rey aragonés con la hija del castellano, la infanta Isabel; ⁶⁶ unos días después –concretamente el día 1 de diciembre– se celebró la boda en Soria al tiempo que se matizaban las líneas generales del acuerdo firmado en Monteagudo. ⁶⁷ Entre los muchos aspectos que abarcaba aquel acuerdo, cabe destacar aquí los relacionados con las ayudas militares que se ofrecieron las partes, así como las condiciones económicas en que ambos reyes se comprometían a ejecutarla. Así, por lo que a la ayuda naval se refiere, ⁶⁸ se precisó que mientras el acuerdo estuviese en vigor Aragón ayudaría a Castilla con una flota de 20 galeras pagadas durante los cuatro meses que este reino quisiera; por añadidura se precisó entonces que si los que ayudaban obtenían del enemigo común un botín superior a las 300 doblas en bienes muebles, ⁶⁹ había de quedar para la parte que ayudaba; ahora bien, si el reino que recibía la ayuda estaba interesado en hacerse con el botín, debía pagar a la otra parte el importe de su valor. ⁷⁰

Esta buena sintonía entre los reyes de Aragón y Castilla se manifestó en la permanencia del monarca aragonés en Soria hasta el día 9 de diciembre, fecha en la que las dos cortes emprendieron el camino hacia el reino de Aragón, correspondiendo Sancho IV de esta manera a la invitación de Jaime II. El 12 de diciembre la real comitiva llegaba a Calatayud mientras continuaban los enfrentamientos en la zona fronteriza próxima al Estrecho, más concretamente sobre Vejer y su entorno geográfico. Sin embargo, tal vez porque se acercaba el invierno o porque la presión de las fuerzas fronterizas castellananas era muy fuerte, el sultán Abu Yacub decidió por aquellas fechas levantar el cerco a esta última villa y retirarse a Algeciras para más tarde pasar a Marruecos, ⁷¹ no sin dejar bien guarnecidas Algeciras y Tarifa. ⁷²

La noticia del levantamiento del cerco de Vejer le llegó a Sancho estando en Calatayud, ⁷³ cuando ya tenía muy elaborado el proyecto de hacerse con Algeciras al año siguiente. En este sentido podemos decir que sus relaciones con los reinos vecinos se acercaban a un estado óptimo ya que a lo largo de 1291 había mantenido su buena amistad con Francia y mitigado las diferencias que le distanciaban del rey de Portugal, al tiempo que para afrontar su

nueva empresa se había aliado con Aragón, Granada y Tremecén. Y si sus relaciones exteriores marchaban por el buen camino, los conflictos internos del reino también habían mejorado ostensiblemente, sobre todo después de que el 24 de agosto de aquel mismo año pusiera en libertad a su hermano, el infante don Juan, ⁷⁴ aliviando la tensión que sobre la Corona ejercía los miembros de la familia castellana de los Lara.

El inicio de las operaciones militares

El rey de Castilla permaneció en Burgos durante los tres primeros meses del año 1292, ⁷⁵ y no fue hasta marzo cuando Sancho IV recibió a los embajadores del reino de Tremecén, quienes habían llegado a Castilla en noviembre del año anterior y esperaban pacientemente en Toledo hasta que el rey los recibiese. ⁷⁶ Precisamente por esa tardanza en recibirlos, tenemos la impresión de que los embajadores del reino norteafricano conocían ya la positiva actitud del rey castellano con respecto a su alianza contra los benimerines y esperaban alguna cosa más concreta. En nuestra opinión, lo que esperaban los pacientes embajadores norteafricanos no era otra cosa que una fecha; la fecha del inicio de las operaciones militares contra los benimerines en la Península ⁷⁷ para coordinar así las operaciones militares contra sus vecinos y rivales en el Norte de África. Pero esa fecha dependía fundamentalmente de las noticias que a Sancho IV le llegaban de Aragón, y estaba en relación directa con la evolución de la construcción de aquellas galeras aragonesas que habían de participar en el bloqueo del Estrecho. No podemos asegurarlo, pero creemos que esa fecha tan importante no fue decidida hasta el mes de marzo y fue entonces cuando el rey castellano recibió a los embajadores de Tremecén.

Como parece lógico, la fecha en cuestión debió mantenerse en secreto por aquellos que formaban parte del entorno diplomático más próximo a los gobernantes aliados contra los benimerines. Por lo que al reino de Castilla se refiere, no creemos que se divulgara hasta mediados del mes siguiente; en este reino se debía esperar la convocatoria de una hueste general después de los movimientos político-militares que se venían produciendo desde finales del año anterior, pero a la mayoría de los vasallos de Sancho IV les queda-

ba por saber la magnitud de la hueste que preparaba el monarca, así como el lugar y fecha de concentración del ejército y de la flota que había de intervenir en la zona del Estrecho. Por lo que leemos en la crónica, parece que el rey de Castilla difundió tales datos poco antes de reunirse nuevamente con el rey de Portugal en Ciudad Rodrigo,⁷⁸ encuentro que tuvo lugar el día 30 de abril de 1292 según nos dice Mercedes Gaibrois.⁷⁹ Aunque la difusión de la fecha de convocatoria se procuraba mantener en secreto hasta última hora, sospechamos que tal dato ya se conocía en Castilla si consideramos que la orden del rey debía llegar a todos los lugares del reino y que los primeros movimientos de tropas comenzaron a primeros de mayo. Esto último no pudo ser de otra manera si tenemos en cuenta que las fuerzas procedentes del norte de la Península, tanto por mar como por tierra, habían de llegar a Sevilla en la fecha que señala la crónica: la festividad religiosa de Pentecostés.⁸⁰ Por tanto, lo más lógico es que la difusión pública de la fecha de reunión de la hueste se hiciera a mediados de abril, coincidiendo precisamente con una importante reunión que tuvo el rey de Castilla en Zamora⁸¹ y en la que recibió cantidades importantes de dinero; por tales circunstancias, creemos que fue en esta reunión zamorana donde se hizo público que la hueste y la flota debían estar en la ciudad de Sevilla el domingo de Pentecostés, festividad que aquel año se celebró el día 25 de mayo.⁸²

Pero como tenemos la impresión de que esta convocatoria de hueste general no afectó a todo el reino por igual, queremos dedicar unas líneas a este asunto para luego hacer una aproximación a los efectivos que pudo reunir el rey de Castilla frente a Tarifa en el cerco de 1292. En este intento queremos defender la posibilidad de que a tal convocatoria acudieran todos los señores e hidalgos del reino de Castilla, pero no los concejos de algunas regiones norteñas ni tampoco las del reino murciano, los cuales quedaron excluidos de participar presencialmente en la campaña de aquel año, aunque naturalmente quedaran sujetos a pagar la fonsadera correspondiente.⁸³

Nos inclinamos a defender estos datos sin conocer fuente alguna que trate de tales circunstancias, aunque sí conocemos un documento elaborado por dos consejeros de Sancho IV, Juan Mathe



Ilustración 5.- **Escultura sedente de Sancho IV el Bravo, colocada junto a la entrada del castillo de Tarifa. Obra de Manuel Reiné Jiménez.**

de Luna y Fernán Pérez Maimón, en los días finales de agosto de 1294 cuando se acababa de levantar el primer cerco de los benimerines a la Tarifa cristiana.⁸⁴ En estas fechas, los dos consejeros propusieron al rey de Castilla un nuevo proyecto para apoderarse de Algeciras en la primavera del año siguiente y, dado el paralelismo circunstancial existente entre 1292 y 1294, suponemos que el plan de operaciones de este último año tal vez no fuese muy diferente al que se pudo elaborar con la misma finalidad a principios del año 1292, plan pensado para actuar sobre Algeciras aunque finalmente dio como resultado la conquista de Tarifa. Este documento de 1294 del que vamos a hablar resulta muy interesante por la cantidad de detalles que proporciona, así que a falta de datos más directos sobre la campaña de 1292, lo tomaremos como referencia para esta última.

Y entrando ya en el documento de 1294, por lo que a las fuerzas de tierra se refieren, señalaremos que los consejeros reales proponen al monarca que convoque a todos los ricos hombres⁸⁵ del reino y a los concejos de «la Estremadura» y de «la Frontera», remarcándole al rey que aquellos efectivos eran más que suficientes para alcanzar el objetivo previsto. En lo referente a la fecha del comienzo de las operaciones y al modo de realizarlas, recomiendan Juan Mathe y Fernán Pérez que el Rey inicie la campaña muy temprano de manera que la hueste esté sobre Algeciras en el mes de abril; pero precisan al respecto que no traiga todo el contingente en una sola vez, sino que divida a éste en dos tandas separadas entre sí por los tres meses que duraba el servicio obligatorio que tenían los vasallos para con el monarca;⁸⁶ de esta manera, apuntan los autores del proyecto que tratamos, la primera tanda comenzaría su servicio en abril y finalizaría en junio, mientras que la siguiente comenzaría a servir en julio y terminaría a finales de septiembre. De este modo, aseguraban los consejeros al monarca, habría efectivos y tiempo suficiente para ganar Algeciras y algún otro lugar cercano.⁸⁷

Dado que en el documento que seguimos se considera que el mes de abril es una fecha temprana para iniciar un cerco, debemos entender que la fecha del inicio de la campaña de 1292 bien pudo ser a comienzos del mes de mayo, circunstancia que viene corroborada por la crónica cuando habla de que en la última decena de dicho mes la hueste y la flota estaban concentrándose en Sevilla. Ahora bien, si esto es aceptable para señores y concejos de la Estremadura, no creemos que para los señores y concejos de la Frontera se dieran las mismas circunstancias por estar más cercanos al lugar del conflicto. Tanto es así que suponemos a determinados señores y concejos de la Frontera sirviendo a sus expensas, o pagados por el rey, en lugares fronterizos a los dominios de los benimerines en las inmediaciones del Estrecho. Esto lo suponemos así porque, en la primavera de 1291, ya vimos cómo los musulmanes sorprendieron a las guarniciones cristianas y llegaron hasta Jerez, pero esta circunstancia no se repitió en 1292 a pesar de que las guarniciones benimerines habían sido reforzadas a finales del año anterior.⁸⁸ Así las cosas, tiene cierta lógica pensar que si las

algaras de los benimerines no se produjeron en la primavera de 1292 fue porque alguien trataba de impedirlo, más que por la falta de ganas de los benimerines por llevarlas a cabo.

Estas tropas castellanas que actuaban en la zona en conflicto jugarán más tarde un importante papel en beneficio de la flota, elemento indispensable para el bloqueo de puertos tales como



Ilustración 6.- Dibujo idealizado de la Puerta del Retiro en el siglo XIX, en el que se aprecia la falta de rastrillo. Por este lugar, situado en el lienzo oriental de las murallas tarifeñas, penetraba en la villa el arroyo del Retiro. Cuadro de Juan Labao, colección particular.

Algeciras y Tarifa. Porque sin la colaboración de una flota para bloquear el acceso marítimo a dichos puertos, el cerco a cualquiera de estas plazas hubiera resultado infructuoso de gozar los sitiados de la mínima posibilidad de abastecerlas por mar. Podíamos citar más casos, pero sirva como ejemplo el de Alfonso X cuando intentó apoderarse de Algeciras en 1279; en esta ocasión en concreto, la flota castellana estuvo actuando en el Estrecho desde el otoño anterior con la finalidad de dificultar o impedir la llegada de suministros a Algeciras.

De modo que, si Sancho IV tenía los mismos propósitos que su padre y organizaba una operación similar para la primavera de 1292, lo más lógico es pensar que su flota estuviese vigilando el Estrecho desde el otoño anterior. Así lo creemos decididamente

porque, aparte de lo que se hizo al respecto en 1278-1279, para la operación que proyectaban Juan Mathe y Fernán Pérez, no dejan de aconsejar estos hombres al Rey que mantuviera la operación de bloqueo marítimo del Estrecho desde septiembre de 1294 hasta el mes de abril de 1295, momento en el que había de iniciarse el cerco por tierra. Para esta larga operación de bloqueo marítimo, los consejeros del rey de Castilla le proponen que pida al de Aragón la continuidad de las quince galeras que entonces tenía frente a Tarifa, además de las tres que tenían alquiladas de Génova y las diez propias que disponían en Sevilla; no obstante, puntualizan que una vez comenzado el cerco por tierra debía contar al menos con 30 galeras de combate, por lo que debía armar alguna más para sustituir a las de Aragón en el caso de que Jaime II no estuviese dispuesto a intervenir en la operación que se preparaba sobre Algeciras para 1295.

Tomando en consideración lo anterior, creemos que para la operación naval proyectada para 1292 contaba Sancho IV con un número semejante de galeras, aunque los aliados difieran ligeramente. Lo consideramos así cuando partimos de las circunstancias que se dieron en torno a la batalla naval de Alcazarseguer y de las que se dieron en tiempos inmediatamente posteriores; como antes hemos apuntado, puede que no se contara en la primavera de 1292 con las siete galeras genovesas que habían intervenido en la batalla de Alcazarseguer, pero se tenían las cinco castellanas y algunas de las que disponía Benito Zacarías ⁸⁹ además de aquellas otras que se hubieran podido armar de las doce que en tal ocasión se consiguió arrebatar a los musulmanes; por otro lado, sabemos que pudieron llegar más galeras con la flota que vino del Cantábrico, a las que debemos sumar las otras diez galeras que se esperaban procedentes de Aragón. Por tanto, creemos que los efectivos navales para la operación de la primavera de 1292 podían ser ligeramente más altos que los que se buscaban para la de 1295; es decir, que Castilla contaba con más de 30 galeras, eso sin contabilizar con el apoyo de la flota granadina la cual debió situarse, más que en el Estrecho propiamente dicho, en el mar de Alborán para hacerse con Estepona. ⁹⁰ Porque no olvidemos que el reino de Granada estaba ya abiertamente enfrentado a Abu Yacub y su flota si-

guió colaborando con la de los aliados cristianos en esta ocasión, según veremos con más detalles.

Pero ni el reino de Granada ni el de Aragón colaboraron por tierra con Castilla; así que trataremos ahora de hacer una aproximación a los efectivos terrestres que pudo convocar Sancho IV para la campaña de 1292, teniendo en cuenta que las cantidades que se puedan dar no tienen más que un valor aproximativo porque ninguna fuente aporta datos directos, circunstancia por la que tendremos que apoyarnos en convocatorias de huestes anteriores y posteriores a la de 1292. En este sentido, y teniendo en cuenta que en 1285 los ricos hombre del reino consiguieron reunir cuatro mil caballeros,⁹¹ tal vez no sea muy desacertados suponer que en esta ocasión se pudieron reunir otros tantos. Por añadidura, a estos efectivos de caballería debemos sumarle aquellos que constituían las milicias de los concejos situados en las extremaduras castellana⁹² y leonesa,⁹³ además de las fuerzas concejiles del reino de Toledo⁹⁴ y también los de la Andalucía castellana, conocida ésta en aquellos tiempos como la Frontera.

A pesar de tener limitados geográficamente a los concejos que pudieron intervenir en la campaña de 1292, resulta muy difícil cuantificar sus efectivos, pero hemos de tener en cuenta que para aquellas fechas las ciudades y villas ya constituían un elemento de peso en la estructura política del reino, de manera que sus efectivos debían ser superiores a los del conjunto de los señores;⁹⁵ por esa razón, y teniendo en cuenta que no acudieron todos los concejos del reino, podemos suponer que aportaran otra cantidad semejante de caballería con lo que Sancho IV pudo contar con una cantidad próxima a los ocho mil caballeros en aquella campaña, cuantía que por otro lado se asemeja a la que reunió Alfonso XI en Sevilla cuando acudía a descercar Tarifa en 1340. Si este monarca también reunió entonces unos doce mil peones, puede que Sancho IV contara con una cantidad semejante para 1292, pero hemos de tener en cuenta que estos efectivos debieron llegar a Tarifa de manera escalonada para afrontar un largo asedio, tal y como se temían los castellanos que sucediera.

Una vez expuesto lo relativo a los efectivos navales y terrestres para la campaña de 1292, señalaremos que los primeros movimien-

tos militares correspondientes a la misma debieron comenzar forzosamente con la intensificación de las funciones de vigilancia del Estrecho, una vez que pasó el invierno. Aunque documentalmente nada se sabe del número total de galeras que intervinieron frente a Tarifa en 1292, lo que sí parece más seguro –sobre todo después de la aparición de ciertos restos arqueológicos–,⁹⁶ es que la flota realizó por entonces un adelantamiento de su base de operaciones para conseguir mayor eficacia en el desarrollo de su misión. Este movimiento consistió sencillamente en ocupar por la fuerza de las armas un lugar de la mayor importancia estratégica para la flota que vigilaba las aguas del Estrecho, como lo era el entorno de las ruinas de la antigua Baelo Claudia. Porque es muy posible que con anterioridad la flota que intervenía en el Estrecho tuviera su base operativa en El Puerto de Santa María,⁹⁷ pero con las limitaciones tácticas propias de las galeras de finales del siglo XIII,⁹⁸ nos parece que este puerto estaba relativamente lejos del Estrecho para intervenir con eficacia⁹⁹ a lo largo de los 60 kilómetros de longitud del mismo.¹⁰⁰

Es muy probable que las ventajas estratégicas de la ensenada de Bolonia con respecto al Estrecho fuesen conocidas por los marinos de Castilla desde mediados del siglo XIII,¹⁰¹ y tal vez fuese utilizada por la fuerza cuando la flota del Cantábrico intervino a retaguardia de los benimerines para obligar a éstos a levantar el cerco a Jerez en 1285, pero creemos que la ocupación continuada de la misma no se hizo con anterioridad a la primavera de 1292, precisamente en los primeros compases ofensivos de la campaña militar de este año. Y si tuviéramos que poner fecha al inicio de esta primera ofensiva de las fuerzas fronterizas de Castilla, no dudaríamos en responder que fue en la segunda quincena del mes de abril, poco después de finalizada la Semana Santa.¹⁰²

Eran aquellas fechas de 1291 un momento decisivo y había que evitar a toda costa que embarcaciones procedentes del norte de África proporcionaran apoyo humano y logístico a las guarniciones de Tarifa y Algeciras,¹⁰³ plazas ya reforzadas en el invierno anterior antes de que el sultán saliera para Marruecos. No habla la crónica de Sancho IV de esta última circunstancia, pero las fuentes genovesas que aquí seguimos nos dicen que cuando Tarifa fue ga-

nada por los cristianos salieron de ésta más de tres mil hombres de armas,¹⁰⁴ después de las bajas sufridas durante cuatro meses de sitio. Aunque en los primeros momentos de la refriega la guarnición de Tarifa fuese ligeramente inferior, en el mejor de los casos podía suponer un serio incordio para la retaguardia castellana si se le ponía cerco a Algeciras como estaba proyectado; eso sin considerar que la guarnición tarifeña podía servir de apoyo a posibles desembarcos de efectivos provenientes de Marruecos. Por tanto, no debe sorprender que las autoridades militares de la Frontera creyeran necesario apoderarse de Tarifa antes de establecer el cerco sobre Algeciras, operación que debía comenzarse a primeros de junio coincidiendo con la llegada a la zona del grueso de fuerzas correspondientes al primer contingente de sitiadores. Conjugando las circunstancias hasta ahora expuestas, llegamos a la conclusión de que una vez establecida la base de la flota en la ensenada de Bolonia las operaciones contra la plaza de Tarifa pudieron iniciarse a finales de abril o en los primeros días del mes de mayo,¹⁰⁵ aunque suponemos que sin fuerzas suficientes para lograr el objetivo buscado, la consolidación del cerco se fue retrasando como luego veremos con más detalles.

Así que mientras parte de las fuerzas de la Frontera trataba de acercarse a Tarifa y la flota castellana utilizaba como base de operaciones la ensenada de Bolonia,¹⁰⁶ ya en la segunda decena del mes mayo debieron pasar por aquí 11 galeras aragonesas camino de Sevilla, donde debía estar esperándolas el rey de Castilla. Estas galeras aragonesas, a tenor de la documentación que manejamos, debieron salir de Barcelona sobre el día 10 de mayo¹⁰⁷ con el fin de llegar a Sevilla antes del domingo de Pentecostés.¹⁰⁸ Ciñéndonos a una frase de la carta que el rey de Jaime II dirigió a su embajador, Albert de Mediona, diciéndole que encontraría al rey de Castilla en la Frontera,¹⁰⁹ sospechamos que las operaciones entre aragoneses y castellanos estaban coordinadas de tiempo atrás y la muestra de ello es que Sancho IV había llegado a Sevilla el día 24 de dicho mes, víspera de Pentecostés. Al hilo de lo anterior, no creemos andar desencaminados sin nos inclinamos a pensar que la fecha de concentración del ejército y la flota en la ciudad del Guadalquivir estaba concertada para la fecha religiosa antes mencionada.

Apoyándonos ahora en la crónica real,¹¹⁰ parece que por aquellas fechas el rey se reunió con sus consejeros para escuchar de primera mano la situación militar que se vivía en la zona del Estrecho. Y lo que escuchó el rey de Castilla de boca de sus consejeros con respecto al retraso de las operaciones frente a Tarifa no debió agradarle mucho; no pudo resultarle grato porque las noticias le obligaban a cambiar de planes con respecto a los que de tiempo atrás venía preparando. Debieron ser aquellos unos momentos de confusión y agobio para el monarca ante las circunstancias militares que se atravesaban frente a Tarifa, situación que procedía de una infravaloración de la capacidad defensiva de esta villa; consecuencia directa de que las operaciones en torno a ella se habían hecho con insuficientes efectivos. Pero lo peor que pudo escuchar el rey de aquellos consejeros militares no fue que Tarifa siguiera resistiendo por aquellas fechas, sino que la conquista de la villa podía resultar tarea difícil; por ello, según dice la crónica, aquellos hombres entendidos en asuntos de guerra debieron aconsejar a Sancho IV que se olvidara de Algeciras y pusiera cerco a Tarifa, porque según dice el cronista “era la mar mas estrecha alli, e que avia alli mejor salida para los caballos cuando los moros pasasen aquende, que en otro lugar ninguno”.¹¹¹ Así que fue en Sevilla, antes de finalizar el mes de mayo de 1292, cuando el rey olvidó su proyecto algecireño y se decidió abiertamente por conquistar Tarifa.

Aproximación, cerco y conquista de Tarifa

Poco hablan las crónicas castellanas del cerco a Tarifa en 1292 a pesar de la importancia de su conquista para el reino, tal y como literalmente lo hiciera notar el propio Sancho IV en las repetidas citas del *Libro de los Castigos* y en la correspondencia posterior al hecho de armas que nos incumbe. Sin duda alguna, las especiales circunstancias en las que se escribió la crónica de este rey de Castilla¹¹² tuvo mucho que ver en la parquedad del cronista con respecto a la conquista de Tarifa. Lo que también llama la atención es que Jofré de Loaysa, personaje coetáneo a los hechos¹¹³ y escasamente condicionado por la finalidad que buscaba el cronista real, tampoco dé mucha importancia a este acontecimiento militar; más atento a las relaciones políticas entre Castilla y Francia, la conquista de



Ilustración 7.- **Vista de Tarifa desde uno de los padrastrros de la zona oriental. Fotografía de Jean Laurent tomada hacia 1879. Archivo Ruiz Vernacci.**

Tarifa ¹¹⁴ la pone el autor en relación directa con la vuelta al rey de Castilla de la embajada que éste envió al rey francés, ¹¹⁵ Felipe IV, en la primavera de 1291 para dar explicaciones de los términos del acuerdo que había contraído con Jaime II de Aragón en el otoño del año anterior.

Por otro lado, los historiadores musulmanes tampoco se prodigan en relatar detalles sobre el cerco cristiano que supuso la pérdida definitiva de la plaza del Estrecho por parte de sus correligionarios; no obstante, tanto Ibn Abi Zar como Ibn Jaldún nos dejan algunas interesantes pinceladas sobre el asunto. Y, finalmente, en lo referente a lo aportado por otras fuentes cristianas, cabe señalar en primer lugar que, tanto las crónicas como la documentación procedente de los reinos de Aragón y Portugal, son parcas en noticias sobre el tema que aquí tratamos; las genovesas, por otro lado, sin ser abundantes nos proporcionan datos muy sustanciosos al respecto.

Al conjugar la información obtenida de las fuentes anteriormente

citadas y ponerlas en relación con otras circunstancias similares de la misma época, tenemos la impresión de que los datos proporcionados por Ibn Abi Zar y por Ibn Jaldún son ciertos, pero que cada uno de ellos se refiere a un momento distinto del cerco a Tarifa. Así, cuando el primero de estos autores habla del 20 de abril como inicio del cerco a Tarifa, puede que se esté refiriendo al momento en que los cristianos realizan sus primeros ataques sobre tierras tarifeñas; Ibn Jaldún no data el inicio del cerco, pero cuando dice que Tarifa estuvo sitiada cuatro meses queremos entender que contabiliza desde el momento en que el cerco a la misma está formalizado en toda regla hasta que los castellanos se hicieron con el castillo tarifeño, casi a mediado el mes de octubre, lo que nos lleva a pensar que para él la formalización del cerco por parte de los castellanos pudo hacerse antes de mediado el mes de junio.¹¹⁶ Desde luego, ésta misma es la sensación que transmite un documento fechado el 15 de junio en la «ueste de Tarifa», cuando la Orden de Calatrava¹¹⁷ vende a don Alemán de Montoro el castillo de este último nombre situado en el reino de Aragón; por lo que se intuye, el cerco debía estar consolidado por esa fecha y existir cierta tranquilidad por parte de los calatravos para que el aragonés se acerque al campamento de Tarifa con el fin de que se le extienda el documento de compraventa.

A tenor de lo que venimos exponiendo en este trabajo, lo más probable es que después de tomado el entorno de las ruinas de Baelo Claudia y animados por el éxito de aquella operación, las mismas fuerzas que intervinieron aquí intentarían una aproximación a Tarifa; pero no creemos que las fuerzas benimerines de guarnición en Algeciras y Tarifa lo permitieran; parte de estas fuerzas debieron adelantar sus posiciones y sospechamos que aprovecharon las condiciones que la orografía les proporcionaba en los estrechos pasos que se forman en las proximidades de la Peña del Ciervo¹¹⁸ y en la bajada a Tarifa desde Puertollano.¹¹⁹ No sabemos cuánto tiempo consiguieron los benimerines retener la acometida de los castellanos para forzar estos pasos,¹²⁰ pero lo que sí cabe suponer es que mientras esto se logró tuvieron tiempo los musulmanes para reforzar la defensa y el aprovisionamiento de Tarifa con efectivos y materiales llegados de Algeciras, situación a la que

los mandos castellanos no habían dado demasiada importancia inicialmente.

Analizando la situación con cierto detenimiento, llegamos a la conclusión de que buena parte del mes de mayo lo pudieron invertir las huestes fronterizas castellanas en vencer la resistencia de los benimerines tarifeños en sus defensas instaladas a campo abierto. Es posible que esta situación se hiciera llegar a Sevilla y también lo es que los primeros contingentes llegados de zonas extremaduras, tanto las mesnadas señoriales como las huestes concejiles, fuesen enviados desde la ciudad del Guadalquivir para tratar de vencer las primeras dificultades. Pero ni aún después de superadas éstas mejoró la situación táctica sobre la zona en conflicto porque las fuerzas benimerines, en su retroceso, debieron buscar refugio dentro de las murallas de Tarifa. Aquello vino a complicar los planes de los castellanos porque la numerosa guarnición encerrada tras los muros tarifeños era un peligro a retaguardia por las razones que antes hemos apuntado.

Así que se impuso para los de Castilla la necesidad ineludible de apoderarse en primer lugar de la plaza de Tarifa y, al verse impotentes para hacerlo antes de finales de mayo, se debió llevar la noticia a Sevilla por las fechas en que Sancho IV llegaba a la ciudad del Guadalquivir. Aquellas negativas noticias trastocaban los planes del rey castellano, quien posiblemente se acordara entonces de la facilidad con la que su hermano Pedro llegó con su ejército hasta Algeciras en 1279, cosa que le estaban dificultando a él. De cualquier manera, no se arredró y tardó poco en tomar la determinación de dirigir su ejército hacia Tarifa,¹²¹ ayudado por la decisión de su círculo más cercano.

Poco se ha reparado en quiénes podían ser aquellos consejeros que asesoraban al rey de Castilla, pero entre ellos cabe imaginarse a los señores más destacados del reino, entre los que podían estar el adelantado mayor de la Frontera, el alférez real, los maestros de las órdenes militares, el almirante Benito Zacarías y el embajador de Jaime II, Albert de Mendiona, junto al vicealmirante aragonés Berenguer de Montoliu¹²² por estar al mando de la flota aragonesa. Tal debió ser la decisión y optimismo de los castellanos en aquella reunión, que Albert de Mediona volvió al reino de Aragón sin

negociar con Abu Yacub ¹²³ por expreso deseo de Sancho IV. Ahora bien, como Sancho IV envió a su ejército a cercar Tarifa y él se quedó en Sevilla, cabe preguntarse por la persona que le sustituyó en la coordinación de las operaciones militares sobre el teatro de operaciones. Lo cierto es que no podemos asegurarlo, pero dadas las circunstancias parece que es aquí cuando militarmente ¹²⁴ se rehabilita de nuevo ante la nobleza del reino la figura de un personaje que tristemente quedó vinculado a la historia tarifeña. Nos referimos en este caso al infante don Juan, de quien sabemos que después de su puesta en libertad ¹²⁵ siguió fielmente a su hermano, el rey de Castilla; por lo menos conocemos que estuvo con él en Monteagudo ¹²⁶ y en Zamora ¹²⁷ y en esta buena sintonía es muy probable que en la primavera de 1292, después de la huida de don Juan Núñez ¹²⁸ a Francia, fuese nombrado adelantado mayor de la Frontera. ¹²⁹

Así las cosas, es posible que la dirección de las operaciones na-



Ilustración 8.- Arranque de la torre medieval sobre el lado occidental de la cávea del teatro de Baelo.

vales quedaran bajo la dirección del almirante Benito Zacarías ¹³⁰ y las fuerzas de tierra dirigidas por el alférez real – Alfonso de Meneses –, ¹³¹ aunque por encima de ellos se situara el infante don Juan, quién debió convencer a su hermano para que se quedara en Sevilla mientras él se hacía con Tarifa. Sea como fuere, lo que no previeron los consejeros castellanos fue que esta plaza iba a resistir los primeros envites castellanos a pesar de que desde primeros de junio participaran conjuntamente en el asedio el ejército y la flota. Las galeras de esta última debieron mantener su base de operaciones en la ensenada de Bolonia, a una prudente distancia de la zona de operaciones, mientras las naves de carga que venían de Sevilla con provisiones, armamento e impedimenta, atracaran en algún otro sitio más cercano a Tarifa y preparado para el efecto. Porque los once ingenios que traían las naves del Cantábrico, con destino al cerco de Algeciras, debieron ser descargados en las cercanías de Tarifa para asentarlos frente a sus murallas y hostigar con ellos a los defensores de la misma.

Una vez llegado el grueso del ejército castellano a la villa del Estrecho, debieron los sitiadores de consolidar sus posiciones ofensivas y asentaron sus campamentos de forma definitiva alrededor de Tarifa. Al parecer, uno de estos campamentos estaba situado entre el río de la Vega y la llamada loma del Pinganillo, ¹³² y nos atrevemos a creer que otro podía estar ubicado en las proximidades del hoy llamado arroyo del Retiro, ¹³³ dominando el camino que venía de Algeciras para enlazar – a través del cerro del Camorro –, con la flota que bloqueaba Tarifa por el mar. ¹³⁴ Según las cifras que venimos dando, una vez que el grueso del primer contingente sitiador llegó a Tarifa, es posible que los efectivos de éste duplicaran ampliamente al de las fuerzas sitiadas; pero no olvidemos que teniendo a retaguardia la guarnición de Algeciras no debieron los sitiadores descuidar los ataques provenientes de ésta. Porque finalmente la ayuda militar de los granadinos por tierra no resultó todo lo eficaz que los castellanos hubieran esperado; no dudamos de que siguieran colaborando en la vigilancia del mar con su flota, pero por lo que a tierra se refiere, no parece que el rey de Granada pasara de adelantarse hasta la ciudad de Málaga y hacerse con Estepona en aquella campaña. ¹³⁵

Por ello creemos que parte del ejército sitiador tuvo que ocuparse de las avenidas procedentes de Algeciras al tiempo que el resto se ocupaba propiamente de domeñar a los de Tarifa. Porque en estas situaciones bélicas eran frecuentes las salidas de los sitiados con la finalidad de romper el cerco, o para atacar el emplazamiento de los ingenios que dañaban sus defensas. De estas salidas sobre las fuerzas sitiadas se defendían los sitiadores con cavas o fosos que discurrían a prudente distancia de las murallas; pero si tenemos en cuenta lo señalado por el cronista del rey Fernando IV,¹³⁶ es probable que los castellanos no hicieran ninguna cava¹³⁷ frente a Tarifa con el consiguiente peligro que implicaba para los sitiadores.

Debido tal vez a estas circunstancias –no tener cavas para protegerse de las salidas de los sitiados y tener que responder también a las ofensivas provenientes de Algeciras– la toma de Tarifa se fue retrasando contra todo pronóstico; por esta razón, suponemos nosotros, Sancho IV no pudo soportar la inactividad que implicaba permanecer en Sevilla y decidió ponerse en camino hacia el Estrecho una vez pasada la festividad de San Juan,¹³⁸ casi un mes después de que lo hiciera el grueso de su ejército; ateniéndonos a la distancia y al itinerario, debemos suponer que llegaría a Tarifa en los últimos días de junio, o más probablemente en los primeros de julio.¹³⁹ A pesar de este gesto del monarca, todo apunta a que a lo largo de dicho mes no ocurrió nada trascendental en el cerco, porque ninguna fuente recoge nada en especial; por el contrario, sí ocurrió en agosto ya que las anales genoveses nos informan que el día 20 de este mes los sitiadores penetraron en los arrabales de la villa.¹⁴⁰

De esta entrada de los castellanos en la Aljaranda –porque tuvo que ser en este barrio– tampoco hablan las crónicas castellanas, siendo un acontecimiento militar digno de tener en cuenta; los detalles sobre dicha entrada se desconocen por tanto, pero creemos que en este sentido se puede tener en cuenta –con las reservas consiguientes– la tradición existente en Tarifa relacionada precisamente con la entrada de los castellanos en la villa. Se dice al respecto que en el camarín de la iglesia de Santiago –situada junto a la muralla de levante– había una inscripción en la que se decía que por un postigo existente en aquel lado de las murallas se

ganó Tarifa el día 21 de septiembre.¹⁴¹ Como se puede ver, la fecha no coincide con lo que dicen las fuentes genovesas, pero es muy posible que los castellanos entraran en la Aljaranda por aquel postigo, inmediato a una de las zonas que pudo ser más castigadas por las máquinas de guerra.¹⁴²

Sin embargo, esta entrada en los arrabales de Tarifa no tuvo una repercusión trascendental ni en sitiadores ni en sitiados; por lo que es posible, tal y como apuntaba Mercedes Gaibrois, que en el interior de la Aljaranda se combatiera reñidamente adarve por adarve¹⁴³ a partir de entonces y hasta que el domingo 21 de septiembre, festividad de San Mateo.¹⁴⁴ En esta fecha se debió dar un combate decisivo que terminó con la conquista de algún punto sensible de la defensa por parte castellana, lo cual obligó a los defensores a entablar negociaciones con los sitiadores tratando de evitar una matanza innecesaria. Ante esta situación, el rey de Castilla no tuvo inconveniente para que se entablaran conversaciones con los sitiados y no parece que entre las partes se tardara mucho en establecer una fecha en la que los sitiados quedaron obligados a entregar la plaza si Abu Yacub no acudía en su ayuda. Y lo que finalmente ocurrió fue que el sultán no envió refuerzos para levantar el cerco de los castellanos a Tarifa; no sabemos si fue a causa de la amenaza del reino de Tremecén desde sus fronteras orientales, o por conflictos internos en su reino; Manzano Rodríguez¹⁴⁵ señala al respecto que fue esta última situación la que impidió a Abu Yacub ocuparse de Tarifa al tener que sofocar una rebelión surgida en Tazuta.

Por la información que nos transmiten las fuentes,¹⁴⁶ hubo un aplazamiento negociado entre las partes y su extensión fue de tres semanas;¹⁴⁷ este espacio de tiempo lo consideramos relativamente amplio y nos obliga a suponer que Sancho IV manejaba por entonces información fidedigna sobre lo que ocurría en el Magreb; de haber sido de otra manera, no creemos que el rey de Castilla hubiera concedido a los sitiados un plazo tan largo. Pasado éste, los castellanos hicieron su entrada en Tarifa en una fecha en la que difieren ligeramente las fuentes que manejamos; por una parte, la fecha que da Ibn Abi Zar corresponde al día 13 de octubre, mientras que los *Anales Genoveses* señalan el día 14 del mismo mes. Desde

luego, el historiador genovés parece bien informado al respecto cuando, además de lo relativo a la fecha, precisa que salieron de Tarifa un total de 8.664 personas de las que más de 3.000 eran hombres de armas.

Considerando la precisión del autor de los Anales con respecto a Tarifa, no podemos despreciar el dato que nos proporciona al decir que el rey de Castilla tenía el dominio de las tierras el día 14 de agosto. Con respecto a lo anterior, siguiendo ahora las costumbres de la época, es posible que el plazo fijado para la entrega de Tarifa finalizara el 12 de octubre y al día siguiente salieran los sitiados de la plaza al tiempo que los sitiadores ocupaban el castillo.¹⁴⁸ Sin musulmanes en el interior de la villa, es muy posible que Sancho IV y su ejército hicieran la entrada oficial el día 14 de octubre tal y como se señala en los *Anales Genoveses*.¹⁴⁹ En el aspecto religioso, si se actuó igual que está documentado para los casos de Córdoba,¹⁵⁰ Jaén,¹⁵¹ Sevilla,¹⁵² y Algeciras,¹⁵³ es posible que el mismo día 13, mientras salían los musulmanes y los castellanos tomaban el castillo y las torres, el arzobispo de Sevilla,¹⁵⁴ don García, bendijera la mezquita para consagrarla al rito cristiano. La finalidad de esta última acción no era otra que celebrar en ella, ya el 14 de octubre, la consiguiente misa de acción de gracias después de la magna procesión¹⁵⁵ con la que los ejércitos medievales castellanos solemnizaban su entrada en las ciudades y villas conquistadas a los musulmanes.

No hay dudas de que la entrada de los castellanos en Tarifa se hizo en octubre, y no en septiembre como pudiera parecer por la lectura de la crónica de Sancho IV, porque la noticia no llegó a Barcelona hasta después del día 17 de octubre, con posterioridad a que desde esta ciudad saliera hacia el Estrecho correspondencia del rey de Aragón dirigida al monarca castellano y en relación a la paga de la flota.¹⁵⁶ En el momento de escribir esta carta, nada se sabía todavía en Barcelona de la entrada de los castellanos en Tarifa; sin embargo, en otra misiva del rey aragonés al rey de Castilla escrita el día 24 de octubre dice don Jaime respecto al asunto: «[...] después que nuestra letras os enviemos sabemos que aviedes presa Tarifa, la cual cosa nos plaze muy de coraçon [...]»¹⁵⁷ Además de esta felicitación, el rey de Aragón comunica al de Castilla



Ilustración 9.- Vista reciente de la ensenada de Bolonia. Bajo la línea de nubes, en el horizonte, se aprecian las relativamente cercanas costas de África.

en esta carta que la totalidad de la flota aragonesa continuaría en el Estrecho a disposición de Sancho IV, y aunque no se precisa por cuánto tiempo más, cabe suponer que fue hasta la llegada del invierno.¹⁵⁸

Al hilo de lo anterior, no caben dudas de que Sancho IV se preocupaba por retener el dominio sobre la plaza recién conquistada, motivo por el se había apresurado a informar del hecho al rey de Aragón y a pedirle que la flota continuara allí hasta cumplir los ocho meses acordados.¹⁵⁹ De todo lo anterior deducimos, que para mediados de octubre de 1292, la postura del rey de Castilla con respecto a Granada había cambiado totalmente. Por un lado sabía que Algeciras no podía ser tomada en aquella campaña; por otro, su postura con respecto al valor militar de Tarifa había cambiado totalmente como consecuencia del conocimiento directo del entorno geográfico de la plaza y de su proximidad a las costas africanas, cosa que antes sabía a través de otros.

En estas circunstancias, y sabiendo además que los granadinos se había hecho con Estepona, no creemos que Sancho IV estuviera dispuesto a entregar Tarifa a Muhammad II. Al hilo de lo anterior,



Ilustración 10.- **Escultura de Guzmán el Bueno en León, obra de Anicetos Marinas García.**

todo apunta a que el rey de Castilla pretendía retener la plaza y que estaba dispuesto a continuar su relación de alianza con Granada para desalojar a los benimerines de Algeciras. Por tanto, no tiene mucha credibilidad la leyenda de que don Sancho quisiera destruir Tarifa y que fue el maestre de la Orden de Calatrava, Rodrigo Pérez Ponce, quien le convenció de que no lo hiciera; dado que de esta opinión se hace eco un historiador calatravo,¹⁶⁰ cabe la posibilidad que la leyenda surgiera en el seno de esta Orden con la finalidad de engrandecer la figura de aquel maestre, a quien su rey le confió la posterior defensa de Tarifa a cambio de pagarle dos millones de maravedíes con carácter anual,¹⁶¹ una muestra más de que el rey estaba francamente interesado en mantenerla para Castilla.

Lamentablemente no conocemos más detalles del acuerdo existente entre Sancho IV y el maestre Rodrigo Pérez Ponce en lo relativo a la defensa de Tarifa, pero la crónica puntualiza que el rey se comprometió a tener siempre galeras en el Estrecho para su defensa.¹⁶² Al hilo de esto último, Tarifa pasó a ser la base de operaciones de la flota castellana abandonando las aguas de la ensenada de Bolonia; y cabe suponer que fue por entonces, como consecuencia de las muchas obras que por entonces se debieron hacer para reparar y mejorar las defensas de la villa, cuando pudo surgir en las ruinas de Baelo una torre cuyo arranque destaca y domina todavía sobre el ala occidental de la cávea del teatro de Baelo.¹⁶³

Después de permanecer Sancho IV unos días en Tarifa, organizando los asuntos de su reciente conquista, el rey volvió a Sevilla, ciudad en la que está documentada su estancia a principios de noviembre de 1292.¹⁶⁴

La defensa castellana de Tarifa hasta finales de 1294

Ya hemos dicho que nada hablan las crónicas castellanas del compromiso que Sancho IV pudiera tener con Granada respecto a Tarifa, pero también hemos querido señalar que la intervención granadina en la contienda, tanto en efectivos humanos como armamentísticos, no pudo ser gratuita de ningún modo. De aquí que nos reiteremos en la suposición de que existió un compromiso inicial para repartirse las plazas ganadas entre Castilla y Granada, proyecto inicial que no se alcanzó en su totalidad. En estas circunstancias, lo más normal es que los socios se hubiesen replanteado el reparto de lo conseguido y todo apunta a que se trató de hacer así por parte castellana desde que se supo que Algeciras no iba a caer en aquella campaña, lo que no sabemos es cuándo empezaron las negociaciones para llegar a un acuerdo que nunca llegó.

Desde luego, la estancia de una comitiva granadina en Córdoba —durante los días finales de 1292 y los iniciales del año siguiente— parece estar relacionada con la cuestión de Tarifa,¹⁶⁵ lo que no podemos descartar es que la misma fuese tratada con antelación entre ambas partes. Lo consideramos así por varias razones: la primera es al poco de llegar Sancho IV a Tarifa ya se debía saber por parte de los aliados que era imposible hacerse con Algeciras en

aquella campaña; la segunda se deriva de la primera, porque creemos que el tiempo transcurrido entre julio y diciembre resulta excesivo para no tratar un asunto que había promovido la alianza entre ambos reinos; y finalmente la tercera razón se apoya en la información que proporciona Ibn Abi Zar, cuando señala que entre mediados del mes octubre y mediados de noviembre de 1292 el rey de Granada entregó a Sancho IV la fortaleza de Alabet.¹⁶⁶ Desconocemos los motivos de esta entrega, pero al hilo de lo anterior existen razones para pensar que durante la estancia de la embajada granadina en Córdoba lo que se trató fue de negociar la propuesta hecha por el rey de Granada al de Castilla, consistente en permutar la posesión de Tarifa por seis fortalezas fronterizas entre ambos reinos, situación que sólo recogen los historiadores norteafricanos que seguimos.¹⁶⁷

Ante la postura del rey granadino, lo más probable es que en Córdoba el rey de Castilla tratara de renegociar lo acordado, apoyándose en el hecho de no haberse logrado en aquella campaña los objetivos fijados y en la necesidad de prorrogar la alianza hasta que cayera Algeciras, manteniendo cada socio lo que había conquistado. Pero a estas alturas el rey de Granada tenía sus propios planes y, dudando ya de la postura definitiva de Sancho IV, a finales de 1292 había enviado una embajada al Magreb para pulsar la opinión de Abu Yacub y hacerse perdonar por éste.¹⁶⁸ Desde luego, por estas fechas no parecía Sancho IV dispuesto a entregar Tarifa a los granadinos. Su estancia en Tarifa debió convencerlo de la importancia estratégica de la plaza, tanto desde el punto de vista puramente militar como desde el comercial.¹⁶⁹ Así las cosas, el monarca castellano continuó su camino hacia Guadalajara, donde había concertado una entrevista con el rey Jaime de Aragón. Aquí, como no podía ser de otra manera, también salió a relucir el tema tarifeño y Jaime II trató de calmar como pudo al rey granadino al recomendarle amigablemente que tratara de avenirse con Sancho IV.¹⁷⁰

La embajada granadina que cruzó el Estrecho para entrevistarse con Abu Yacub en diciembre no regresó a la Península hasta el mes de junio,¹⁷¹ y al poco tiempo pasó a la Península uno de los hijos del sultán para interesarse por los asuntos de al-Andalus.¹⁷²

A todo esto, Granada mantenía sus relaciones diplomáticas con Castilla, pero aquí comenzaban a estar alarmados por las noticias que llegaban del Sur; así que en el mes de julio Sancho IV envió a la capital granadina a su canciller del sello secreto, Fernán Pérez Maimón,¹⁷³ para tratar de limar asperezas en aquellas relaciones que se tensaban por momentos y que amenazaban también al reino de Aragón. Tanto era así que, a primeros del mes de junio, se había visto frente a las costas de Alicante¹⁷⁴ una flota musulmana compuesta por 25 galeras granadinas y norteafricanas, situación que afectó también a las Baleares.¹⁷⁵ Hemos de suponer que Jaime II informó al rey de Castilla de tal situación y que éste decidiera enviar entonces a Fernán Pérez Maimón a Granada con la intención de calmar los ánimos de los nazaríes.¹⁷⁶

Pero mientras frenaba a los granadinos por vía diplomática, Sancho IV se aprestaba también para la contienda que se intuía como inmediata; en esta dinámica debió recurrir una vez más a su yerno, el rey de Aragón, a finales del mes de junio. Como consecuencia de lo anterior, a primeros de julio ordena el monarca aragonés a Guillermo Escrivá que se armen siete galeras con carácter urgente y que las mismas se pusieran a disposición del rey de Castilla.¹⁷⁷ Lamentablemente, las relaciones entre Sancho IV y Jaime II comenzaron a enfriarse en el mes de agosto como consecuencia directa del recelo surgido en las vistas que ambos tuvieron en Logroño con Carlos de Salerno.¹⁷⁸ No obstante, Jaime II seguirá colaborando con el rey de Castilla en la vigilancia del Estrecho durante el resto del verano y también en el otoño siguiente, manteniendo aquí aquellas galeras que se armaron en el mes de julio.¹⁷⁹

Así que en la disputada zona se mantenía una calma tensa cuando, ya en el mes de octubre, finalizaba el compromiso que tenía la Orden de Calatrava con la Corona para defender la plaza de Tarifa. Al cesar los calatravos en tal función se hizo cargo de la misma Alfonso Pérez de Guzmán,¹⁸⁰ quien en el mes de julio¹⁸¹ se había ofrecido al rey para defender de la plaza por una cuantía apreciablemente menor que la percibida por la Orden de Calatrava,¹⁸² de aquí que la propuesta fuese aceptada sin reparo alguno por el rey de Castilla. Mientras que Pérez de Guzmán se hacía cargo de Tarifa, el rey de Granada preparaba su viaje para entrevistarse perso-

nalmente con Abu Yacub, llegando a Tánger a finales de octubre; Muhammad II permaneció al otro lado del Estrecho casi un mes,¹⁸³ tiempo suficiente para conseguir fructíferos acuerdos con el sultán de los benimerines en lo que se refería a los asuntos políticos-militares de ambos en tierras de la Península. Los espías del rey castellano debieron informar a éste de los movimientos del rey de Granada y, por ello, Sancho IV optó por enviar en noviembre a Juan Mathe de Luna¹⁸⁴ a Sevilla con el fin de que se encargara de organizar la defensa de las plazas fronterizas más próximas a Tarifa.¹⁸⁵

No conforme con lo anterior, y a tenor de los rumores que le llegaban de Granada, Sancho IV decidió reforzar el sector de Córdoba y para ello envió a esta ciudad a don Juan Núñez de Lara al frente de una hueste considerable en el mes de enero,¹⁸⁶ y algo similar debió hacer por la frontera murciana a tenor de lo que luego veremos. Estando el Rey todavía en Palencia, recibió noticias poco gratas del rey de Aragón; éste le exponía en una misiva las quejas y agravios que de él tenía, mientras en otra carta le avisaba de que las galeras aragonesas habían abandonado el Estrecho, significándole al respecto que si quería contar con su ayuda en tal sentido debía enviarle dinero con un hombre de confianza. Por esta razón, a finales de enero o primeros de febrero, Fernán Pérez Maimón abandonó la corte castellana y se dirigió a Barcelona, ciudad en la que ya estaba con antelación al 20 de febrero.¹⁸⁷ El canciller de Sancho IV había llevado el numerario que exigían los aragoneses para armar la flota que iría al Estrecho, aunque la entidad de ésta no fue finalmente la que buscaban los castellanos. Suponemos que entre la fecha de llegada del canciller castellano a Barcelona y el día antes señalado hubo negociaciones entre las partes y, una vez llegados a un acuerdo, emitió el rey de Aragón varias cartas a personajes de su reino que, de una manera u otra, estaban relacionados con los asuntos de la flota que había de colaborar con Castilla;¹⁸⁸ por estas cartas nos enteramos que la flota que se armaría en el reino de Aragón estaría compuesta de 15 galeras¹⁸⁹ y no de las 25 que se hablan en documentos castellanos.¹⁹⁰

Para financiar los gastos que le originaba la defensa de Tarifa, Sancho IV necesitaba ayuda financiera irremediadamente y en su

búsqueda acude a los obispos de Castilla, porque no contaba con la ayuda de Roma.¹⁹¹ Según muestra la documentación a nuestro alcance, de las cartas dirigidas a los prelados la más conocida es aquella que dirigió a don Gil, obispo de Badajoz, al que se dirige don Sancho desde Valladolid en una carta fechada el día 3 de marzo para pedirle que le ayude con 5.000 maravedíes; eso después de explicarle largamente las circunstancias que se habían dado y todavía se daban en torno a la villa del Estrecho. En la carta cuenta el rey que la conquista y defensa de Tarifa era un servicio hecho a Dios y a la cristiandad y que no estaba dispuesto a ceder a las pretensiones de los musulmanes, muy interesados en hacerse con una villa que les facilitaba su paso a la Península desde tierras africanas, circunstancia que no estaba dispuesto a consentir sin oponer resistencia a pesar de que los musulmanes seguían pasando «lo mas que puede para fazer la guerra por mar et por tierra».¹⁹² Por esta razón, explica también el Rey, estaba decidido a asistir



Ilustración 11.- Medallón que representa a Alonso Pérez de Guzmán el Bueno en la fachada del Convento de San Marcos en León.

personalmente a la frontera al frente de su ejército mientras había enviado a su canciller del sello secreto a Aragón a armar allí una flota de 25 galeras, junto a otras 25 que se preparaban en Sevilla.

193

Por lo que señala Sancho IV en esta misiva, en marzo ya están pasando fuerzas desde Marruecos, muestra evidente que los castellanos no controlaban las aguas del Estrecho. Por ello suponemos que Pérez de Guzmán tomaba medias extraordinarias con respecto a Tarifa, como las tomaba Juan Mathe en aquel sector fronterizo.¹⁹⁴ A pesar de todo, los escarceos más serios no debieron comenzar hasta el mes de abril y sin duda se agravaron en mayo con la llegada del infante don Juan al frente a un potente contingente que logró sitiar Tarifa.¹⁹⁵ El revoltoso Infante había huido a Portugal y en el mes de abril de 1294 parece que tuvo que salir de este reino cuando Sancho IV pidió a don Dionís que lo expulsara del mismo; por una serie de coincidencias, don Juan llevaba en su séquito al hijo mayor de Alfonso Pérez de Guzmán y fue a parar a Marruecos donde después de ponerse al servicio de Abu Yacub lo colocó éste al frente de las fuerzas que habían de cruzar el Estrecho,¹⁹⁶ tal vez a primeros del mes de mayo, operación que no pudo evitar la flota castellana.

Para cuando el infante don Juan llegó a Algeciras, no se había terminado aún la construcción de la flota en el reino de Aragón, pero debía estar muy avanzada para que a finales de mayo ya estuviera parcialmente lista. Lo sabemos por un documento fechado en Barcelona el 26 de mayo en el que Jaime II se dirige a los «probis hominibus et universitat Mayorcam» [hombres buenos y Generalidad de Mallorca] para decirles que las galeras de Barcelona estaban listas y que debían enviar a Valencia la galera que los mallorquines habían armado.¹⁹⁷ En la carta anterior se dice que la flota saldría de Barcelona el día 8 de junio, así que probablemente llegara a Valencia antes de mediado el mes de junio portando, sin duda, otro curioso documento emitido en Barcelona el 7 de este último mes¹⁹⁸ en el que Jaime II pide a doña María Fernández Coronel –quien residía en Valencia–¹⁹⁹ que comprara el caballo que tenía aquí Fernán Pérez²⁰⁰ porque sabe que éste «quiere agora ir pora Castilla». A tenor de esto último, creemos que la flota

aragonesa al servicio del rey de Castilla pudo salir de Valencia a finales de junio o primeros de julio,²⁰¹ y que podía estar en aguas del Estrecho a mediados de este último mes realizando funciones de vigilancia. En el cumplimiento de las mismas, debieron detener las galeras aragonesas a dos naves cargadas con un cuantioso botín²⁰² y no dudaron en retenerlo para sí al igual que las naves que lo portaban, provocando con ello la indignación de Fernán Pérez Maimón, quien debió quejarse al rey de Aragón²⁰³ alegando que aquella galeras estaban pagadas por el rey de Castilla. Así las cosas, Guillem Escrivá envió otra misiva al rey de Aragón para informarle de la conflictiva situación, a la que respondió el monarca el día 4 de agosto con otra carta²⁰⁴ indicándole que había actuado correctamente y dentro de los acuerdos que tenía establecidos con el rey de Castilla,²⁰⁵ de manera que debía seguir prestando servicio fiel a este último a pesar de las fricciones habidas con los castellanos por la cuestión del botín y de las naves.

Para estas fechas – mediados de julio –,²⁰⁶ las galeras que armara Juan Mathe en Sevilla debían estar también en el Estrecho,²⁰⁷ pero las cuentas de este hombre reflejan que el número de elementos que componía la flota castellana distaba mucho de lo que hablaba Sancho IV en sus cartas a los obispos. La realidad es que no eran más de 13 galeras,²⁰⁸ las cuales al unirse a las 15 que llegaron pagadas de Aragón lograron imponerse a las musulmanas en el Estrecho sin que por ello pudieran evitar el triste desenlace de la muerte de Pedro de Guzmán, un niño todavía. Su muerte tal vez se produjera en los primeros momentos del cerco, cuando los musulmanes llegados de Algeciras encerraron a los castellanos en Tarifa y el bloqueo marítimo a su puerto era manifiesto. Tanto era así que una vez establecido el cerco asentó su campamento el Infante en la parte occidental de Tarifa, entre la villa y la playa,²⁰⁹ cerca de la torre conocida como Torre de don Juan, según indican las crónicas de Alfonso XI.²¹⁰

No creemos que el infante don Juan, una vez establecido el cerco a Tarifa, tardara mucho tiempo en mostrar las «cartas» que la fortuna había puesto en sus manos para presionar a Alfonso Pérez de Guzmán, porque era un hombre falto de escrúpulos como demostró sobradamente a lo largo de su vida. Lo que desgraciada-

mente ocurrió debió considerarlo el Infante como un lance más de la empresa que se había propuesto, que no era otra que la conquista de Tarifa. Pero finalmente aquel objetivo resultó inalcanzable para él porque no recibió el apoyo que esperaba, ni del sultán Abu Yacub ni del rey de Granada. El primero de éstos estaba más interesado por los asuntos del Magreb que por lo que ocurría en la Península; el rey de Granada, por otra parte, estaba atenazado militarmente por las fuerzas que Sancho había colocado en Córdoba y en Murcia, de estas últimas cabe decir al respecto que iniciaron por entonces una ofensiva sobre la villa de Vera (Almería).²¹¹

De aquella situación se culparon los gobernantes musulmanes mutuamente, dejando al Infante falto de apoyos tanto por tierra como por mar; a nuestro juicio, en cuanto la flota castellano-aragonesa se impuso navalmente y pudo proporcionar ayuda a los sitiados por el flanco marítimo del castillo de Tarifa, la situación de los sitiadores podía darse por fracasada, aunque no levantaran el sitio inmediatamente. No podemos fijar una fecha para esta operación militar, pero si tuviéramos que inclinarnos por alguna en concreto la situaríamos en torno a los días centrales del mes de agosto de 1294. Y esto lo creemos así apoyándonos en el proyecto que Juan Mathe de Luna y Fernán Pérez Maimón enviaron al rey de Castilla a primeros de septiembre,²¹² del año que acabamos de señalar, aunque el informe parece estar elaborado en agosto.²¹³ Estos hombres, por el cargo que ocupaban,²¹⁴ debieron estar unos días en Tarifa para dejar organizados los asuntos que afectaban a Tarifa y a la flota misma antes de retornar a Sevilla, plaza donde elaboraron el informe del que venimos hablando y del que dimos algunos detalles en un apartado anterior.

Apéndice documental

Número 1

1294, junio 7. Barcelona.

Jaime II de Aragón se dirige a doña María Fernández, quien reside en Valencia como ama de la reina Isabel, para que compre el caballo de Fernán Pérez Maimón, canciller del rey de Castilla, antes de que éste salga con la flota hacia el Estrecho.

[ACA. Registro de Cancillería 99, folio 201]

Don Jayme etc. A la noble e honrada donna Maria Fernandes, ama de la muy noble e muy honrada donna Maria por la gracia de Dios reina de Castilla e de Leon e de la muyt noble e muy honrada donna Isabel, por aquella misma gracia reina de Aragon e de Sicilia, muyer nostra, salut e amor. Como nos ayamos entendido que don Fernan Perez consyero del muyt noble rey de Castilla e canciller del siello de la poridad aya un buen cavallo, e se quiere agora ir pora Castilla, e nos ayamos menester un buen cavallo pora el nuestro cuerpo, rogamos vos que por el nuestro amor compredes el dicho cavallo e ayades como quiere el dito Fernan Perez. E aquel a nos embiedes luego con el portador desta letra por quel dito Francesc Pinz sea falla.. e bueno a la atasada. E gradezer vos havemos muyto. Data en Barcelona VII días andados del mes de junyo anno XC quatro.

Número 2

1294, agosto, 4. Vinaixa (Lérida).

Jaime II escribe a Guillermo Escrivá dándole instrucciones de cómo debe actuar en lo relativo a las quejas de los castellanos por la captura de un botín a los musulmanes cuando estaba al servicio del rey de Castilla.

[ACA. Registro de Cancillería 99, folio 337v y 338r]

Guillem Scriva praeposito galearum seruorum nostro quando servitio Regis Castellam existeuan, salud etc. Significamos uobis que Ferrandus Peres consilarium illustris Regis Castellae socer nostri karisimus nobis noverit per suas literas iuramentis que uos cum galies nostris cepistis duas naues alteram ianuvensis e alteram catalanorum in quibus inuento fuerunt capte per uos persona

sarracenorum centum quadraginta tres inter maris e feminas, duplatis argentum et marcas alias valentes dici vigente tres mill duplas vel supra ad vigente cinqui mill duplas, et que uos nihilominus ei dari uoluistes expresadas amb literas per nos receptas. Statuimus in spiritu conuidetur e pacta e commutationis [...] inter Nos et Regis Castell, praedam inuenienty in ipsis que omnis res mobilis vel semoviente que cum galeis nostrys euntibus uel stantibus in seruitium Regis Castellae ad quem contingeret quodamque modo uel causa essent nostris expectas personis quis capi contigeret qui sit dividi debuit videlicet, que omnes ille persona quamque quam valeret trecentas duplis auris ultra essent data Regis Castellae ipsi soluente loco nostri ille que eas caperet trecentas dupla quam predictas per utrunque persona expresada. Aequivalet volumus et uobis dicimus et mandamus quatenus res mobile semouiente captas ad ceteras quiequid capiendas ad opus nostrae fideliter consevari et faciatis cum diligentia comprouary uel ipsas si ferre poterit nobis transmissas pro numerario subidictum dignos personas uero captas uel capiendas sit diuiduos per si aliqui uel alinque fuerant inter eas quas ualeam ultra tresentas duplas ipsum uel ipsas tradans dicto Regis Castellae uel aniuolente salvas cum uobis predictas trecentas duplis pecunia qua por persona expresada reliquas tam captas quam capiendas uobis mittaris uel ibi tradimi faciatis ut ubi comodis uisum fuerit expeditas cum dominus Franchis. In dicta suis literas uobis iuramauerit per alii de armata nostra predicta dicebant que non displicebant nobis si cum predictas galeis non ficieret dicto Regis Castellae completum seruitium ut deceret de que nondum guanarym cum uostre uoluntas sit per dito Regis fiat cum dictas galies nostras seuitium integriter e completum, ut nobis uobis dicimus et mandamus que Regis predicto datum seruitium integriter et apertum cum dictas galeis faciatis e ficieris praeuentis commo por ut iam per predicta libeli navilium nostri regnum Valentia senatum uobis iam alias catholique iurimasse. Datum Avinaixsa II nonis augusti anno domini M. CC. XC. IIII.

Fuentes y Bibliografía

Fuentes documentales

- Archivo de la Corona de Aragón. Registro de Cancillería n° 99, folio 178v.
- Archivo de la Corona de Aragón. Registro de Cancillería n° 99, folio 201r.
- Archivo de la Corona de Aragón. Registro de Cancillería n° 99, folios 337v y 338r.

Fuentes publicadas

- Annales Ianuennes*, (Iacobo D'Oria), Monumenta Germaniae Historia. Scriptorum, Hannover, 1826-1893, tomo XVIII.
- Annali genovesi di Caffaro e dei suoi continuatori*, Génova. 1930, volumen 9.
- Crónica de Alfonso X*, edición de Manuel González Jiménez, Real Academia de Alfonso X el Sabio, 1999.
- «Crónica del rey don Sancho el Bravo, hijo del rey don Alfonso el Décimo», en *Crónicas de los reyes de Castilla*, colección ordenada por don Cayetano Rosell, Ediciones Atlas, Biblioteca de Autores Cristianos, volumen LXVI, 1953
- «Reinado del rey don Fernando, hijo del rey don Sancho», en *Crónicas de los reyes de Castilla*, colección ordenada por don Cayetano Rosell, Ediciones Atlas, Biblioteca de Autores Cristianos, volumen LXVI, 1953.
- «Corónica del muy alto et muy católico rey don Alfonso el Onceno», en *Crónicas de los reyes de Castilla*, colección ordenada por don Cayetano Rosell, Ediciones Atlas, Biblioteca de Autores Cristianos, volumen LXVI, 1953.
- Gran Crónica de Alfonso XI*, preparada por Diego Catalán, Editorial Gredos, 1976, tomo II.

Bibliografía

- ARIE, Rachel: *El reino nasrí de Granada (1232-1492)*, Mapfre, 1992.
- BENEYTO PÉREZ, JUAN: *El cardenal Alborno. Canciller de Castilla y caudillo de Italia*, Espasa Calpe, 1950
- DOTSON, Jonh, E.: «Foundatios of venetian naval strategy from Pietro II Orseoslo to the battle of Zonchio (1000-1500)», *Viator: Medieval and Renaissance Studies* 32 (2001) 113-125.
- GAIBROIS DE BALLESTEROS, Mercedes: «Tarifa en la política de Sancho IV de Castilla», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 74 (1919) 418-436, 74 (1919) 521-529, 75 (1919) 349-355, 76 (1920) 53-77, 76 (1920) 123-160, 76 (1920) 420-449) y 77 (1920) 190-215.
- ID: *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, 1928, tomos I, II y III.
- GALLOFRÉ Y TRENCHS, Rafael: «Almirantes y vicealmirantes de la Corona de Aragón (1118-1462)», *Miscelánea de texto medievales* 5 (1989) 117-173.
- GARCÍA DE VALDEAVELLANO, Luis: *Curso de Historia de las Instituciones españolas*, Alianza Universidad Textos, 1993.
- GARCÍA DE CASTRO, Francisco Javier: *La Marina de Guerra de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media. Desde sus orígenes hasta el reinado de Enrique IV*, Univer-

sidad de Valladolid, 2011

-GARCÍA FITZ, Francisco: «Los acontecimientos político-militares de la frontera en el último cuarto del siglo XIII», *Revista de Historia Militar* 64 (1988) 9-71.

-ID: «La defensa de la frontera del Bajo Guadalquivir ante las invasiones benimerines del siglo XIII», *Actas del Coloquio: Las relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, 1988, 275-323.

-ID: *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (Siglos XI-XIII)*, Universidad de Sevilla, 1998.

-ID: «La conquista de Tarifa en la estrategia de expansión castellana», en *Tarifa en la Edad Media*, Excmo. Ayuntamiento de Tarifa, 2005.

-GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *La Corona de Aragón y Granada*, Barcelona, 1908.

-GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio: *Reinado y diplomas de Fernando III*, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1989, tomo I.

-GONZÁLEZ MÍNGUEZ, César: *Fernando IV de Castilla (1295-1312). La guerra civil y el predominio de la nobleza*, Universidad de Valladolid, 1976.

-GÓMEZ REDONDO, Fernando: *Historia de la prosa medieval castellana*, Cátedra, 1998, tomos I y II.

-GOZALBES CRAVIOTO, Enrique: «Tarifa puerto estratégico de los almohades», *Aljaranda* 11 (1993) 11-13.

-HEERS, Jacques: *Occidente durante los siglos XIV y XV*, Labor, 1976.

-IBN AL-JATIB: *Historia de los reyes de la Alhambra. El resplandor de la luna llena*, estudio preliminar de Emilio Molina López, traducción e introducción de José María Casciaro Ramírez, Universidad de Granada, 1998.

-IBN ABI ZAR: *Rawd al-Quirtas*, traducción y anotaciones de Ambrosio Huici Miranda, 1964, volumen II.

IBN JALDÚN: *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, traducción por el Barón De Slane, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1978, volumen IV.

-IGLESIAS RODRÍGUEZ, Juan José: «Micer Benedetto Zaccaría, primer señor de El Puerto y su tiempo», *Revista de Historia de El Puerto* 4 (1990) 39-53.

-LÓPEZ DAPENA, Asunción: *Cuentas y gastos (1292-1294) del rey D. Sancho IV el Bravo (1284-1295)*, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1984.

-LÓPEZ FERNÁNDEZ, Manuel: «Los caminos y cañadas de Tarifa en los itinerarios de Alfonso XI de Castilla», *Aljaranda* 53 (2003) 5-10.

-ID: «Del desastre de Getares a la victoria del Salado. La crítica situación en la zona del Estrecho en 1340», *Espacio, Tiempo y Forma* 20 (2007) 135-162.

-ID: «Las cuentas de Aragón y Castilla entre los años 1339 y 1344 por la 'guarda' del Estrecho», *Almoraima* 38 (2009) 57-68.

-MANZANO RODRÍGUEZ, Miguel Ángel: *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.

-MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo: *Las comunidades de villa y tierra de la Extremadura*

Castellana, Editora Nacional, 1983.

-ID: «Extremadura. Origen del nombre y formación de las dos provincias», *Anuario de la Facultad de Derecho de la Universidad de Extremadura* 2 (1983) 59-119.

-MASÍA I DE ROS, Àngels: *Jaume II. Aragó, Granada i Marroc*, CSIC, 1989.

-MOSQUERA MERINO, Carmen: *Ceuta en el siglo XIII*, Universidad Complutense, 1991.

-O'CALLAGHAN, Joseph F.: *The Gibraltar Crusade. Castile and the Battle for the Strait*, University of Pensilvania Press, 2011

-ORTEGA VILLOSLADA, Antonio: *El reino de Mallorca y el mucho atlántico (1240-1349)*, UNED, 2008.

-PAGANI, Gianluca y VÁZQUEZ CAMPOS, Braulio: «La conquista de Tarifa. Nuevas perspectivas de análisis», en *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico, siglos XIII-XV*, Diputación de Cádiz-Sociedad Española de Estudios Medievales, 2006, pp. 803-814.

-PATRÓN SANDOVAL, Juan Antonio: «La defensa de Tarifa durante la Guerra de la Independencia», *Al-Qantir. Monografías y Documentos sobre la Historia de Tarifa* 13 (2012).

-PRADOS MARTÍNEZ, Fernando y GARCÍA JIMÉNEZ, Iván: «Excavación arqueológica en la necrópolis de Baelo Claudia. Novedades de la campaña 2012», *Aljaranda* 84 (2013) 6-14.

-PRYOR, John H.: *Geography, technology, and war*, Cambridge University Press, 1978.

-ROSENBERGER, Bernard: «El problema del Estrecho a fines de la Edad Media», *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía. Historia Medieval*, Junta de Andalucía-Caja Sur, 1991, pp. 245-287.

-SANTAMARÍA ARÁNDEZ, Álvaro: «La reconquista de las vías marítimas», *Anuario de Estudios Medievales* 10 (1980) 41-133.

-SÁEZ RODRÍGUEZ, Àngel J.: *Tarifa, llave y guarda de toda España. Fortificación y urbanismo*, Instituto de Estudios Campogibraltareños, 2003.

-SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «La fecha de la conquista de Tarifa», *Aljaranda* 62 (2006) 4-9.

-ID: «Guzmán el Bueno. Colección documental», *Al Qantir. Monografías y Documentos sobre la Historia de Tarifa* 8 (2009).

-ID: *Guzmán el Bueno y la defensa de Tarifa*, Asociación Cultural Mellaria, 2009.

-VÁZQUEZ CAMPOS, Braulio: «Sobre el origen del cargo de adelantado de la Frontera», en *Sevilla 1248. Congreso internacional conmemorativo del 750 aniversario de la conquista de la ciudad de Sevilla por Fernando III rey de Castilla y León*, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, 2000, 813-820.

-VIDAL CASTRO, Francisco: «Historia Política», en *El reino nazarí de Granada (1232-1492). Política, instituciones. Espacios y economía*, Historia de España de Menéndez Pidal dirigida por José María Jover Zamora, España-Calpe, 2000, pp. 49-74.

Referencias

- (1) Este sentimiento del monarca se demuestra en el texto en tres ocasiones distintas, aunque la del prólogo nos parece la más significativa de todas. Para más detalles véase GÓMEZ REDONDO, Fernando: *Historia de la prosa medieval castellana*, Cátedra, 1998, tomo I, pp. 913-914.
- (2) *Ibidem*, p. 914. Aquí se describe la viñeta diciendo que en la misma aparece «un rey sentado, con una espada a modo de cetro en la mano derecha, y delante de él, arrodillado, a un muchacho (probablemente el Infante, su hijo)».
- (3) Archivo Histórico Nacional, código 985-b. Leemos de LÓPEZ DAPENA, Asunción: *Cuentas y gastos (1292-1294) del rey D. Sancho IV el Bravo (1284-1295)*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1984, pp. 342-346.
- (4) *Ibidem*, pp. 342-343.
- (5) SÁEZ RODRÍGUEZ, Ángel J.: *Tarifa, llave y guarda de toda España. Fortificación y urbanismo*, Instituto de Estudios Campogibraltares, 2003, p. 38. Según indica aquí el autor, el castillo de Tarifa se mandó construir en el año 960 de la era cristiana, a tenor de lo que indica la lápida fundacional que se halla sobre su puerta principal.
- (6) IBN ABI ZAR: *Rawd al-Quirtas*, traducción y anotaciones de Ambrosio Huici Miranda, 1964, volumen II, p. 376-377.
- (7) *Ibidem*, p. 416. Según este autor los invasores se dirigieron a Toledo, pero Huici Miranda en nota a pie señala que atacaron Murcia.
- (8) Al parecer lo hicieron en 1171, 1190, 1195 y 2011. Así en GARCÍA FITZ, Francisco: «La conquista de Tarifa en la estrategia de expansión castellana», en *Tarifa en la Edad Media*, Excmo. Ayuntamiento de Tarifa, 2005, pp. 105-106.
- (9) Más detalles al respecto en GOZALBES CRAVIOTO, Enrique: *Tarifa puerto estratégico de los almohades*, *Aljaranda* 11 (1993) 13-14.
- (10) LÓPEZ FERNÁNDEZ, Manuel: «Los caminos y cañadas de Tarifa en los itinerarios de Alfonso XI de Castilla», *Aljaranda* 53 (2003) 5-10. Aquí señalamos que Puertollano se eleva hasta los 150 metros y dista 12 kilómetros de Tarifa. El puerto de Facinas, por otro lado, tiene una cota de 100 metros sobre el nivel del mar y está a 16 kilómetros de Tarifa.
- (11) Ibn Abi Zar, *Rawd al-Quirtas*, ob. cit., pp. 608 y pp. 640-641.
- (12) El fracaso en el cerco castellano a Algeciras en esta fecha fue culpa, en gran medida, del entonces infante don Sancho. Sin entrar en muchos detalles, debemos indicar que el Infante se apoderó indebidamente de los impuestos que Alfonso X destinaba a las fuerzas que sitiaban Algeciras y se lo entregó a su madre, la reina doña Violante, para atraerla a su bando en la lucha dinástica que mantenía al pretender que su padre lo reconociera como heredero al morir el infante Fernando de la Cerda. Este gesto del infante

Sancho motivó que Alfonso X ordenara la muerte del recaudador, un judío llamado Zag de la Malea, lo que vino a ser el detonante para el definitivo enfrentamiento con su padre, quien no lo reconoció como heredero del trono.

(13) «Crónica del rey don Sancho el Bravo, hijo del rey don Alfonso el Décimo», en *Crónicas de los reyes de Castilla* (en adelante la citaremos como *Crónica de Sancho IV*), colección ordenada por don Cayetano Rosell, Ediciones Atlas, 1953, p. 72. Hoy parece que el topónimo se ha perdido.

(14) Ibn Abi Zar, *Rawd al-Quirtas*, ob. cit., p. 680.

(15) *Ibidem*, p. 689. Este pacto se hizo antes de que Abu Yacub pasara a África después de dejar en la Península 3.000 jinetes.

(16) *Ibidem*, pp. 684-689. Abu Yusuf había muerto en Algeciras en marzo de 1286. No olvidemos que este sultán fue quien levantó al-Binya, la Villa Nueva de Algeciras para los castellanos de la Edad Media, situada en la margen derecha del río de la Miel, pero que a partir del siglo XVIII se denominó Villa Vieja. No parece éste el momento adecuado para extenderse en las razones que explican el cambio.

(17) GARCÍA FITZ, FRANCISCO: «Los acontecimientos político-militares de la frontera en el último cuarto del siglo XIII», *Revista de Historia Militar* 64 (1988) 55-56. El autor trata aquí del pacto de Abu Yacub con Castilla en 1288 dentro de la política internacional del sultán.

(18) MANZANO RODRÍGUEZ, MIGUEL ÁNGEL: *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, p. 130-131.

(19) *Ibidem*. El autor, al tratarse de su tesis doctoral, trata el asunto con más detalles.

(20) La Frontera era propiamente la Andalucía castellana. Aquí, en 1253, Alfonso X nombró como adelantado a Pedro Ruiz de Olea. A los adelantados los definen las Partidas como representantes del monarca en los lugares «do el rey non es» y las funciones del mismo abarcaban un amplio abanico entre las que cabe resaltar las judiciales y las militares. Leemos por VÁZQUEZ CAMPOS, BRAULIO: «Sobre el origen del cargo de adelantado de la Frontera», en *Sevilla 1248. Congreso internacional conmemorativo del 750 aniversario de la conquista de la ciudad de Sevilla por Fernando III rey de Castilla y León*, Centro de Estudios Ramón Areces, 2000, pp. 813-820. Si se quiere conocer más detalles sobre la institución en general, consúltese GARCÍA DE VALDEAVALLANO, LUIS: *Curso de Historia de las Instituciones españolas*, Alianza Universidad Textos, 1993, pp. 507-508.

(21) GAIBROIS BALLESTEROS, MERCEDES: *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, 1928, tomo II, p.129. Según la autora, Fernán Pérez Ponce aparece en este cargo por primera vez al confirmar un privilegio rodado que se fecha el día 11 de enero de 1291.

(22) *Crónica de Sancho IV*, p. 85. Curiosamente aquí los datos que se recogen aquí no se corresponden con los que aportan las fuentes genovesas que después citaremos. La primera vez que este rey de Castilla llegó a requerir los servicios de Benito Zacarías fue 1285, ocasión en la que lo contrató para que trajera de Génova 12 galeras. Véase así en la página 70 de la crónica citada anteriormente.

(23) JACOBO DE ORIA: «*Annales Ianuenses*», en *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores*, 1826-1893, tomo XVIII, pp. 337-340. Lo mismo en *Annali genovesi di Caffaro e dei suoi continuatori*, 1930, volumen 9, pp. 57-77. Los primeros están escritos en latín y los segundos en italiano, pero ambos parecen proceder del mismo autor porque prácticamente dicen lo mismo. Nosotros, cuando en adelante nos refiramos a estas obras, las denominaremos por comodidad: *Anales genoveses*.

(24) PRYOR, John H.: *Geography, technology, and war*, Cambridge University Press. 1978, pp.87-88. Según este autor, desde la Antigüedad siempre se consideró peligroso navegar en los meses de invierno hasta el punto de que algunos emperadores romanos prohibieron la navegación entre el 15 de octubre y primeros de abril. Ya en el siglo V se consideraba que los meses entre noviembre y marzo era un periodo de tiempo como de «mar cerrado» para la navegación, por los riesgos que implicaba. El desarrollo de la tecnología fue tan lento que todavía en la Edad Media se consideraba un peligro navegar en los meses de invierno. Las flotas de guerra cristianas que vigilaban el Estrecho disminuían sus efectivos a partir del mes de octubre y no las potenciaban hasta la primavera. Suponemos que las musulmanas de la época hacían lo mismo; por eso, a mediados de marzo de 1340, los benimerines aprovechando el efecto sorpresa consiguieron derrotar al almirante Jofré Tenorio en la batalla naval de Getares. Este hecho se trata con más amplitud en LÓPEZ FERNÁNDEZ, Manuel: «Del desastre de Getares a la victoria del Salado. La crítica situación en la zona del Estrecho en 1340», *Espacio, Tiempo y Forma* 20 (2007) 135-162.

(25) En los contratos entre el reino de Aragón y Castilla para vigilar el Estrecho, desde 1339 a 1344, se fijaron 15 días para ir y otros 15 días para volver desde Barcelona. Este plazo es una constante en las liquidaciones de cuentas entre los dos reinos citados. Para más detalles véase LÓPEZ FERNÁNDEZ, Manuel: «Las cuentas de Aragón y Castilla entre los años 1339 y 1344 por la 'guarda' del Estrecho», *Almoraima* 38 (2009) 57-68. Al hilo de lo anterior, no resulta desacertado pensar que entre Génova y Barcelona se pudieran invertir hasta 10 días para hacer el recorrido entre los dos puertos.

(26) Al hilo de lo dicho, entendemos que el contrato comenzaba cuando las galeras zarpaban de su puerto de origen y terminaban cuando regresaban al mismo.

(27) IBN JALDUN: *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, traducción por el Barón De Slane, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1978, vol. 4, p. 130. Tengamos en cuenta que en 1286 el sultán había dejado en la Península 3.000 jinetes antes de pasar a Marruecos, según vimos en la nota 15. Es posible que con los tratados posteriores estas fuerzas disminuyeran, pero no por ello se quedaron desprotegidos según estamos viendo.

(28) Así lo recogen los dos historiadores musulmanes que venimos siguiendo.

(29) En el mes de febrero ya hay indicios documentales de que Sancho IV cobraba «las acémilas», un impuesto que solo se pagaba en caso de guerra contra los moros. Así en Francisco García Fitz, «Los acontecimientos político-militares de la frontera en el último cuarto del siglo XIII», ob. cit., p. 57.

(30) GAIBROIS BALLESTEROS, Mercedes: «Tarifa en la política de Sancho IV de Castilla», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 74 (en adelante BRAH / 74) (1919) 418-436. La autora precisa aquí que el acuerdo se debió ratificar en Burgos porque el rey estuvo en esta ciudad todo el mes.

(31) *Crónica de Sancho IV*, pp. 84-85.

(32) Francisco García Fitz, «Los acontecimientos político-militares de la frontera en el último cuarto del siglo XIII», ob. cit., p. 57.

(33) Según Rachel Arie, el emir granadino había tratado de separar al castellano de los norteafricanos para que rompieran el acuerdo establecido entre ambos en 1285. Aunque esta autora dice que el acuerdo se hizo a finales de 1291, nos parece que debió ser antes para que los granadinos colaboraran en la vigilancia del Estrecho en el mes de agosto de dicho año. ARIE, Rachel: *El reino nasrí de Granada (1232-1492)*, Mapfre, 1992, p. 29.

(34) No olvidemos que las paces entre Castilla y Granada se agriaron a partir de 1273 y se rompieron en 1275, cuando los benimerines llegaron a la Península llamados por Muhammad II de Granada.

(35) Debemos anticipar que la postura final de los tratadistas no siempre coincide con respecto al alcance de este acuerdo.

(36) Esto se deduce de un documento procedente del Archivo de la Corona de Aragón en el que Jaime II hace de intermediario entre los reyes de Castilla y Granada, después de la entrevista del rey aragonés con Sancho IV en Guadalajara, en febrero de 1293, cuando ya eran patentes las desavenencias entre los reyes castellano y granadino. Véase así en MASÍ I DE ROS, Àngels: *Jaume II. Aragó, Granada i Marroc*, CSIC, 1989, pp. 17-18. En el citado documento hay un párrafo donde se dice: «[...] no podiesse nignun mal omne meter estramenza ni arrendamiento de amor sino asi como debe seer entre sennor a vasallo muy bueno e muy honrado que el a en vos [...]»

(37) Aunque los estudios de esta historiadora son fundamentales para cono-

cer el periodo histórico que tratamos, no aceptó nunca la información aportada por los historiadores musulmanes y rechazó la postura de un historiador coetáneo a ella, como fue el caso de Andrés Giménez Soler.

(38) Además del citado anteriormente, existe una pléyade de tratadistas, tanto nacionales como extranjeros, que defiende tal postura, a la que naturalmente nos adscribimos.

(39) IBN AL-JATIB: *Historia de los reyes de la Alhambra. El resplandor de la luna llena*, estudio preliminar de Emilio Molina López, traducción e introducción de José María Casciaro Ramírez, Universidad de Granada, 1998, p. 53. El autor resume las relaciones que hubo entre Sancho IV y Muhammad II diciendo que «entre ambos ocurrieron incidentes enojosos».

(40) Aquí nos referimos concretamente a los *Anales genoveses* citados en la nota 23 de este trabajo.

(41) Además del documento del Archivo de la Corona de Aragón antes citado, existe otro de abril de 1294, cuando todavía no era abierta la guerra entre Granada y Castilla, en el que se aprecia la labor mediadora de Jaime II de Aragón entre Sancho IV de Castilla y Muhammad II de Granada. En el documento en cuestión se dice: «E respondemos vos que nos tenemos por tal al rey de Castella que todavia fara a vos complidament lo que fazer vos deva tan vos aya prometido e esso mismo tenemos a vos por tal que faredes al rei de Castiella complidament lo que fazer devedes nin le ayades prometido [...]» El documento al completo lo ha publicado Àngels Masià i de Ros, *Jaume II. Aragó, Granada i Marroc*, ob. cit., p. 21.

(42) Ibn Jaldún, *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, ob. cit., p. 130. Ibn Abi Zar, *Rawd al-Qúirtas*, ob. cit., p. 695.

(43) Miguel ángel Manzano Rodríguez, *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, ob. cit., p.134.

(44) Según MOSQUERA MERINO, Carmen: *Ceuta en el siglo XIII*, Universidad Complutense, 1991, p. 382, este nombre actual corresponde al lugar de «Marzamosa», citado en los *Anales genoveses*, tanto como al de «Qasr Masmuda», del que habla Ibn Jaldún.

(45) Los *Anales genoveses* nos proporcionan esta fecha concreta, dato que las fuentes musulmanas no precisan por enmarcarlo en un espacio temporal más amplio.

(46) Ibn Abi Zar, *Rawd al-Quirtas*, ob. cit., p. 695.

(47) *Crónica de Sancho IV*, p. 86.

(48) Curiosamente las fuentes genovesas hablan de 12 galeras. De todas maneras, esta ligera discrepancia no tiene la menor importancia, pues aunque las crónicas medievales nos hablan generalmente de combates entre galeras, lo cierto es que éstas iban casi siempre acompañadas de naves impulsadas exclusivamente por velas. De aquí que no resulte extraño el hecho de

que después del combate las 12 galeras victoriosas se llevaran 13 de la flota derrotada.

(49) *Anales genoveses*. Mercedes Gaibrois recoge este hecho e interpreta la colaboración del rey de Granada como propia de un aliado. Esto último en Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 123.

(50) Así lo relata la *Crónica de Sancho IV*, p. 86.

(51) Ibn Jaldun, *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, ob. cit., pp. 130-131.

(52) Según Mercedes Gaibrois, Benito Zacarías confirma como almirante mayor de Castilla en un privilegio rodado fechado el 15 de septiembre de 1291. Así en Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., p. 133.

(53) O'CALLAGHAN, Joseph F.: *The Gibraltar Crusade. Castile and the Battle for the Strait*, University of Pensilvania Press, 2011, p. 97. Este autor apunta aquí que Benito Zacarías sólo fue contratado por seis meses; por tanto, tuvo que ser desde mediados de marzo a mediados de septiembre. Si esto hubiera sido así, a tenor de lo que venimos exponiendo con respecto a las condiciones de los contratos, la flota contratada en Génova hubiera tenido que salir del Estrecho hacia el puerto italiano a primeros de septiembre, fecha que no podemos admitir por prematura.

(54) Si el tiempo fijado para volver a Génova era de 25 días, se cumplen tales condiciones.

(55) Ibn Abi Zar, *Rawd al-Qirtas*, ob. cit., pp. 696. Este autor señala al respecto que el paso de las fuerzas norteafricanas se hizo entre el 17 y el 28 de septiembre.

(56) Parece ser que en esta ocasión alcanzaron en sus incursiones hasta Puebla del Río, según Miguel Ángel Manzano Rodríguez, *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, ob. cit., p. 136.

(57) *Crónica de Sancho IV*, p. 86. Lo más probable, a tenor de las fechas que manejamos, es que el rey estuviera ya en Toro porque aquí llega el día 26 de septiembre. Esto último en Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 128. No olvidemos que la invasión se produjo entre el 17 y el 28 del mismo mes, según Ibn Abi Zar.

(58) Por lo que se lee en la *Crónica de Sancho IV*, p. 86, este rey estaba especialmente interesado entonces en hacerse con Algeciras. De los posibles motivos ya hemos hablado con anterioridad al hablar de las circunstancias que se dieron entre don Sancho y su padre entre 1279 y 1284. No creemos descaminado pensar que quisiera rendirle tributo de admiración, como apunta Carmen Mosquera Merino, *Ceuta en el siglo XIII*, ob. c. it., p. 386.

(59) Nos referimos al fracaso militar frente a Algeciras en 1279, asunto que

superficialmente tratamos en la nota 12 de este trabajo.

(60) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, «Tarifa, y la política de Sancho IV de Castilla», ob. cit., *BRAH* / nº 74, pp. 418-436. Por lo que leemos aquí, el rey de Aragón recibió a los mensajeros en Calatayud a finales de octubre.

(61) La embajada de Tremecén ya estaban en Toledo en el mes de noviembre, según Asunción López Dapena, *Cuentas y gastos (1292-1294) del rey D. Sancho IV el Bravo (1284-1295)*, ob. cit., p, 463. Por lo aquí señalado, el rey tenía conocimiento de ello el 20 de noviembre y ordena que lo esperen en Toledo hasta terminar su entrevista con el rey de Aragón.

(62) Las relaciones entre los dos reinos mejoraron a partir del mes de agosto y, ya a mediados de septiembre, mientras negociaba con don Dionís en Ciudad Rodrigo, los reyes de Aragón y Castilla ordenaron el cese de hostilidades en sus fronteras. Más detalles al respecto en Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 137.

(63) Como suele ocurrir en estos casos, los historiadores castellanos tienden a señalar que fue Jaime II el que pidió el inicio de las relaciones, mientras que los tratadistas aragoneses dicen que fue Sancho IV.

(64) De conquistar Algeciras se habla en la *Crónica de Sancho IV*, p. 86, cuando el rey se reúne con los obispos en Medina del Campo. Y, precisamente, del ejército movilizadо contra Algeciras se sigue hablando por parte del arzobispo de Santiago en su pleito contra el de Sevilla. Esto último en Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, pp. 177-178, en nota a pie.

(65) Entre los móviles de aquella alianza figuraba la defensa de la cristiandad y alcanzaba dimensiones internacionales. Con respecto al primer aspecto, aquí cabe señalar de que en mayo de 1291 había caído Acre en manos musulmanas; y por lo que al segundo punto se refiere, no olvidemos que se fijó el río Muluya como frontera entre las posibles conquistas de Castilla y Aragón en el norte de África.

(66) La infanta Isabel era una niña de corta edad y a partir de su casamiento con Jaime II pasó a vivir en el reino de Aragón acompañada de su ama, doña María Fernández Coronel, de quien volveremos a tratar en el último apartado de este trabajo.

(67) El documento lo publica Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo III, documento nº 384 del apéndice documental.

(68) Es la que realmente nos interesa aquí, por relacionarse directamente con la cuestión de Tarifa. Lo que no quiere decir que se prometieran ayuda por tierra en caso necesario, sobre todo por parte de Castilla.

(69) En el contrato se especifica que esta medida sólo afectaba a los bienes muebles; los inmuebles, como tierras y castillos, quedaban para el reino que

recibía la ayuda.

(70) Este punto será objeto de litigio en 1294, como veremos en su momento.

(71) Ibn Abi Zar, *Rawd al-Qirta*, ob. cit., p. 696. Este autor señala que el sultán estaba en Algeciras el día 24 de diciembre.

(72) Tuvo que ser forzosamente así porque, cuando se rinde Tarifa en 1292, había en ella una fuerte guarnición benimerí compuesta de más de tres mil hombres de armas según las fuentes genovesas que venimos siguiendo.

(73) Sancho IV estuvo en el reino de Aragón entre los días 12 y 25 de diciembre, por lo que indica Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 145.

(74) El infante don Juan fue encerrado en el castillo de Curiel a consecuencia de sus relaciones con el conde don Lope Díaz de Haro – su suegro por otra parte –, fallecido éste trágicamente en el magnicidio de Alfaro. De la libertad del infante se habla en la *Crónica de Sancho IV*, p. 85; también se recoge en Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 119. Por otra parte, también tratan del personaje y de sus especiales circunstancias personales con respecto a Tarifa en 1292, PAGANI, Gianluca y VÁZQUEZ CAMPOS, Braulio: «La conquista de Tarifa. Nuevas perspectivas de análisis», en *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico, siglos XIII-XV*, Diputación de Cádiz-Sociedad Española de Estudios Medievales, 2006, p. 805.

(75) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, pp. 152 y 160.

(76) No olvidemos que la carta de Sancho IV, en la que el rey ordena que esperen en Toledo hasta que termine las vistas con Jaime II de Aragón tenía fecha del 20 de noviembre, según hemos indicado en la nota 61.

(77) Ese momento tenía una especial importancia desde el punto de vista militar porque permitiría una coordinación en los movimientos de los efectivos disponibles contra un enemigo común, como era el caso de los benimerines.

(78) La *Crónica de Sancho IV*, p. 86, dice con respecto al rey «[...] e mandó mover toda su hueste para Sevilla y él tomó su camino para Ciudad Rodrigo e fuese ver con el rey de Portugal».

(79) La reunión con don Dionís fue el 30 de abril, según Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., p. 174.

(80) *Crónica de Sancho IV*, p. 86. Se precisa aquí que el rey llegó a Sevilla «[...] mes de mayo víspera de cincuesma».

(81) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 173.

(82) *Ibidem*, p. 175. Observemos al respecto que, no por casualidad, la salida de la flota aragonesa de Barcelona se hizo poco después del día 9 de mayo,

según podemos leer en un documento del Archivo de la Corona de Aragón, registro 252, folio 30, que publica GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *La Corona de Aragón y Granada*, 1908, pp. 30-31. También publica el documento en cuestión Ángels Masiá i de Ros, *Jaume II. Aragó, Granada i Marroc*, ob. cit., p. 17.

(83) Éste era el impuesto que se pagaba al rey cuando se quedaba excluido de asistir a la hueste convocada por el monarca.

(84) En este caso leemos por Asunción López Dapena, *Cuentas y gastos (1292-1294) del rey D. Sancho IV el Bravo (1284-1295)*, ob. cit., pp. 660-664.

(85) El documento dice textualmente: «[...] debes catar los ricos omes et sus vasallos». Por supuesto, entre los ricos hombres del reino consideramos a los diferentes maestros de las órdenes militares, seguidos de los caballeros pertenecientes a estas instituciones respectivas, así como de los vasallos de las mismas.

(86) El tiempo de servicio se comenzaba a contar desde que los vasallos salían de sus posesiones de origen. Véase la tesis de GARCÍA FITZ, FRANCISCO: *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (Siglos XI-XIII)*, Universidad de Sevilla, 1998, p. 144.

(87) Dado que lo que pretendían era el dominio del Estrecho, consideramos que los consejeros de Sancho IV debían pensar en Gibraltar por ser el otro puerto que le quedaba a los benimerines en la zona.

(88) Miguel Ángel Manzano Rodríguez, *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, ob. cit., p. 134.

(89) En el año 1294 sabemos que fueron tres las galeras de Benito Zacarías que intervinieron en el Estrecho cuando estuvo sitiada Tarifa. Este dato aparece reflejado en Asunción López Dapena, *Cuentas y gastos (1292-1294) del rey D. Sancho IV el Bravo (1284-1295)*, ob. cit., pp. 640-641; aquí se puntualiza además que los castellanos pagaban al genovés la cuantía de 12.860 maravedíes al mes por cada galera y que se había pagado hasta el mes de julio. Si se quieren más detalles sobre el asunto, remitimos a GARCÍA FITZ, FRANCISCO: «La defensa de la frontera del Bajo Guadalquivir ante las invasiones benimerines del siglo XIII», *Actas del Coloquio: Las relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, 1988, pp. 275-323.

(90) Según Ibn Jaldun, *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, ob. cit., p. 132, los granadinos se hicieron con Estepona en la campaña de 1292, después de un cerco de corta duración.

(91) *Crónica de Sancho IV*, p. 71.

(92) Sobre el origen, evolución y extensión de la Extremadura castellana puede consultarse MARTÍNEZ DíEZ, Gonzalo: *Las comunidades de villa y tierra de la Extremadura castellana*, Editora Nacional, 1983.

(93) Para más detalles sobre la Extremadura leonesa, véase MARTÍNEZ DíEZ, Gonzalo: «Extremadura. Origen del nombre y formación de las dos provin-

cias», *Anuario de la Facultad de Derecho de la Universidad de Extremadura* 2 (1983) 59-119.

(94) Aunque buena parte del reino de Toledo – coincidente grosso modo con la actual Castilla-La Mancha – estaba en manos de las órdenes militares, también existían territorios de grandes señores y, por supuesto, concejos de realengo. En el cerco a Algeciras en 1342-1344 participaron una amplia relación de concejos del reino del antiguo reino de Toledo, entre los que podemos mencionar a los de Cuenca, Guadalajara, Talavera, Alcaraz, Moya, Requena y Villareal (Ciudad Real).

(95) Los concejos de realengo pertenecientes a ciudades y villas eran ya una potencia emergente dentro del reino, tanto política como militar y económicamente. No por otra razón a la muerte de Sancho IV se apoyó en ellos la reina doña María de Molina, en las Cortes de 1295, para hacer frente a las pretensiones de la nobleza. En estas circunstancias el estado llano consiguió desplazar de las deliberaciones de Cortes a nobleza y clero. Véase a estos efectos GONZALO MÍNGUEZ, César: *Fernando IV de Castilla (1295-1312). La guerra civil y el predominio de la nobleza*, Universidad de Valladolid, 1976, pp. 33-40.

(96) Nos referimos a la aparición de una moneda de tiempos de Sancho IV, concretamente un coronado de vellón de dicho rey. Esta moneda valía la décima parte de un maravedí y fue acuñado por primera vez en 1286, según dice la Cónica de Sancho IV en su p. 73. Las referencias relativas a la aparición de la moneda las podemos encontrar en PRADOS MARTÍNEZ, Fernando, e GARCÍA JIMÉNEZ, Iván: «Excavación arqueológica en la necrópolis de Baelo Claudia. Novedades de la campaña 2012», *Aljaranda* 84 (2013) 6-14. El tema se tratará más ampliamente en las II Jornadas de Historia de Tarifa.

(97) No olvidemos que a Benito Zacarías se le había entregado el señorío de este lugar en 1285, según nos informa la *Crónica de Sancho IV*, p. 70. Sobre Benito Zacarías y El Puerto de Santa María puede verse IGLESIAS RODRÍGUEZ, Juan José: «Micer Benedetto Zaccaría, primer señor de El Puerto y su tiempo», *Revista de Historia de El Puerto* 4 (1990) 39-53.

(98) Las galeras de guerra, dada su finalidad y configuración, tenían serios problemas logísticos. Al ser la rapidez de desplazamiento y maniobrabilidad el factor determinante de su eficacia, apenas tenían capacidad para transportar alimentos y agua. Estas cuestiones son tratadas más profundamente por John Pryor., *Geography, technology, and war*, ob. cit., pp. 75-86; por esta razón, el radio de operaciones de las flotas no excedía de 150 kilómetros, los que tardaban en recorrer en dos días aproximadamente. Así lo defiende DOTSON, Jonh, E.: «Foundatios of venetian naval strategy from Pietro II Orseoslo to the battle of Zonchio (1000-1500)», *Viator: Medieval and Renaissance Studies* 32 (2001) 113-125. Teniendo en cuenta la opinión de estos autores, no resulta

sorprendente que las flotas de galeras tuvieran que ser apoyadas por naves de carga en los desplazamientos largos. Una vez situadas en la zona de operaciones, caso del Estrecho, podían actuar con más independencia llevando alimentos y agua para pocos días; de aquí la necesidad de buscar una base no muy alejada del lugar donde tenían que operar.

(99) La distancia existente entre El Puerto de Santa María y Tarifa se acerca a los 100 kilómetros. Por el contrario, la que separa esta última de la ensenada de Bolonia, cercana a la embocadura occidental del Estrecho, no llega a los 15.

(100) Tengamos en cuenta que el Estrecho tiene una longitud aproximada de 60 kilómetros, desde el cabo de Trafalgar a Punta Europa, en Gibraltar. Lo anterior significa que todo este canal podía quedar bajo el radio de acción de la flota situada en la ensenada de Bolonia.

(101) Concretamente, desde que la flota del Cantábrico, después de la conquista de Sevilla, comience a operar en el Estrecho bajo el mando del almirante Ramón de Bonifaz.

(102) El domingo de Resurrección fue aquel año de 1292 el día 6 de abril. Véase al respecto Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 160. Aquí señala esta autora que los días 1 y 2 de abril fueron martes y miércoles santo. Dadas estas circunstancias – festividad religiosa y comienzos del mes de abril – no creemos que las operaciones militares se anticiparan a estas fechas.

(103) Queremos insistir, a título de ejemplo, que el bloqueo naval contra esta villa se inició en el otoño de 1278, aunque las fuerzas terrestres no llegaron hasta la primavera del año siguiente. Cuando éstas asentaron frente a Algeciras, la flota continuó ejerciendo su función hasta el momento en que ésta fue destruida por un ataque de la flota musulmana. Más información sobre el asunto en *Crónica de Alfonso X*, edición de Manuel González Jiménez, Real Academia de Alfonso X el Sabio, 1999, pp. 195-204.

(104) Así lo señalan los Anales genoveses en las dos versiones que venimos manejando en este trabajo.

(105) Ibn Abi Zar, *Rawd al-Quirtas*, ob. cit., p. 696, puntualiza que por el 20 de abril ya estaban los castellanos sobre Tarifa. No hay motivos para desconfiar de esta información ya que el autor era coetáneo a los hechos y, por otro lado, no oculta en su obra la estrepitosa derrota naval de sultán de los benimerines frente a Alcazarseguer.

(106) La flota debía estar compuesta por una quincena de galeras reforzadas por naves auxiliares, como era normal en la época y por las razones que antes hemos expuesto.

(107) Este caso guarda para nosotros un fuerte paralelismo con el de 1294 que después veremos. En este último año el rey escribe el día 7 de junio

porque la flota sale al día siguiente. Por ello tenemos la impresión de que Jaime II da las últimas directrices a Albert de Mediona el día antes de zarpar de Barcelona hacia el Estrecho, concretamente el día 9 de mayo, con once galeras de las cuales diez debían quedar con el vicealmirante Berenguer de Montolíu al servicio del rey de Castilla. El documento en el que se habla de estos asuntos – Archivo de la Corona de Aragón, registro 252, folio 30 –, es el que citamos en la nota 82 de este trabajo.

(108) Sobre esta fecha, señala Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p.176, que las galeras aragonesas debieron salir de Barcelona en la primera quincena de mayo. Nosotros consideramos que la salida se hizo un poco antes por las razones ya expuestas cuando hablamos de los plazos para ir y volver de esta ciudad al Estrecho.

(109) En la misiva dice el rey de Aragón a Mediona que encontraría al rey de Castilla en la Frontera: «[...] dictum regem Castelle quem in frontaria invenietis et ostendatis sibi legationem quam portatis [...]»', por lo que entendemos que el encuentro en Sevilla ya estaba concertado previamente y que allí debía entrevistarse Mediona con el rey de Castilla. Véase esta cita literal en Andrés Giménez Soler, *La Corona de Aragón y Granada*, ob. cit., p. 31, porque a la traducción de Àngels Masiá i de Ros, *Jaume II. Aragó, Granada i Marroc*, ob. cit., p. 17, le faltan algunas palabras.

(110) *Crónica de Sancho IV*, p. 86.

(111) *Ibídem*.

(112) La Crónica de Sancho IV fue escrita por Fernán Sánchez de Valladolid, después de la batalla del Salado, en 1340. En este momento es cuando se retoma la crónica castellana y para enlazar el reinado de Alfonso XI con el de Fernando III, Sánchez de Valladolid escribe las crónicas de Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV. Sobre la labor crónica de Sánchez de Valladolid podemos consultar Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval castellana*, ob. cit., tomo I, pp. 964- 979, así como el tomo II, pp. 1248- 1250 y 1260-1267. Como apunta el autor que ahora seguimos con respecto a la Crónica de Sancho IV, el objetivo del cronista no era realzar la figura de Sancho IV, sino acumular ejemplos contra la nobleza que, con su actuación, tanto daño habían causado al reino y al rey.

(113) Este autor terminó su crónica en 1305, según se puede ver al final de la misma.

(114) También Jofré de Loaysa dice que la conquista de Tarifa se produjo en la festividad de San Mateo.

(115) Coincidiendo precisamente con la huida a este reino del bullicioso don Juan Núñez de Lara, y temiendo que este noble pudiera influir en la alianza entre Castilla y Francia.

(116) Ibn Jaldun, *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, ob. cit., p. 132, no habla exactamente de que el cerco comenzara a primeros de junio, sino de que la guarnición de Tarifa resistió cuatro meses antes de entregar la fortaleza; creemos que esto último se dice en referencia directa al castillo de Tarifa, no al resto de la villa por las circunstancias que más tarde veremos.

(117) El documento lo publica Mercedes Gaibrois de Ballesterios, *BRAH / 76*, pp. 421-422.

(118) Este ha sido un paso muy a tener en cuenta por los defensores de Tarifa a lo largo de la historia. En las crónicas de Alfonso XI, con ocasión de la batalla del Salado, se habla de que en la Peña del Ciervo había fuerzas benimerines cerrando dicho paso y que en el mismo habían cavado una trinchera para defenderlo.

Para lo anterior véase *Corónica del muy alto et muy católico rey don Alfonso el Onceno* (en adelante *Crónica de Alfonso XI*), Biblioteca de Autores Cristianos, volumen LXVI, Ediciones Atlas. Madrid, 1953, pp. 318. Ese foso o trinchera lo hubo de cegar el concejo de Sevilla en la tarde que el ejército cristiano llegó a la Peña del Ciervo, para facilitar el paso del ejército hacia Tarifa al día siguiente; así podemos leerlo en *Gran Crónica de Alfonso XI* (en adelante *Gran Crónica*), preparada por Diego Catalán, Gredos, 1976, tomo II, p. 407.

Por otro lado, durante la Guerra de la Independencia tuvo la defensa de este paso una importancia decisiva. Obsérvense las preocupaciones del mariscal Copons y Navia por bloquear el llamado Boquete de la Peña en PATRÓN SANDOVAL, Juan Antonio: *La defensa de Tarifa durante la Guerra de la Independencia, Al Qantir. Monografías y Documentos sobre la Historia de Tarifa* 13 (2012) pp. 23, 45, 56, 85 y 87.

(119) La bajada que existe entre Puertollano y Tarifa es otro punto a tener en cuenta para la defensa de esta plaza. Así lo refleja la actuación del mariscal Copons a los pocos días de hacerse cargo de la defensa de Tarifa, por lo que leemos en el último libro citado en la nota anterior, p. 21.

(120) En la batalla de 1340 el sultán quiso facilitar el paso de los ejércitos cristianos hasta el arroyo del Salado; por eso en *Gran Crónica*, tomo II, p. 403, se habla de dejar libre los pasos que conducían hasta Tarifa.

(121) Hasta entonces, parece como si el rey siguiera pensando en conquistar Algeciras.

(122) Berenguer de Montoliu era vicealmirante de la marina aragonesa y había adquirido experiencia naval en el Mediterráneo combatiendo al lado del almirante Roger de Lauria.

(123) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 177.

(124) En otros aspectos lo había hecho ya; véase al respecto el trabajo ya

citado de Gianluca Pagani y Braulio Vázquez Santos, «La conquista de Tarifa. Nuevas perspectivas de análisis», ob. cit., p. 805, en nota a pie. Según estos autores, al Infante se le restituyeron sus honores y soldada, la cual era superior a la de cualquier otro noble del reino.

(125) Ya dijimos que Sancho IV había puesto en libertad a su hermano en agosto del año anterior.

(126) Parece que estuvo personalmente aquí, según Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 139.

(127) *Ibídem*, p. 174.

(128) Don Juan Núñez de Lara fue nombrado adelantado mayor de la Frontera en sustitución de Fernán Pérez Ponce, pero se reveló contra Sancho IV en la primavera de 1292. En un momento tan crítico en la Frontera, no creemos que el rey se quedara sin nombrar un sustituto para don Juan Núñez.

(129) Desconocemos la fecha de tal nombramiento, pero con seguridad ya era adelantado mayor de Frontera en el mes de noviembre de 1292, según Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, pp. 189. Aquí trata esta autora de dos privilegios rodados de 1292 en el que aparecen como adelantados mayores de la Frontera don Juan Núñez y el infante don Juan. En el primero de ellos — fechado el 16 de enero — figura don Juan Núñez ejerciendo el cargo de adelantado mayor; en el segundo — datado el 21 de noviembre — ya lo era el Infante. Los historiadores portugueses hablan muy bien de la actuación del infante don Juan con ocasión de la conquista de Tarifa, pero lo cierto es que el cerco no progresaba en el mes de junio, o por lo menos no debía hacerlo a gusto de Sancho IV.

(130) Así lo señalan los Anales genoveses, donde se dice que: «E di tutte era ammiraglio generale e maggioire il detto Benedetto Zaccaria».

(131) Este hombre era hermano de la reina doña María de Molina y ya era alférez real el día 10 de diciembre de 1288. Así en Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo I, p. 224 en nota a pie. Por los que nos dice la autora, don Alfonso Téllez de Molina firmaba en los privilegios detrás de los Haro y de los Lara, pero después de la tragedia de Alfaro, donde se produjo la muerte del conde don Lope Díaz de Haro, parece que sustituyó como alférez real a don Diego de Haro, hermano del fallecido conde.

(132) Véase al respecto la carta del cardenal Albornoza al papa Benedicto XII en 1340, cuando habla de «los antiguos campamentos» al describir la posición que ocupaban las fuerzas del infante benimerí, Abu Omar, situadas en el ala izquierda del despliegue musulmán. Leemos por BENEYTO PÉREZ, Juan: *El cardenal Albornoza. Canciller de Castilla y caudillo de Italia*, Espasa Calpe, 1950, p. 330.

(133) Los campamentos, como lugares de descanso para la hueste que no

estaba de servicio, se asentaban a una prudente distancia de las murallas sitiadas. Como es lógico, desde los campamentos se adelantaban las fuerzas necesarias para mantener el cerco durante un tiempo determinado al cabo del cual eran relevados estos sitiadores de primera línea.

(134) De esta manera, además de cerrar el cerco, podían recibir viandas y armamento a través del mar.

(135) Ibn Jaldun, *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, ob. cit., p. 132. Aquí se nos dice que Estepona cayó después de un cerco de corta duración.

(136) Ya hemos dicho que fue Fernán Sánchez de Valladolid, el mismo que preparó las crónicas de Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI. Por lo que señala el cronista, los castellanos tenían a mucha honra no hacer fosos para proteger los campamentos. Así en «Reinado del rey don Fernando», en *Crónicas de los reyes de Castilla*, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, 1953, volumen LXVI, p. 163. No resulta extraño que esta postura le costara más de un disgusto en caso de que se produjera una salida en fuerza de los sitiados.

(137) A pesar de la información que proporciona el cronista de Fernando IV, sabemos que Fernando III la hizo frente a Sevilla y que Alfonso XI hizo grandes cavas frente a Algeciras, aquí desde los primeros momentos del cerco.

(138) La *Crónica de Sancho IV*, p. 86, puntualiza que el rey pasó en Sevilla la festividad de san Juan, 24 de junio, por lo que es probable que saliera hacia el Estrecho en los días siguientes.

(139) El camino de Sevilla a Tarifa podía hacerlo una comitiva perfectamente en seis jornadas, pero teniendo en cuenta que el rey pasó por Jerez no podemos excluir que se detuviera aquí. Por eso no descartamos lo señalado por SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «La fecha de la conquista de Tarifa por Sancho IV el Bravo», *Aljaranda* 62 (2006) 4-9.

140) Esto se refiere únicamente en los Anales genoveses, tanto en su versión latina como en la italiana.

(141) La Crónica de Sancho IV celebra la entrada el 21 de septiembre, y san Mateo sigue siendo el patrón de Tarifa. Por lo que se refiere al postigo por donde entraron los castellanos en Tarifa diremos que a mitad del siglo XIX había una inscripción en la capilla del camarín de la iglesia de Santiago en el que se decía: «En 21 de setiembre de 1292, reinando D. Sancho IV el Bravo se ganó esta ciudad a los moros por el postigo de Santiago que está tapiado». Citamos por Wenceslao Segura González, «La fecha de la conquista de Tarifa por Sancho IV el Bravo», ob. cit.

(142) Las murallas tarifeñas están dominadas en el sector que mira a levante, aunque no en todo su recorrido, por las alturas de este cerro. No estaría desencaminado pensar que los sitiadores colocaran máquinas de guerra para

batir dicho sector.

(143) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 181.

(144) El día 21 de septiembre de 1292 tuvo que ser domingo si lo fueron el día 6 y el 25 de mayo del mismo año.

(145) Miguel Ángel Manzano Rodríguez, *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, ob. cit., p. 143.

(146) Nos referimos tanto a las crónicas musulmanas como las genovesas, y también a la documentación procedente del Archivo de la Corona de Aragón.

(147) En los 21 días de plazo debemos contar desde el 22 de septiembre al 12 de octubre, ambos inclusive. Lo que hace pensar que al acuerdo se llegó el mismo día 21 y que la entrega del castillo a los sitiadores, así como la salida de los pobladores se hizo al día siguiente, 13 de septiembre.

(148) La toma de posesión del castillo, o alcázar de Tarifa, así como de sus distintas torres, se puede considerar como la entrega militar de la plaza a los sitiadores. Esta manera de actuar guarda un cierto paralelismo con lo que ocurrió en la entrada en Algeciras en 1344; aquí se entregó el alcázar y las torres de la villa mayor el mismo día que salieron los sitiados. Para lo anterior véase *Crónica de Alfonso XI*, p. 389.

(149) La versión italiana de los Anales genoveses dicen del rey de Castilla: "»[...] Ed ebbe le forze della terra, a sola securtá delle persone, nel giorno XIV dell' Ottobre». [Y tenía las fuerzas de la tierra, sólo para la mayor seguridad de las personas, a los catorce días del mes de octubre]

(150) GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Reindado: *Reinado y diplomas de Fernando III*, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, tomo I, 1989, p. 329.

(151) *Ibidem*, p. 362

(152) *Ibidem*, p. 390. Para el caso de Sevilla concretamente hay que tener en cuenta que el alcázar fue entregado el 22 de noviembre, cuando se firmaron las capitulaciones.

(153) *Crónica de Alfonso XI*, pp. 389-390.

(154) Lo relativo a la bendición de las mezquitas lo recoge Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *BRAH* / 74, p. 528. En ninguna otra parte hemos visto tal circunstancia, pero no resulta extraño porque era la costumbre de la época.

(155) Solemnes procesiones se hicieron en los casos de Córdoba, Jaén y Sevilla, en los años 1236, 1246 y 1248 respectivamente, al igual que Algeciras en 1344. No creemos desacertado pensar que se hiciera también en Tarifa en 1292 considerando que era un acto litúrgico organizado por la clerecía y que Sancho IV era un rey tan providencialista como Fernando III. No olvidemos que ninguno de los dos le correspondía en principio el trono de Castilla y que, en ambos casos, tuvieron que darse circunstancias variopintas para su entronización.

(156) Andrés Giménez Soler, *La Corona de Aragón y Granada*, ob. cit., p. 28. Aquí se transcribe un documento fechado el 17 de octubre, en Barcelona, en el que el rey de Aragón informa al de Castilla del envío de la paga de dos meses para la flota que estaba al servicio de este último. En el mismo se habla de que el rey de Castilla había tenido que anticipar otros dos meses a sus expensas, cantidad que habría de serle devuelta cuando dispusiera.

(157) Citamos por Àngels Masià i de Ros, *Jaume II. Aragó, Granada i Marroc*, ob. cit., p. 9.

(158) La carta de Jaime II al vicealmirante Berenguer de Montoliu en GALLOFRÉ Y TRENCHS, Rafael: «Almirantes y vicealmirantes de la Corona de Aragón (1118-1462)», *Miscelánea de texto medievales* 5 (1989), documento nº 27. En esta misiva, datada en Barcelona el 24 de octubre, el rey aragonés le dice al citado vicealmirante que le envía la paga de dos meses y que siga al servicio del rey de Castilla.

(159) No olvidemos que el acuerdo establecía 20 galeras por cuatro meses, pero que al no asistir más que la mitad entendemos que se doblaría el tiempo de servicio. Por tanto, los ocho meses de servicio debían cumplirse a primeros de enero, por lo que también entendemos que las galeras aragonesas pudieron estar en el Estrecho, por lo menos, hasta la Navidad de 1292.

(160) RADES Y ANDRADA, FRANCISCO: *Crónica de las tres órdenes, de Santiago, de Calatrava y Alcántara*, El Albir, 1980, folio 47r. de la Orden de Calatrava.

(161) *Crónica de Sancho IV*, pp. 86-87.

(162) *Ibidem*. Cabe señalar al respecto que a partir de la conquista de Tarifa las galeras de Castilla tuvieron presencia continuada en el Estrecho.

(163) Sobre esta construcción no hay nada publicado todavía. Sin embargo, el equipo del CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Francesas) que trabaja sobre el teatro bajo la dirección de la arquitecta Miryam Fincker está estudiando dicha torre.

(164) La presencia del rey en la ciudad del Guadalquivir está atestiguada por la extensión de un documento a favor de la catedral de Toledo, datado en Sevilla el día 4 de noviembre, según indica Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 184.

(165) El rey de Castilla llegó a Córdoba el día 24 de diciembre, mientras que la embajada granadina llegó a esta ciudad el día 28 de diciembre y permaneció allí hasta el 2 de enero, fecha en la que el rey salió también hacia Guadalajara. Leemos por Asunción López Dapena, *Cuentas y gastos (1292-1294) del rey D. Sancho IV el Bravo (1284-1295)*, ob. cit., p. 542. También en Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 189 y p. 193 se viene a decir lo mismo.

(166) Ibn Abi Zar, *Rawd al-Quirtas*, ob. cit., p. 700. Desconocemos la ubicación de esta fortaleza ni los motivos que pudo tener el rey de Granada para entre-

gársela al rey de Castilla.

(167) Nos referimos concretamente a Ibn Jaldún y a Ibn Abi Zar. Conviene precisar que el nombre de las fortalezas a permutar por Tarifa las da el segundo de ellos.

(168) Miguel Ángel Manzano Rodríguez, *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, ob. cit., pp. 147-148, precisa la fecha de la salida de la embajada de Granada para el Magreb. A tenor de las circunstancias que rodean esta embajada, sospechamos que el asunto tarifeño ya se había tratado con anterioridad entre Granada y Castilla.

(169) Ha sido éste un aspecto secundario frente a la importancia del político-militar, pero no debemos olvidar que por entonces crecía la importancia comercial de Tarifa debido a la reciente apertura de la llamada «ruta de Poniente», la cual ponía en comunicación las repúblicas italianas con Flandes a través del Estrecho de Gibraltar. Uno de los pioneros de esta vía comercial fue Benito Zacarías, en 1278, de manera que sus razones para ponerse al mando de la marina de Castilla puede que no fuesen tan simples como lo indica la percepción de una simple soldada a cambio de sus servicios. Sobre la actividad comercial del que fue almirante de Castilla trata Juan José Iglesias Rodríguez, «Micer Benedetto Zaccaría, primer señor de El Puerto y su tiempo», ob. cit., pp. 43-45. Por lo que se refiere a la importancia comercial del Estrecho y las oscilaciones en tráfico por esta vía puede consultarse HEERS, Jacques: *Occidente durante los siglos XIV y XV*, Labor, 1976, pp.144-145. SANTAMARÍA ARÁNDEZ, Álvaro: «La reconquista de las vías marítimas», *Anuario de Estudios Medievales* 10 (1980) 41-133; ROSENBERGER, Bernard: «El problema del Estrecho a fines de la Edad Media», *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía, Historia Medieval I*. Junta de Andalucía-Caja Sur, 1991, pp. 245-287.

(170) Esto lo podemos comprobar en la documentación aragonesa, especialmente el citado en Ángels Masiá i de Ros, *Jaume II. Aragó, Granada i Marroc*, ob. cit., ya mencionado en nota 36 de este trabajo.

(171) Ibn Abi Zar, *Rawd al-Qiirtas*, ob. cit., p. 701.

(172) Ibn Jaldun, *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, ob. cit., p. 132.

(173) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 229.

(174) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, «Tarifa y la política de Sancho IV de Castilla», *BRAH / 76*, documento 4, fechado el día 3 de junio de 1293.

(175) ORTEGA VILLOSLADA, Antonio: *El reino de Mallorca y el mucho atlántico (1240-1349)*, Netbiblo - UNED, 2008, p. 53. Se dice aquí que por entonces se produjo en las islas una situación de alerta general.

(176) Algo debió prometer Fernán Pérez en Granada que después no se cum-

plió porque Sancho IV envió a otro embajador, Johan Garcés en este caso, quien no se presentó en Granada, motivo por el que el rey de Castilla quiso tomar represalias contra el mismo. Seguimos aquí a Andrés Giménez Soler, *La Corona de Aragón y Granada*, ob. cit., p. 29, también Ángels Masiá i Ros, *Jaume II. Aragó, Granada i Marroc*, b. cit., . 27.

(177) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, «Tarifa y la política de Sancho IV de Castilla», *BRAH* / 76, documento nº 5. La orden del rey es que las galeras debían estar listas antes de 20 días.

(178) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 240.

(179) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, «Tarifa y la política de Sancho IV de Castilla», *BRAH* / 76, documento nº 6. Por la fecha de esta carta y por el contenido de la misma, las galeras aragonesas debieron regresar a sus puertos de origen a finales de 1293.

(180) *Crónica de Sancho IV*, p. 87. Sobre este personaje histórico se ha escrito abundantemente por parte de los historiadores españoles. No queremos destacar a ninguno en concreto, pero sí indicaremos que con ocasión del VII centenario de su fallecimiento, en 2009, Wenceslao Segura González elaboró un par de trabajos en los que se recoge abundante documentación y bibliografía sobre el personaje que tratamos. Así podemos citar: SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «Guzmán el Bueno. Colección documental», *Al Qantir. Monografías y Documentos sobre la Historia de Tarifa* 8 (2009) y *Guzmán el Bueno y la defensa de Tarifa*, Asociación Cultural Mellaria, 2009. Tres años antes, este mismo autor publicó otro trabajo con el título: «Guzmán el Bueno ¿leonés o sevillano?», *Al Qantir. Monografías y Documentos sobre la Historia de Tarifa* 6 (2006), donde también se recoge una amplia bibliografía sobre el referido personaje.

(181) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 230.

(182) La Orden de Calatrava percibía dos millones de maravedíes anuales de las rentas reales por la defensa de Tarifa. Pérez de Guzmán, por el contrario, sólo pidió 600.000 maravedíes por la misma función.

(183) Miguel Ángel Manzano Rodríguez, *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, ob. cit., p. 148.

(184) Algunos datos sobre la vida de este hombre en Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, pp. 281-284.

(185) *Ibidem*, p. 261. Juan Mathe de Luna ya estaba en Sevilla en el mes de diciembre.

(186) La Crónica de Sancho IV, p. 88, dice que el rey mandó a los Lara a la ciudad de Córdoba cuando él estaba en Palencia. Aquí estuvo el rey desde el 26 de diciembre hasta el 6 de febrero, según Mercedes Gaibrois de Balleste-

ros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, pp. 273-279. (187) En esta fecha escribe a sus oficiales en reino de Valencia para que allí construyan 10 galeras para el rey de Castilla. Véase Mercedes Gaibrois de Ballesteros, «Tarifa y la política de Sancho IV de Castilla», *BRAH* / 76, documento nº 7.

(188) Las cartas dirigidas a sus oficiales en Valencia están fechadas el 20 de febrero precisamente y en ellas se dice que Fernán Pérez había llegado a Barcelona el dinero para pagar la construcción de la flota que necesitaba el reino Castilla

(189) El documento donde se habla de 15 galeras armadas en Barcelona y Valencia está datado el 23 de octubre. Lo publica Mercedes Gaibrois de Ballesteros, «Tarifa y la política de Sancho IV de Castilla», *BRAH* / 76, documento nº 15.

(190) Nos referimos concretamente a las cartas que dirigió Sancho IV a los obispos de su reino. No sabemos si era pura propaganda, pero en estos documentos se habla de las 25 galeras que se estaban construyendo en el reino de Aragón. En este caso leemos por Asunción López Dapena, *Cuentas y gastos (1292-1294) del rey D. Sancho IV el Bravo (1284-1295)*, ob. cit., pp. 342-343.

(191) No la recibe de Roma por dos razones: ni había Papa en aquellas fechas ni el casamiento del rey con su prima María estaba bien visto por Roma. Tan delicado resultó este último punto que la legitimación del matrimonio, y por tanto la continuidad de los derechos al trono de Fernando IV, no fue reconocido hasta el año 1301.

(192) Citamos por Asunción López Dapena, *Cuentas y gastos (1292-1294) del rey D. Sancho IV el Bravo (1284-1295)*, ob. cit., pp. 342-343.

(193) Joseph F. O'Callaghan, *The Gibraltar Crusade. Castile and the Battle for the Strait*, ob. cit., p. 103. Aquí dice este autor que en esta ocasión también se armaron galeras en el Cantábrico.

(194) Más detalles en Francisco García Fitz, «La defensa de la frontera del Bajo Guadalquivir ante las invasiones benimerines del siglo XIII», ob. cit., pp. 275-323.

(195) Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, pp. 329-330.

(196) *Ibidem*.

(197) Archivo de la Corona de Aragón, registro de Cancillería, nº 99, folio 178v. En aquellos momentos Jaime II era también rey de Mallorca, por lo que no sorprende que encargara la construcción de una galera a la Generalitat de Mallorca.

(198) Archivo de la Corona de Aragón, registro de Cancillería, nº 99, folio 201r. Constituye el documento nº 1 del apéndice documental de este trabajo.

El documento está fechado en Barcelona el día 7 de junio de 1294, el día anterior de zarpar hacia Valencia, y de la lectura del mismo se deduce que la flota saldría en breve de Valencia.

(199) Esta dama castellana, que según el documento había sido ama de la reina de Castilla, ejercía entonces como ama de la reina de Aragón, la hija de Sancho IV y de María de Molina, desposada con Jaime II después del tratado de Monteagudo de 1291.

(200) Archivo de la Corona de Aragón, registro de Cancillería, nº 99, folio 178v. Como hemos visto, este hombre llegó en febrero a Barcelona y después se marchó a Valencia con la misión de aligerar la preparación de la flota que se armaba para el Estrecho, en la que embarcó posteriormente. El rey de Aragón conocía el asunto y por eso encargó la compra de dicho animal a María Fernández antes de que Fernán Pérez zarpara hacia el Estrecho. Se daba la circunstancia de que el rey aragonés necesitaba un buen caballo para su utilización personal»— Nos ayamos menester un buen caballo para el nuestro cuerpo»—, y parece que le había gustado el caballo de Fernán Pérez cuando lo vio en febrero. Sin duda alguna el animal en cuestión debía ser un ejemplar soberbio porque no deja de ser llamativo que Jaime II lo recordara tres meses más tarde.

(201) Otro motivo para pensar que la flota había salido de Valencia a primeros de julio es que el rey de Aragón II dirigió una carta a doña María Fernández diciéndole que enviaba a su alfaquí Samuel a los reinos de Granada y Marruecos para negociar asuntos políticos con los monarcas de estos reinos. Esta carta está fechada en Barcelona el 8 de julio, y el rey señala en ella que está escaso de dinero y que el alfaquí va en servicio de Sancho IV por lo que doña María debía hacer lo posible para ponerle un leño “armado bueno y complido” que lo transporte hasta su destino. Creemos que el rey de Aragón se dirigió a doña María Fernández porque sabía que Fernán Pérez ya no estaba en Valencia. El documento se publica Ángels Masiá i de Ros, *Jaume II. Aragó, Granada i Marroc*, ob. cit., p. 25.

(202) Las naves en cuestión era una genovesa y otra catalana; en ellas viajaban 143 musulmanes —entre hombre y mujeres— además de cierto numerario y mercancías, cuyo valor podía oscilar entre 23.000 y 25.000 doblas.

(203) La carta de respuesta del rey de Aragón a Fernán Pérez es la que publica Mercedes Gaibrois de Ballesteros, «Tarifa, y la política de Sancho IV de Castilla», *BRAH* / 76, documento nº 28. En esta carta es donde se habla de «les naves que G. Escribano avia agora presas». Obsérvese que en el documento se habla de naves, no de galeras. Por otro lado, se hace necesario indicar que desde los tiempos de Mercedes Gaibrois se ha venido confundiendo la retención de dichas naves con la de la flota que venía al Estrecho.

(204) Archivo de la Corona de Aragón, registro de Cancillería, nº 99, folio

337v y 338r. Este documento constituye el nº 2 de nuestro apéndice documental. Como se puede leer en el mismo, la retención efectuada por los marinos aragoneses se refiere al botín, no a las galeras que ya habían salido de Valencia con anterioridad.

(205) No olvidemos que estos acuerdos contemplaban, como ya lo expusimos en su momento, que todo los bienes muebles obtenidos como botín por aquellas naves pertenecían íntegramente a Aragón, excepto aquellas personas que a título individual se valore por encima de 300 doblas; en este caso concreto, la persona o personas en cuestión debían ser entregadas al rey de Castilla siempre y cuando éste abonara previamente el importe en el que había sido valorada cada una de estas personas.

(206) Esta parece que era la fecha concertada entre los dos consejeros del rey de Castilla para reunirse en aguas del Estrecho. Así lo recoge Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 320 al recoger la información que, respecto al asunto, envía Mathe de Luna al rey de Castilla: «si las galeras de Aragon llegan en el mes de julio, non faz fuerza la su ida, ca creo que seran pagadas al menos III meses, sin el viaje que sera en julio [...]»

(207) Resulta muy significativo que Juan Mathe cerrara las cuentas a finales de junio y las enviara a Sancho IV. Este hecho parece demostrar que el mayordomo real tiene que salir y que no sabía cuándo podía regresar.

(208) Tres de éstas eran genovesas y al frente de ellas estaba Micer Benito Zacarías, quien debía actuar como almirante de Castilla en aquellos momentos. Por lo que sabemos, Zacarías no dejó de ejercer como tal hasta febrero de 1295. Después fueron Juan Mathe y Fernán Pérez los que se hicieron cargo del Almirantazgo de Castilla. Así en GARCÍA DE CASTRO, Francisco Javier: *La Marina de Guerra de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media. Desde sus orígenes hasta el reinado de Enrique IV*, Universidad de Valladolid, 2011, p. 145.

(209) Señal inequívoca de que los musulmanes tenían el dominio del mar en aquellos momentos, porque aquel lugar hubiera estado expuesto a un ataque procedente del mar si la situación hubiera sido otra.

(210) Tanto la *Crónica de Alfonso XI*, p. 317, como la *Gran Crónica*, p. 343, hablan de la torre que en Tarifa era llamada de don Juan «[...] porque en el tiempo del rey don Sancho fue cercada esta villa otra vez, et cercola el Infante don Joan hermano de aquel rey don Sancho con poder del rey de allen mar; et porque posaba aquel don Joan cerca de aquella torre [...]»

(211) Así lo recoge Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, ob. cit., tomo II, p. 333. También en VIDAL CASTRO, Francisco: «Historia Política», en *El reino nazarí de Granada (1232-1492). Política, instituciones. Espacios y economía*, Historia de España de Menéndez Pidal dirigida por José María Jover Zamora, 2000, tomo VIII-III, p. 100.

(212) Hubo de ser a primeros de septiembre porque la carta llegó a Palenzuela (Palencia), el 17 de septiembre. Digamos al respecto que la distancia entre Sevilla y Palenzuela se aproxima a los 660 kilómetros y la situación no era de urgencia para que el mensajero llevara la correspondencia a «mata caballo».

(213) Así lo entendemos por varios indicios del documento, especialmente cuando se habla de las cantidades que necesitaban «para fecho de la flota para tiempo que finca de verano». Creemos que de haber sido a primeros de septiembre hubieran utilizado otra expresión.

(214) Según hemos visto más arriba, la eficacia de estos hombres se dejó sentir en el ánimo del rey hasta el punto de desplazar a Benito Zacarías al frente del almirantazgo de Castilla en 1295. De hecho, ya vemos que lo estaba en septiembre de 1294.

Capítulo II

La fecha y la hora de la batalla del Salado

Wenceslao Segura González

Sinopsis

En el año 1340 se enfrentaron musulmanes y cristianos en Tarifa, en lo que fue una de las principales batallas de la Reconquista. Las fuentes documentales son imprecisas en fijar el día en que se produjo el choque. En esta investigación hacemos un análisis de estas fuentes y concluimos que la batalla de Tarifa o del Salado se desarrolló el lunes 30 de octubre de 1340. El análisis crítico de algunas fuentes nos lleva a la conclusión de que debió ser en torno a las 10 horas cuando comenzaron las primeras escaramuzas en el campo de batalla.

Calendarios y eras

El calendario cristiano en uso en la Edad Media era el juliano, que estuvo vigente hasta el año 1582 en que se estableció el calendario gregoriano, que en definitiva es una modificación del juliano.

En la Edad Media la distribución, los nombres y las duraciones de los meses era idéntica que en la actualidad. Aunque el año tuvo oficialmente comienzo en diversas fechas, se mantuvo el 1 de enero como un día especial ligado al comienzo del ciclo anual.

Durante la época en que discurre nuestra investigación se utilizaban en los reinos peninsulares dos eras cronológicas. Una de ellas llamada hispánica o simplemente «la era», que tiene su inicio

en el año 38 a. C. Se simultaneaba con la era de la encarnación de Jesucristo que es la que utilizamos en la actualidad, que hace numerar los años a partir del siguiente a la concepción y nacimiento de Cristo. O sea, que si se utiliza el estilo de la Circuncisión (que hace comenzar el año el 1 de enero), se supone que Jesucristo nació el año 1 a.C.

El calendario juliano es computacional, es decir está basado en unas reglas, que son bien sencillas, lo que permitió una unidad del calendario en el mundo cristiano durante todo el periodo medieval.

No ocurría (ni ocurre) lo mismo con el calendario musulmán, que desde su instauración es observacional. El mes lunar musulmán comienza con la visión física del primer creciente lunar, que se observa en el horizonte occidental poco después de la puesta de Sol y pasado algún tiempo tras haber alcanzado la Luna su fase



Ilustración 12.- Detalle del cuadro del retablo de la Virgen de la Victoria, donde se recoge la aparición de la Virgen durante la batalla del Salado. Iglesia de San Vicente, Évora (Portugal).

nueva. Por lo dicho, el calendario musulmán no se puede preparar con antelación. Lo que no quita que tanto en la Edad Media como en la actualidad, se hayan ideado procedimientos astronómicos para averiguar cuándo será visible el primer creciente lunar. ¹ Todavía hoy cada país musulmán utiliza un procedimiento diferente para saber el comienzo del mes, lo que da lugar a diferentes calendarios y en particular a fechas distintas en el comienzo del mes de ramadán. ²

En rigor no se puede establecer una correspondencia entre las fechas islámicas y las cristianas. Pero siendo ello necesario se ideó, probablemente en el ámbito cristiano, un calendario musulmán aritmético, es decir que se puede preparar con antelación, permitiendo una correspondencia con el calendario juliano.

Este calendario computacional musulmán ya fue expuesto por Alfonso X en el *Libro de Saber de Astronomía* y los historiadores y cronologistas lo han utilizado para hacer la conversión de fechas. Pero debe tenerse presente, y esto es importante en esta investigación, que el calendario computacional musulmán puede diverger hasta tres días del calendario real basado en la observación de la Luna.

El calendario aritmético musulmán, al que hemos hecho referencia, es lunar, es decir sus meses se ajustan a la lunación o periodo sinódico lunar que tiene una duración promedio de algo más de 29 días y medio. Esto significa que los meses lunares sólo pueden tener 29 ó 30 días, siendo algo más frecuentes los meses de 30 días.

El año lunar está formado por seis meses de 30 días y otros seis de 29, haciendo un total de 354 días. Se intercala ocasionalmente años abundantes o *kabisa* formados por 7 meses de 30 días y 5 de 29, es decir 355 días en total.

El calendario aritmético musulmán tiene un ciclo de 30 años, de los cuales 11 son abundantes, o sea de una duración de 355 días y los restantes son normales de 354 días. Esto eleva la duración promedio del mes lunar a 29 días 12 horas y 44 segundos, muy cercano al valor astronómico.

Los años abundantes son los que están colocados en las posiciones 2, 5, 7, 10, 13, 16, 18, 21, 24, 26 y 29 del ciclo de 30 años. ³

Se usa otro criterio de intercalación en que el año abundante es

el que tiene el orden 15 en el ciclo de 30 años, en vez de serlo el que está en la posición 16.

El calendario aritmético musulmán tiene doce meses que alternan su duración entre 30 y 29 días, teniendo el primer mes (muharrad) 30 días. Los años abundantes o *kabisa* tiene en el último mes 30 días en vez de los 29 habituales.

La cuenta de los años de la hégira comienza el 16 de julio de 622 que es el día 1 de muharrad del año 1. Hay otra modalidad que toma como fecha de partida de la hégira el 15 de julio de 622.³

Los días semanales del calendario musulmán (ya sea el aritmético o el observacional) corren parejos con los del calendario juliano. Pero hay que advertir que para los musulmanes el día comienza con la puesta de sol, mientras que en el calendario juliano el inicio del día es a media noche. Entonces un mismo día musulmán transcurre a lo largo de dos días semanales diferentes. No obstante, desde la medianoche hasta la puesta del sol, los días semanales de los calendarios musulmán y juliano son los mismos.

Es fácil hacer un seguimiento de los días semanales dada la coriedad del ciclo hebdomadario y porque uno de sus días es especial, ya sea el domingo, el sábado o el viernes. Igualmente es difícil perder la numeración de los años. Sin embargo, es muy fácil perder la ubicación en el mes, por esta razón tenemos que recurrir a un almanaque, donde encontramos la correspondencia entre día semanal y mensual. Esto nos ocurre en la actualidad y con más frecuencia se daba en la Edad Media.

Buen ejemplo de lo que decimos es la fecha de la batalla del Salado o de Tarifa. Todos los autores la sitúan en lunes. Los musulmanes dan el año 741 de la hégira y los cristianos el 1340 de la encarnación o el 1378 de la era hispánica. Pero el problema surge cuando hay que dar el día mensual. La disparidad, que a continuación vamos a examinar, es enorme. Autores antiguos han dado las fechas del 28, 29, 30, 31 de octubre y 1 y 28 de noviembre; mientras que los musulmanes han dado las fechas del 7 de yumada primero y el 7 de yumada segundo. Averiguar la exacta fecha mensual de la batalla de Tarifa o del Salado es el propósito de esta investigación.



Ilustración 13.- El arzobispo de Toledo Gil Albornoz, que estuvo presente en la batalla de Tarifa.

Introducción

La batalla de Tarifa o del Salado ⁴ que se desarrolló en las cercanías de Tarifa ⁵ en el otoño del año 1340, enfrentó a los reyes de Castilla y Portugal contra los de Marruecos y Granada.

La victoria se decantó claramente a favor de los cristianos, que causaron una inmensa matanza en la hueste islámica. ^{6,7}

Al contrario de lo que algunos historiadores han pensado, la gran victoria cristiana no significó el fin del poder benimerín en la Península, sino más bien, el inicio de su decadencia.

Sólo algunos meses después de la derrota, los norteafricanos volvieron a recuperar sus fuerzas y a convertirse, de nuevo, en una

grave amenaza para Castilla. Pero, una vez más, fueron vencidos, primero en la batalla naval de Guadalmequí del año 1342⁸ y finalmente en el exitoso sitio de la fuerte plaza de Algeciras, con lo que se dio por concluida la denominada Batalla del Estrecho.

La *Crónica de Alfonso XI*⁹ y la *Gran Crónica* del mismo rey¹⁰ de la que es extracto la anterior, son las fuentes que tratan con más extensión y fiabilidad la batalla de Tarifa.

En ambas narraciones se da la fecha del 28 de octubre de 1340 (era hispánica de 1378) para el día de la batalla:

«E aquel día que el Rey don Alfonso de Castiella et de Leon, et el rey de Portugal, que venia con él, llegaron a la Peña del Ciervo, que fue domingo á veinte et siete dias andados del mes de Octubre [...]»¹¹

y más adelante:

«Otro día lunes veinte et ocho dias andados del mes de octubre, este muy noble Rey Don Alfonso de Castiella et de Leon levantose ante que amaneciese [...]»¹²

La *Gran Crónica* repite la misma fecha: «En este día lunes XXVIII dias andados del mes de octubre [...]»¹³

Numerosos autores han copiado esa fecha, dándola por buena, sin advertir que tal día no fue lunes, sino sábado. Lo que significa que o bien hay un error en el día semanal o en el mensual.

Hace algo más de medio siglo, Luis Seco de Lucena zanjó la cuestión, concluyendo que la fecha de la batalla fue el 30 de octubre, que en efecto fue lunes.¹⁴ Para llegar a esta conclusión el arabista granadino utilizó fuentes musulmanas y cristianas. Nosotros en el presente artículo haremos otro tanto, pero nos apoyaremos en más fuentes documentales, algunas de ellas dispares, tras lo que llegaremos a la misma fecha que Seco de Lucena, hoy dada por buena por todos los historiadores.

El padre Juan de Mariana se refería a comienzos del siglo XVII a las discusiones sobre la fecha de la batalla del Salado y daba razones de peso para fijarla el 30 de octubre de 1340:

«[...] Ganóse la batalla el año de 1340 de nuestra salvación. Del día varían los historiadores, empero nosotros de certísimos memoriales tenemos averiguado que esta nobilísima batalla se dio lunes treinta de octubre: como



Ilustración 14.- Ermita del Bendito Cristo de las Batallas en Cantagallo (Salamanca). Según la tradición la imagen que allí se custodiaba acompañó a los bejaranos a la batalla del Salado.

está señalado en el calendario de la iglesia de Toledo, donde cada año por antigua constitución con mucha solemnidad y alegría se celebra con sacrificios y hacimiento de gracias la memoria desta victoria». ¹⁵

En su análisis del problema de la fecha de la batalla del Salado, Andrés Giménez Soler pasó por alto las razones de Mariana, ¹⁶ exponiendo que cambió del 28 al 30 de octubre por la simple razón de que este día era lunes. Giménez Soler no atendió a las dos poderosas razones que expuso Mariana: la documentación manejada, tal vez antiguos privilegios reales y la conmemoración en la diócesis de Toledo de la fiesta denominada *Triumphus Belli de Benamarin* o *Triumphus Sanctae Crucis de Benamarin*, que tuvo su inicio en el siglo XIV y que se celebraba cada 30 de octubre.

La enseñanza de Mariana tuvo continuadores, tal es el caso de la popular historia de España de Modesto Lafuente, en donde se recoge: «El lunes 30 de octubre de 1340 antes de romper el día celebró el arzobispo de Toledo misa en el pabellón real» tras lo cual se inició la batalla.¹⁷

Jerónimo Zurita en sus *Anales de la Corona de Aragón* también yerró en la fecha de la batalla:

«[...] y los reyes pasaron a vista de Tarifa a un lugar que se llamaba Peña del Ciervo un domingo a 28 del mes de octubre. [...] y otro día lunes se pusieron en orden para la batalla y ordenáronse los escuadrones [...]»¹⁸

o sea, dio la fecha del 29 de octubre, sin saberse de donde la sacó o si bien fue un error al interpretar la dada por la *Crónica de Alfonso XI*.

El bien documentado Ortiz de Zúñiga en su historia de Sevilla



Ilustración 15.- Escena de caza de un oso del *Libro de la Montería* de Alfonso XI, rey que dirigió las tropas castellanas en la batalla de Tarifa.

también confunde la fecha de la batalla del Salado:

«Ordenóse el ejército cristiano, en cuya vanguardia tuvo honroso lugar el pendón de Sevilla, y amaneció el lunes 28 de noviembre, destinado a la más gloriosa victoria que tuvieron las armas españolas, sólo comparable con la de las Navas de Tolosa [...]»¹⁹

En una edición de esta obra publicada un siglo después de la primera por Antonio María Espinosa y Carzel, aparece la siguiente nota a pie de página:

«Los Autores, como son Zurita, Colmenares, Florez y la Crónica, dicen que se dio la batalla del Salado el 28 de octubre. Mariana, a quien sigue Ferreras, la refiere en el día 30 del expresado mes de Octubre. No encuentro quien diga que fue esta batalla a 28 de Noviembre, que será yerro de imprenta».²⁰

En época más reciente terció en la polémica Antonio Ballesteros quien aportó un privilegio de Alfonso XI fechado en 1342 para apoyar la fecha del 30 de octubre para el día de la batalla.²¹

La armada aragonesa destinada en el Estrecho, no participó directamente en la batalla del Salado, al negarse su almirante a saltar a tierra. No obstante, el soberano de Aragón tenía gran interés en todo lo que estaba pasando, entre otras razones por la amenaza que unos victoriosos benimerines supondrían para la costa levantina de su reino.

Debió el rey castellano comunicar a su aliado aragonés la victoria del Salado muy poco después de producirse. Por esto ha llamado la atención que la respuesta del rey de Aragón Pedro IV, entonces en Barcelona, tenga la fecha del día 8 de diciembre de 1340:

«[...] Rey fazemosvos saber en como recibimos unas letras en las quales nos faziades saber la victoria et la honor et la gloria que nuestro senyor Dios vos havia querido dar del enemigo malo de la nuestra fe catholica et de la cruz de nuestro senyor Jesucristo et de las sus gentes perfidas et malvadas: de la qual cosa somos sydo nos et todas nuestras gentes muy alegres et pagados et facemos por ende a nuestro senyor Dios lohor et gracias del bien et la merce que vos ha querido fazer en



Ilustración 16.- Pendón de la ciudad de Lorca. Su asta de madera, arrebatado a los musulmanes, fue el trofeo que consiguieron los lorquinos en su participación en la batalla del Salado.

darvos la su ayuda et la su victoria. [...] Dada en Barcelona VIII dias andados del mes de diziembre en el anyo de nuestro Senyor de mil trescientos et quarenta».

22

Próspero Bofarull fue el primero en extrañarse que la felicita-

ción aragonesa se hubiera demorado 38 días «en época precisamente en que tantas galeras y otras naves castellanas y catalanas cruzaban continuamente el Mediterráneo desde el estrecho de Tarifa a los puertos de Valencia y Barcelona, donde residía entonces el rey don Pedro de Aragón [...]»

Andrés Giménez Soler retomó la duda de Bofarull, considerando increíble la tardanza del monarca aragonés en asunto en el que tenía tanto interés. Utilizando la fecha dada por Al Salawi (ver capítulo IV) y dando por buena la data de la carta de Pedro IV a Alfonso XI, montó su teoría con la que pretendía eliminar toda la confusión sobre la fecha de la batalla del Salado

«Aceptando la fecha del 28 de noviembre desaparece la dificultad apuntada por el Sr. Bofarull de haber retrasado Pedro IV 38 días el dar la enhorabuena al rey de Castilla, pues del 28 de noviembre al 8 de diciembre el tiempo es únicamente el justo dadas las comunicaciones de entonces para que el rey de Aragón supiese la nueva de la victoria.»²³

Esta argumentación se desmorona cuando se comprueba que el 28 de noviembre de 1340 no fue lunes, día semanal en el que están de acuerdo todas las fuentes tanto cristianas como musulmanas. Más lógico es pensar en un error en la fecha de la carta enviada por el rey aragonés, donde se escribió diciembre, cuando se debió poner noviembre. Esta interpretación da tiempo a que la carta del castellano hubiese llegado a Barcelona y que desde allí de inmediato le fuera enviada la enhorabuena.

Hasta en época reciente autores de prestigio han seguido cometiendo el error de situar la batalla del Salado el día 28 de octubre, al dejarse guiar por las noticias que da la crónica castellana.²⁴

La epigrafía

La inscripción en una lápida del monasterio de San Andrés de Arroyo en Palencia recoge la fecha de la batalla con estas palabras: «En la era de 1378 años lunes día de Todos Santos [...]»

El Día de Todos los Santos es una antigua institución eclesiástica, que quedó fijada el 1 de noviembre, desde al menos, el siglo VIII. O sea, que según la lápida palentina, la batalla del Salado

tuvo lugar el 1 de noviembre de 1340.²⁵

En la catedral de Évora (Portugal) se conserva una lápida alusiva a la batalla de Tarifa, datada a mitad del siglo XIV, en la que sólo da el año en que se produjo el enfrentamiento: «En 1378 años Abenamarin señor del mar confiando de sí y de su haber y poder pasó aquende la mar [...]»²⁶

Hay otras inscripciones epigráficas que hacen referencia a la batalla de Tarifa pero ninguna de ellas da información cronológica.

Se puede explicar este error en que siendo el día 31 de octubre cuando el rey Alfonso XI entró en Tarifa y mandó reparar sus muros, debieron las celebraciones empezar al siguiente día, o sea, el 1 de noviembre (día de Todos los Santos).²⁷ También podría entenderse que tratando fechar la batalla por el santoral y no por el día semanal, el autor de la lápida de Palencia utilizara la festividad religiosa más cercana al día de la batalla.

Las fuentes cristianas

Las fuentes documentales cristianas muestran una disparidad en la fecha de la batalla del Salado. El *Poema de Alfonso XI* que es una versificación de la primitiva crónica de ese rey, da la fecha en las estrofas 1.805 y 1.806:

«Non sabian dezer quantos
moros perdieron la vida
viespera de Todos Santos
esta lid fue vencida
de que serán muy contentos
ya por siempre los cristianos;
era de mill e trezientos
e setenta e ocho años.»²⁸

Que nos da la fecha del día 31 de octubre para la lid de Tarifa.

El arzobispo de Toledo, Gil Albornoz, acompañó al rey castellano en la histórica jornada del Salado. Lograda la victoria y vuelto al campamento, escribió esa misma noche dos cartas, una dirigida al cardenal Annibaldo di Ceccano y la otra al Papa. De la primera de las cartas entresacamos lo siguiente:

«[...] los ilustres reyes de Castilla y de Portugal, mis magníficos señores, llegaron a la orilla del mar el día

veintinueve del presente mes de octubre, colocándose a una legua de distancia de las blasfemas huestes de los reyes de Benamarían y de Granada, pudiendo acampar sin ningún impedimento.

Al día siguiente, es decir, en el penúltimo del presente mes, muy temprano, fue celebrada misa por mí al señor rey de Castilla, y teniendo en mis manos el cuerpo del Señor, el rey dijo: 'Arzobispo, esperad un poco.' [...]

En seguida fueron bendecidas las armas y todos nos preparamos para el combate. Los dos reyes se dirigieron contra los referidos pérfidos príncipes [...]»²⁹

Donde se fecha con claridad la batalla el 30 de octubre, penúltimo día de mes.

La segunda carta del cardenal, enviada la noche de la batalla al Papa es menos precisa:

«El domingo, observando aquellos alrededores, vieron acampar a los moros cerca del lugar de la referida Roca [del Ciervo] [...]

Y hoy, el rey de Castilla oyó la misa que yo celebré, y luego recibió con verdadera devoción el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo [...]

Apenas terminada la misa nos lanzamos al combate, en el nombre de Dios, todos a una, dispuestos para la batalla»³⁰

que sólo nos informa de que la batalla se desarrolló un lunes.

Como antes hemos dicho, la crónica del rey castellano Alfonso XI sitúa la batalla en el día lunes 28 de octubre de 1340. No obstante, en uno de los manuscritos de esta crónica analizados por Diego Catalán da otra fecha:

«E Dios, que es señor de misericordia, quiso cumplir voluntad deste rey, e la noche fue sallida e vino el alva de la mañana de aquel día lunes veinte y nueve de octubre muy hermosa e honrada e complida de victoria para la christiandad.»³¹

Dando la fecha del 29 de octubre que no aparece en ningún otro documento medieval.



Ilustración 17.- Retablo de la Virgen de la Victoria, adovación mariana que tiene su origen en la victoria portuguesa en Tarifa. Iglesia de San Vicente, Évora (Portugal).

La crónica del rey Pedro I comienza relatando los éxitos de Alfonso XI y haciendo expresa referencia a la batalla de Tarifa y a la fecha en que se produjo:

«El cual rey don alfonso de quien habla ahora esta libro venció en batalla a Abu hacen que era rey de Fez y de Marruecos y de Túnez y de Tremecén y de Segalmesa: y al rey de Granada que decían don Yuçaf Abenhabir Abenazar: los cuales reyes moros le tenían cercada la su villa de tarifa con muy grande poder de caballería, que eran cuarenta mil de caballo y fue esta batalla ante la villa de Tarifa lunes treinta días de octubre de mil trescientos y cuarenta»³³

fijando con acierto la batalla el lunes 30 de octubre de 1340.

La crónica portuguesa del rey Alfonso IV que acompañó al rey castellano a descercar Tarifa, sigue a la crónica de Alfonso XI al afirmar:

«Al otro día, segunda feria, 28 días de octubre de la era del César de 1378 años y del año de Cristo de 1340, por la mañana temprano, los reyes en sus tiendas con gran constricción y arrepentimiento de sus pecados, se confesaron a sus confesores y que consigo traían [...]»³³

Existe una narración portuguesa de siglo XIV conocida, entre otros nombres, por el *Libro de los Linajes*, que describe la batalla de Tarifa, pero nada dice de la fecha, aunque como luego veremos, precisa la hora en que se trabó la contienda.

Desde algún tiempo antes de la batalla, los benimerines norteafricanos se estaban rearmando y desde la Península se entendía que la pretensión de su sultán Abu l-Hasán no era otra que la conquista de los reinos cristianos. Tres fueron los lugares que se manejaron como posibles escenarios del desembarco musulmán: el Algarve portugués, el estrecho de Gibraltar y el reino de Valencia. Muy poco antes de la batalla de Tarifa, era un clamor que el desembarco sería por el levante peninsular, pues las tropas invasoras podrían contar con el apoyo de la población local musulmana. Esto explica la preocupación con que en Valencia se seguían los preparativos para la invasión musulmana.³⁴

Iniciada la invasión por el Estrecho, el Consell de Valencia man-

tuvo el mayor interés por lo que ocurría, dado los efectos adversos que para ellos podría tener una victoria musulmana frente a los muros de Tarifa.

Nada más conocerse en Sevilla la victoria cristiana, el cónsul de los catalanes en aquella ciudad tramitó una carta a los valencianos, anunciándoles las afortunadas noticias. La carta salió de Sevilla el 3 de noviembre, o sea nada más llegar los reyes cristianos de Tarifa, y llegó a Valencia el 11 de noviembre, día de San Martín confesor.

El acta de la reunión recoge lo siguiente:

«En este Consejo fue leída y publicada una carta, la cual Guillem Lull, cónsul de los catalanes en Sevilla, había tramitado a los jurados y prohombres de la dicha ciudad [de Valencia], haciéndoles saber que en el día lunes treinta días del mes de octubre pasado, nuestro Señor Dios, por su clemencia, había dado la victoria a los altos reyes de Castilla y de Portugal en la batalla campal que había tenido con los infieles reyes de Benamarín y de Granada y con sus gentes [...]»³⁵

Este es un documento de gran peso a favor de la fecha del 30 de octubre, que como veremos es apoyada por otra documentación de la época.

El día 25 de diciembre de 1340, apenas dos meses después de la batalla, Alfonso XI concedía un privilegio a la iglesia de Santa María de Guadalupe, en el que se da una nueva fecha:

«E porque quando nos venimos de vençer al poderoso Alubazen, rey de Marruecos, e de Fez, e de Suzulmeza, e de Tremeçen, e al rey de Granada en la batalla, que ouimos con ellos çerca de Tarifa, que fue lunes, veinte e nueue dias del mes de otubre de la era desta carta [...] Dada en Cadafalso, veinte e çinco dias de Diçiembre, era de mill e treçientos e setenta e ocho años.[...]»³⁶

La batalla de Tarifa se convirtió en un hito cronológico para la cancillería real, hasta el punto de que los privilegios emitidos por el rey eran fechados a partir de tan gloriosa victoria, surgiendo lo que podríamos llamar «la era de Tarifa».

La coletilla con que los escribanos reales concluían la redacción

de los privilegios era la siguiente:

«[...] lo mando faser por mandado del rey en el segundo año que el rey don Alfonso uencio al poderoso Albuhaçen, Rey de Marruecos e de Fes e de Sugelmeça e de Tremeçen, e al rey de Granada en la batalla de Tarifa, que fue lunes, treynta dias de octubre era de mill e trescientos e setenta e ocho años [...]»³⁷

o bien:

«[...] lo fize escriuir por mandado del rey en el año othauo que el rey don Alfonso vencio al poderoso Albohaçen rey de Marruecos e de Fes e de Suiulmeçan e de Tremeçen e al rey de Granada en la batalla de Tarifa, que fue lunes, treynta dias de Octubre, era de mill e trescientos e setenta e ocho años, en el año quinto que el sobredicho rey gano a Algesira de los moros e en treynta e siete años, que el sobredicho rey don Alfonso regno».

³⁸

Documentos donde queda constancia, una vez más, de la fecha del 30 de octubre para la batalla de Tarifa.

La que hemos denominado era de Tarifa también se aplicó a otros documentos, como los cuadernos de Cortes. Por ejemplo, las celebradas en Alcalá de Henares en 1348 se fechó de esta forma:

«Era de mil trexientos e ochenta e seys annos, e a treynta e seys annos de nuestro rregnado, e a ocho annos que nos vençimos a los rreyes de Benamarin e de Granada en la batalla de Tarifa, e a quatro annos que ganamos la noble çibdat de Algezira».³⁹

Fuentes musulmanas

Las fuentes documentales musulmanas son más parcas que las cristianas en su referencia a la batalla de Tarifa. En cuanto a la fecha, la narración más fiable es la dada por Ibn al-Jatib, que estuvo presente en la jornada de Tarifa donde perdió a su padre. El sabio granadino dice al respecto: «Acudió éste [Yusuf, rey de Granada] al frente de un ejército abundante y bian armado. Se libró el combate el lunes 7 de Chumada I de aquel año [741].»⁴⁰ Haciendo uso del calendario aritmético musulmán la fecha de Al-Jatib es la

del 30 de octubre de 1340.

Otros autores siguen la lección de Al-Jatib y repiten la misma fecha. Este es el caso de Al-Maqqari quien afirma que: «La batalla de Tarifa tuvo lugar el lunes 7 de yumada primero del año 741». ⁴¹

Entre las fuentes que utilizó José Antonio Conde para el periodo estudiado, estaba la obra de Al-Jatib de quien toma la fecha de la batalla del Salado: «Fue esta cruel batalla de Wadalecito [o sea, la batalla de Tarifa] día lunes de la luna de Giumada primera del año setecientos cuarenta y uno». El propio Conde agrega en nota al pie que El Salamani, o sea Al-Jatib, dice yumada postrera. ⁴²

El historiador moderno Al-Salawi, que tuvo a su disposición



Ilustración 18.- El rey Alfonso XI ofrece los despojos de la batalla a la Virgen de Guadalupe.

buenas fuentes, aunque parece seguir a Al-Jatib, da otra fecha: «Raramente los musulmanes fueron alcanzados por una desgracia tan grande como la que les golpeó en esta mañana del lunes siete de yumada segundo 741». ⁴³ La correspondencia de fechas con el calendario juliano nos da el 28 de noviembre de 1340, que

no fue lunes, sino sábado.

A Al-Salawi le han seguido autores modernos, como el ya citado Andrés Giménez Soler, igualmente Henri Terrasse también da por buena la fecha del 7 de yumada segunda.⁴⁴

Otros autores musulmanes se limitan a dar el año de la batalla, es el caso de Al-Zarqasi: «En 741 tuvo lugar la vergonzosa derrota infligida a los musulmanes por los cristianos [...]»⁴⁵

El más prolijo de los historiadores antiguos musulmanes que trata de la batalla de Tarifa es Ibn Jaldun, que no da fecha concreta, limitándose a dar alguna indicación cronológica. El escritor norteafricano se refiere al inicio del sitio de Tarifa:

«Cuando toda la armada hubo atravesado el Estrecho, Abu l-Hasan le siguió con sus familiares y sus domésticos, y, hacia fin del año 740, desembarcó en la cercanía de Tarifa. Habiendo mandado acampar su tropa en las cercanías de la plaza [...] marchó [el rey de Castilla] contra los verdaderos creyentes que llevaban ya seis meses bajo los muros de la plaza.»⁴⁶

Del texto se desprende que el desembarco del sultán de Fez se produjo antes de final del mes de junio, lo que unido a los seis meses que erróneamente dice Ibn Jaldun que duró el sitio de Tarifa, nos llevaría a que la batalla tuvo lugar en los meses de noviembre o diciembre.

Al-Jatib nos habla del comienzo del sitio de Tarifa: «Después de celebrar la fiesta del Nacimiento del Profeta, atacó la ciudad de Tarifa [...]»⁴⁷ El nacimiento del Profeta se celebra el 12 de Rabi, que en el año 741 fue en los primeros días de septiembre. Lo que pone un límite al comienzo del asedio a Tarifa.

La noticia de Al-Jatib está en consonancia con la dada en la crónica de Alfonso XI:

«[...] el rrey de Benamarim [...] hizo asentar su gran hueste en derredor de la villa; [...] E esto fue a diez dias despues que llego ay Joan Alfonso de Benauiddes e los que con el uiniveron, e fue a veynte e tre dias de Setienbre».⁴⁸

Lo que nos viene a confirmar la inexactitud de la narración de Ibn Jaldun, en cuanto a las fechas se refiere.



Ilustración 19.- A raíz de la batalla del Salado, Alfonso XI concedió privilegios a la iglesia de Guadalupe. En el grabado, el rey castellano postrado ante la Virgen después de su victoria.

Las conmemoraciones religiosas del Salado

Las celebraciones por la victoria en la batalla del Salado se dieron en numerosas diócesis de España y Portugal. Aparece por primera vez en el salterio llamado *Catenatum* que se custodia en el archivo de la diócesis de Coimbra, donde se encuentran los himnos del oficio denominado *In festo Victoriae Christianorum*, fechado entre 1340 y 1360. Estos himnos hacen expresa referencia a la ba-

talla del Salado.

Casi simultánea con Coimbra, comenzó la celebración de la victoria cristiana en Toledo, aunque parece ser más antigua su implantación en Portugal.

En el breviario de Évora de 1548 se recoge la conmemoración del *Triumphus Crucis* en la *admirabilis victoriae Christianorum ad flumen Salsum* (río Salado). Se conocen celebraciones por la victoria del Salado en Sintra, Braga, Leiria, Obidos, Granada y en la diócesis de Cádiz.

Estas conmemoraciones la celebraban las distintas diócesis el 30 de octubre, excepto Cádiz que venía en celebrar la festividad el 31 del mismo mes.

En el siglo XX se registra un renacimiento de la fiesta. Este fue el caso de la diócesis de Évora donde se celebró la conmemoración a principio del siglo y siempre en el día 30 de octubre. Posteriormente, en los años cincuenta, su arzobispo Manuel Mendes, volvió a instaurar la celebración de la victoria de los cristianos en Tarifa, «con la misma misa y el mismo oficio de la diócesis de Coimbra, que deben ser de las primeras piezas litúrgicas». Finalmente, siguiendo las decisiones del Concilio Vaticano II, desapareció la celebración de la *Victoria Christianorum* después de seis siglos de vigencia tanto en Portugal como en España.

Estas conmemoraciones religiosas es un fuerte apoyo para fijar la fecha de la batalla el día 30 de octubre.⁴⁹

Conclusión

Como todas las fuentes son unánimes en situar en un lunes la batalla de Tarifa y entre los días propuestos sólo el 30 de octubre es lunes, es lógico situar en ese día la fecha de la batalla.

Pero hay más. Los documentos examinados que abogan por el 30 de octubre son más numerosos y sobre todo más fiables que los restantes. De entre ellos citar la carta del arzobispo Gil de Albornoz, la enviada al Consell de Valencia y los privilegios de Alfonso XI.

Podemos, por tanto, afirmar con seguridad que la batalla de Tarifa o del Salado se produjo el día 30 de octubre del año 1340 de la encarnación, 741 de la hégira y 1378 de la era hispánica.

La hora de la batalla

Las horas medievales, derivadas de las romanas, se iniciaban con la prima, un periodo de tres horas que comenzaba con la salida del Sol; le seguía la hora tercia, igual periodo de tiempo que llegaba hasta el mediodía, momento en que comenzaba la hora sexta; le seguían las nonas y finalizaba con las vísperas que coincidía con en el momento de la puesta de Sol.⁵⁰

Estas horas eran temporarias, es decir venían determinadas por el movimiento aparente del Sol, que cambia tanto con la posición geográfica como con la época del año. Para las coordenadas geográficas de Tarifa, el Sol salió el día de la batalla a las 6 horas 51 minutos de tiempo solar medio del primer meridiano (lo que se llama tiempo universal)⁵¹ y se puso a las 17 horas 23 minutos. Esto nos viene decir que cada hora canónica tuvo aquel día una duración de tiempo uniforme de 2 horas y 43 minutos.

Más concretamente, la hora prima hay que situarla entre las 6 horas 51 minutos y las 9 horas 34 minutos. Y las vísperas comenzó a las 17 horas 23 minutos.

Naturalmente, lo dicho hay que tomarlo como muy aproximado, al seguirse la evolución del tiempo por la posición aparente del Sol y no por el movimiento regular de un reloj.

Si bien encontramos suficientes referencias sobre la fecha de la batalla del Salado en los documentos medievales, los datos sobre la hora de comienzo y de su finalización son más escasos. Ya sabemos que muy temprano, tras amanecer, se celebró la misa impartida por el arzobispo de Toledo, tras lo cual, las tropas cristianas ya preparadas, se dirigieron desde su campamento en Valdevaqueros, hasta los vados del río Salado, recorriendo unos siete kilómetros. Debemos tener presente que al comienzo de la batalla intervinieron peones que estaban en la vanguardia castellana, por tanto al calcular el tiempo tardado en el desplazamiento nos debemos guiar por la velocidad de los peones y no de los caballeros.

Otra referencia temporaria nos la da la citada lápida del monasterio de San Andrés de Arroyo que dice al respecto: «[...] e cogio el campo del ora de prima fata pasado el dia [...]»

Ibn al-Jatib señala que la batalla dio comienzo a la hora *duha*, que es el comienzo de la mañana, instante que podemos aproxi-

mar a la mitad de la hora prima; o sea, en nuestro caso particular estaríamos hablando aproximadamente de las 8 de la mañana en tiempo universal.⁵²

En la crónica portuguesa de la batalla del Salado que recoge el *Libro de los Linajes* dice lo siguiente: «[...] comenzaron la lid a la hora prima y estaban passante medio día [...]»⁵³

La crónica del rey portugués Alfonso IV vuelve a insistir en que el comienzo de la batalla fue a la hora prima: «Y con esto, siendo horas de prima, e invocando con gran devoción y repitiendo muchas veces el nombre de Jesucristo, acometieron luego [...]»⁵⁴

Más adelante la misma crónica dice: «Y de una parte y de otra se trabó una muy brava y peligrosa batalla, que sin cesar de la hora tercia duró hasta víspera».⁵⁵

Una indicación de gran interés para el comienzo del combate nos la da la *Gran Crónica* de Alfonso XI:

«[...] e luego como llego [al campo de batalla] quisiera començar la pelea con los moros, syno por los suyos que le consejaron que se detoviesse un poco por el sol que salia entonçes e les daua de rostro, de guisa que les fazia perder mucho de la vista de los ojos».⁵⁶

También informa sobre la finalización de la batalla: «E desque el rey Alboaçen e el rrey de Granada llegaron a Algezira, era el dia passado e la noche venia ya çerca [...]»⁵⁷ y más adelante: «E el rrey de Castilla e el rrey de Portugal tornaron aquella noche a sus rreales donde auien salido [...]»⁵⁸

Todas las fuentes citadas están conformes en que la batalla se inició por la mañana y que el alcance (o persecución de los derrotados) se extendió hasta el atardecer. Con más concreción, durante la hora prima las tropas de uno y otro bando ya estarían situadas en orden de batalla a ambas orillas del arroyo del Salado.

La bien precisa crónica del rey castellano nos da una información para fijar la hora. La línea de unión entre los dos ejércitos miraba hacia el sudeste aproximadamente, es decir hacia donde se encontraba el sol al comienzo de la mañana. Al iniciarse la hora tercia, el sol se levantaba del horizonte unos 25°, lo que como bien recoge la crónica debía molestar a los castellanos, que por esa circunstancia debieron esperar un tiempo, hasta que el sol hubiera

ascendido algo más.

A las 10 horas de tiempo universal el sol estaba aquel día a 30° sobre el horizonte en la dirección sudeste y ya no debía de afectar excesivamente al ataque cristiano. Por tanto podemos sostener que los ejércitos se situaron en su orden de batalla durante la hora prima y que al comenzar la hora tercia (en torno a las 10 horas de tiempo solar) se iniciaron las primeras escaramuzas entre ambos ejércitos.

En cuanto a la finalización de la batalla debemos distinguir dos momentos: cuando se derrumba la resistencia musulmana y empieza la huída, y el otro es el final del alcance o la persecución que llegó hasta el río Guadalmesí.

Las crónicas que manejamos no dan información suficiente para determinar la duración del enfrentamiento propiamente dicho. Analizando las escaramuzas que se produjeron y que vienen descritas con detalle en la crónica de Alfonso XI, podríamos estimar en unas tres horas la duración de la batalla, lo que nos llevaría a suponer que en torno a las 1 de la tarde hora universal se debió de producir la desbandanda de los musulmanes, tras lo que comenzó el alcance. Esto da tiempo para que el sultán marroquí llegara al atardecer a Algeciras (distante algo más de veinte kilómetros del lugar de la batalla y población a la que se llega por un terreno accidentado) y que los reyes de Castilla y Portugal llegaran hasta el río Guadamesí («Et ambos estos rreyes llegaron al rrio que dizen Guadameçil»⁵⁹) distante unos nueve kilómetros del río Salado y volvieran ya de noche a su campamento en Valdevaqueros, que debió ser ya pasada las seis de la tarde hora universal.

Referencias

(1) Diversos estudios sobre la regulación del calendario musulmán durante la Edad Media se encuentran en KING, David A.: *Astronomy in the Service of Islam*, Variorum, 1993, pp. 185-251.

(2) En la actualidad el caos del calendario musulmán origina que las celebraciones entre uno y otro país pueden diferir hasta en cuatro días. Hay numerosos criterios en uso, desde los países que se basan en la observación directa (como Pakistán o India) a otros que utilizan criterios exclusivamente astronómicos (como Arabia Saudita), e incluso hay comunidades que siguen el calendario computacional, como es el caso de los ismaelitas.

(3) Amplia información sobre los calendarios puede verse en SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: *Hemerología. La ciencia de los calendarios*, Acento 2000, 2006. El calendario aritmético musulmán está descrito en FREEMAN-GRENVILLE, G.S.P.: *The islamic and christian calendars*, Garnet, 1995.

(4) Autores modernos afirman con frecuencia que los historiadores musulmanes llaman a este enfrentamiento con el nombre de batalla de Tarifa (*Fahs Tarif*), mientras que los cristianos la nombran como batalla del Salado.

Ciertamente todas las antiguas crónicas musulmanas hablan de la batalla de Tarifa, pero igualmente ocurre con las primeras fuentes cristianas, sin que en ninguna ocasión se refieran a la batalla con el nombre del Salado.

Por ejemplo, la *Gran Crónica* de Alfonso XI, se refiere en varias ocasiones a la batalla con denominaciones tales como: «la sancta batalla que ouo con ellos çerca de Tarifa» [GCAXI, tomo II, p. 439] o «la sancta batalla que fue vençida çerca de Tarifa» [GCAXI, tomo II, p. 441].

Valga como otro ejemplo un privilegio expedido por Alfonso XI en Alcalá de Henares en 1345: «[...] en el año quinto que el rey don Alfonso uençio al poderoso Albohaçen, rey de Marruecos e de Fes e de Surumelça e de Tremeçen e al rey de Granada en la batalla de Tarifa [...]», GONZÁLEZ CRESPO, Esther: *Colección documental de Alfonso XI. Diplomas reales conservados en el Archivo Histórico Nacional. Sección Clero. Pergaminos*, Univesidad Complutense, 1985, pp. 505-510.

La denominación de batalla del Salado es tardía en la historiografía española. No obstante, es el nombre que finalmente ha pervivido y con el que se le recuerda en la actualidad.

En la lápida mortuoria de Juan Alonso Pérez de Guzmán, hijo de Guzmán el Bueno, en el monasterio de San Isidoro del Campo y muerto en el año 1351, se lee que «hallose en la batalla del Salado y en todas las batallas de su tiempo» (GALI LASSALETTA, A.: *Historia de Itálica. San Isidoro del Campo*, Signatura Ediciones, Sevilla, 2001, p. 207); no obstante, la citada placa es posterior a la fecha de enterramiento, por lo que no nos sirve como prueba de que el nombre del Salado se utilizase poco tiempo después de la batalla. El sepulcro de Juan Alonso Pérez de Guzmán fue traído de Génova «con su semejanza puesta ençima armado, é no puso letras por ser en su vida [...]», BARRANTES MALDONADO, Pedro: *Ilustraciones de la Casa de Niebla*, Universidad de Cádiz, 1988, p. 208.

(5) El arroyo del Salado o del Saladillo tiene una longitud de unos siete kilómetros. Nace en Los Tajos del Sol a unos trescientos cincuenta metros de altitud. Transcurre en zig-zag por una suave pendiente hasta llegar a la playa de Los Lances donde desemboca en el río Jara. El riachuelo permanece seco, y recoge las aguas de lluvia procedente de algunos cerros cercanos. Se encuentra a algo más de tres kilómetros del centro urbano de Tarifa.

- (6) VIDAL CASTRO, FRANCISCO: «Mártires musulmanes en la frontera nazarí: la Batalla del Salado o de Tarifa (1340)», *V Jornadas de Historia en la Abadía: noviembre de 2004*, Alcalá La Real (Jaén), Diputación Provincial, 2005, pp. 753-764,
- (7) «E fueron muertos fasta trexientos moros muy honrrados, señores de tierras e caudillos de grandes conpañas», *Gran Crónica de Alfonso XI*, preparada por Diego Catalán, Gredos, Madrid, 1977, vol. 2, p. 434.
- (8) SEGURA GONZÁLEZ, WENCESLAO: «La batalla naval de Guadalmequí (año 1342)», *Al Qantir. Monografías y Documentos sobre la Historia de Tarifa* 4 (2007) 1-47.
- (9) *Crónica de los Reyes de Castilla*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1934, tomo IV, pp. 173-392.
- (10) *Gran Crónica de Alfonso XI*, ob. cit.
- (11) *Crónica de los Reyes de Castilla*, ob. cit., p. 323.
- (12) *Ibidem*, p. 325.
- (13) *Gran Crónica de Alfonso XI*, ob. cit., vol. 4, p. 419.
- (14) SECO DE LUCENA PAREDES, LUIS: «La fecha de la batalla del Salado», *Al Andalus* 19 (1954) 228-231
- (15) PADRE MARIANA: *Historia General de España*, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, Madrid, 1852, p. 493.
- (16) GIMÉNEZ SOLER, ANDRÉS: *La corona de Aragón y Granada. Historia de las relaciones entre ambos reinos*, 1908, pp. 270-271.
- (17) LAFUENTE, MODESTO: *Historia General de España*, Montaner y Simón editores, Barcelona, 1888, tomo IV, p. 357.
- (18) ZURITA, JERÓNIMO: *Anales de la Corona de Aragón*, Institución Fernando el Católico, 1978, vol. 3, p. 491.
- (19) ORTIZ DE ZÚÑIGA, DIEGO: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Imprenta Real, 1795, tomo II, p. 102.
- (20) *Ídem*.
- (21) BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, Barcelona, 1922, tomo III, pp. 56-57 y p. 146.
- (22) *Procesos de las antiguas Cortes y Parlamentos de Cataluña, Aragón y Valencia*, publicados por Próspero de Bafarull y Moscaró, tomo VII, Barcelona, 1851, pp. 142-143.
- (23) Andrés Giménez Soler, ob. cit., pp. 270-271. Añade que el día 6 de diciembre el rey de Aragón escribió al Papa, misiva que no contiene ninguna referencia a la victoria cristiana. Según nuestro parecer esto viene a apoyar nuestra argumentación, puesto que en esa fecha el Papa ya sabía la victoria de Tarifa.
- (24) DE MOXÓ, SALVADOR: «Alfonso XI y sus campañas contra los musulmanes», en *Historia de España*, tomo XIII*, Espasa-Calpe, 1995, pp. 395-416. Tam-

bién nosotros llegamos a cometer el mismo error, SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: *Los Privilegios de Tarifa*, Acento 2000, 2002.

(25) MARTÍNEZ ORTEGA, Ricardo: «Epigrafía medieval: tres inscripciones de San Andrés de Arroyo y el rey Alfonso Onceno (1312-1350)», *Revista de Filología* 21 (2003) 219-238.

(26) SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «La huella de la batalla del Salado en Portugal», *Al Qantir. Monografías y Documentos sobre la Historia de Tarifa* 12 (2012) 66-85, más referencias en este texto.

(27) FRANCISCO OLMOS, José María de: *Manual de Cronología. La datación documental histórico en España*, Hidalguía, 2010, pp. 296-299.

(28) *El Poema de Alfonso XI*, edición de Yo Ten Caté, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1958, p. 503, estrofas 1.805 y 1.806.

(29) BENEYTO PÉREZ, Juan: *El cardenal Albornoz. Canciller de Castilla y caudillo de Italia*, Espasa-Calpe, 1950, pp. 331-332. El original en latín se encuentra en UGOLINI, Francesco A.: «Avvenimenti, figure e costumi di Spagna in una cronaca italiana del trecento», en *Italia e Spagna*, Istituto Nazionale per le Relazioni Culturali con l'Estero, 1941, pp. 119-120.

(30) Juan Beneyto Pérez, ob. cit., pp. 329-331.

(31) CATALÁN MENÉNDEZ PIDAL, Diego: «La Oración de Alfonso XI en el Salado. El Poema, la Crónica inédita y la Historia», *Boletín de la Real Academia de la Historia* CXXXI-1 (1952) 247-266.

(32) *Crónica del rey Don Pedro de Castilla*, por Pedro López de Ayala, Sevilla, 1549, p. 9.

(33) *Crónica dos sete primeiros reis de Portugal*, edición de Carlos Silva Tourouca, Academia Portuguesa de História, vol. II, Lisboa, 1952, p. 338.

(34) SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «La batalla del Salado» en *Tarifa en la Edad Media* (Manuel González Jiménez, editor), Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Tarifa, 2005, pp. 173-200.

(35) DUALDE SERRANO, Manuel: «Solemnidad espiritual de Valencia con las victorias cristianas del Salado y de Algeciras», Instituto Valenciano de Estudios Históricos, 1950, p. 38 (de la separata).

(36) GONZÁLEZ CRESPO, Esther: *Colección documental de Alfonso XI. Diplomas reales conservados en el Archivo Histórico Nacional. Sección Clero. Pergaminos*, Universidad Complutense, 1985, pp. 469-470.

(37) *Ibidem*, pp. 487-492.

(38) *Ibidem*, pp. 585-592. En la misma obra aparecen otros documentos fechados por «la era de Tarifa», pp. 505-510 y 546-550.

(39) *Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla*, Real Academia de la Historia, 1883-1884, volumen I, p. 593.

(40) IBN AL JATIB: *Historia de los reyes de la Alhambra*, Universidad de Granada, 2010, p. 218.

- (41) GAYANGOS, Pascual: *History of the Mahomedan Dynasties*, tomo II, p. 350.
- (42) CONDE, José Antonio: *Historia de la dominación de los árabes en España*, Marín y Compañía, Madrid, 1874, p. 292.
- (43) SALAWI, al Nasari al-: *Kitab el-Istiqa li akhbar doual al-Maghrib al-Aqça*, traducción de Ismaël Hamet, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1923, tomo IV, p. 220
- (44) HENRI TERRASSE, M.: *Histoire du Maroc*, Casablanca, 1950, tomo II, p. 55.
- (45) *Chronique des almohades et des hafçides attribuée a Zerkechi*, traducción française d'après l'édition de Tunis et trois manuscrits par E. Fagnan, Constantine, 1895, p. 116.
- (46) IBN KHALDOUN: *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, traduite de l'arabe par Le Baron de Slane, Paul Geuthner, 1978, tomo IV, pp. 229-234.
- (47) Ibn al-Jatib, *Historia de los Reyes de la Alhambra*, ob. cit., p. 216.
- (48) *Gran Crónica de Alfonso XI*, ob. cit., p. 341.
- (49) MENDEIROS, José: «O Santo Lenho da Sé de Évora», *A Cidade de Évora* 33-34 (1953) 259-298; CORBIN, S.: «Fêtes portugaises. Commémoraison de la victoire chrétienne de 1340 (Río-Salado)», *Bulletin Hispanique* XLIX-2 (1974) 205-218, VASCONCELOS E SOUSA, Bernardo: «O sangue, a cruz e a coroa. A memória do Salado em Portugal», *Penélope. Fazer e desfazer História* 2 (1989) 28-48 y MARIZ, Pedro: *Diálogos de Varia Historia*, Coimbra, 1594, I, p. 179.
- (50) ORTEGA CERVIGÓN, José Ignacio: «La medida del tiempo en la Edad Media. El ejemplo de las crónicas cristianas», *Medievalismo* 9 (1999) 9-39.
- (51) Para hacer una conversión de tiempo universal a la hora oficial tal como la tenemos establecida en la actualidad, tendríamos que sumar una hora a las dadas en el texto, si suponemos horario de invierno.
- (52) Luis Seco de Lucena Paredes, «La fecha de la batalla del Salado», ob. cit.
- (53) *Livro de Linhagens do Conde D. Pedro*, edición de José Mattoso, Academia de Ciências, Lisboa, 1980, p. 246.
- (54) *Crónica dos sete primeiros reis do Portugal*, ob. cit., p. 340.
- (55) *Ídem*.
- (56) *Gran Crónica de Alfonso XI*, ob. cit., tomo II, p. 423.
- (57) *Ibidem*, p. 434.
- (58) *Ibidem*, p. 436.
- (59) *Ibidem*, p. 433.

Capítulo III

Las profecías de la batalla del Salado

Wenceslao Segura González

Sinopsis

En el año 1340 se enfrentaron musulmanes y cristianos en Tarifa, en lo que fue llamada batalla del Salado o de Tarifa, con el resultado de una gran victoria para los ejércitos coaligados de castellanos y portugueses. Desde la aparición de las primeras crónicas de la batalla en el siglo XIV, surgieron historias de profecías sobre el resultado de la batalla hechas a posteriori, que debieron tener gran predicamento como lo muestra que hayan llegado hasta nosotros varias versiones.

Las profecías de Merlín

El rey Arturo es un personaje mítico de la literatura europea. Representa al monarca justo e ideal y la leyenda lo recoge como el defensor de las islas británicas frente a la invasión sajona en el siglo VI. El primer relato y donde quedan establecidos los hechos de la leyenda, es el libro *Historia Regum Britanniae* del galés Geoffrey de Monmouth escrito hacia el año 1135. A partir de entonces el rey Arturo es el principal personaje del ciclo de leyendas llamadas «materia de Bretaña».

Merlín es uno de los individuos destacados que aparecen en las leyendas artúricas. Surgió en la literatura por obra de Monmouth, que posteriormente lo incluiría en la citada obra sobre la historia

del reino de Bretaña.

Merlín era hijo de una piadosa mujer y de un padre ícubo, demonio de espíritu maligno capaz de dejar embarazada a una mujer. En la leyenda artúrica Merlín no hereda la maldad de su padre, pero quedó dotado de poderes sobrenaturales, entre ellos su capacidad profética.

La obra de Monmouth se dispersó por Europa, adquiriendo cierta difusión en las cortes hispánicas, como lo atestigua la narración que sobre Merlín se hace en las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio.¹

Las profecías de Merlín son uno de los ingredientes del género literario que comentamos, que se afianzó en el siglo XIII por obra del francés Robert de Boron, ampliándose en los siglos posteriores.

Merlín y sus profecías aparecen en las crónicas e historias de los reinos europeos y en particular de los españoles. Estas profecías fueron usadas como arma política en las batallas dinásticas. A mitad del siglo XIV Rodrigo Yáñez describe dos profecías de Merlín en el *Poema de Alfonso XI*, versificación de la crónica del mismo rey. Una de ellas se refiere a la muerte de Juan el Tuerto, hijo del infante don Juan, y la otra, que es la que nos interesa, predice la victoria cristiana en la batalla del Salado.

La profecía de Merlín sobre el Salado aparece en el *Poema* después de las estrofas dedicadas a la muerte y apresamiento de personajes importantes tras la derrota en el campo de batalla.

Esta profecía no aparece como tal en la *Crónica de Alfonso XI* donde proviene el *Poema*, pero parece basarse en un sueño de Fátima, mujer del sultán marroquí Abu l-Hasan, que aparece en el relato cronístico, como luego veremos.

La profecía de Merlín hace aparecer al maestro Antón (o sea el «mestre Antoine» de las profecías merlinianas) que acude a la Gran Bretaña para entrevistarse con Merlín, quien atiende su petición y le informa de sus augurios sobre España. Esto nos muestra que Rodrigo Yáñez era conocedor de las profecías de Merlín que debieron circular por entonces en Castilla.

El estilo de la profecía de Merlín sobre el Salado utiliza los símiles animalísticos, pero es suficientemente directa, abandonando el oscurantismo, lo que permite identificar fácilmente a los persona-



Ilustración 20.- Detalle de la batalla del Salado o de Tarifa, tomado de un cuadro del claustro del Monasterio de Guadalupe.

jes y los hechos que aparecen. Aún así al final de la profecía el autor del Poema da una detallada explicación.

La profecía de Merlín que aparece en el *Poema de Alfonso XI* se circunscribe exclusivamente a la batalla del Salado, de la que trata abundantemente el *Poema*. Al igual que el resto de la composición poética, la profecía del Salado es un canto de alabanza a Alfonso XI a quien el autor engalana con numerosas virtudes, principalmente guerreras.

La profecía de Merlín sitúa la acción en Tarifa, población que no cita con su nombre, sino como la «villa que es puerto de mar en las tierras de la frontera» y más adelante cita que en las «covas de Ercoles abrán fuerte lid enplazada».

Como hemos dicho, la profecía del Salado no se encuentra en la crónica real, por lo que su autoría es exclusiva de Rodrigo Yáñez, y como queriendo dejar constancia de este hecho, al final de la narración el autor da a conocer su nombre: «La profecía conté e torne en dezer llano yo, Rodrigo Yáñez la noté en lenguaje castellano.»

Según Diego Catalán la composición del *Poema* debe fecharse en 1348, la misma que debemos dar para la profecía de Merlín de la batalla del Salado,² en el supuesto de que, tal como planteamos, su autor sea Rodrigo Yáñez quien tomó la idea del sueño de Fátima.

Por último debemos notar que el *Poema* no versifica el citado sueño de Fátima, donde esta reina augura a su marido el sultán, la derrota en los campos de Tarifa. Es como si el autor de la versión rimada de la crónica hubiera evitado tratar este asunto, para aprovecharse de él en su exposición de la profecía de Merlín.

La profecía de Merlín que examinamos tomada de la edición de Yo Te Cate es la siguiente:

«Mal desonrado salió
de Tarifa el moro marín;
en aquel día Dios conplió
una profecía de Merlín.

Merlín fabló d'España
e dixo esta profecía
estando en la Bretaña
a un maestro que í avía.

Don Antón era llamado
este maestro que vos digo,
sabidor e letrado,
de don Merlín mucho amigo.

Este maestro sabidor
así le fué preguntar:
'Don Merlín, por el mi amor
sepádesme declarar
la profecía de España,
que yo querría saber
por vos alguna fazaña
de lo que se ha de fazer.'

Merlín, sabidor sutil,
dixo luego esta razón:
Acabados los años mill
e los trexientos de la encarnación
cincuenta e nueve conplirán
los años desta fazaña
la mar fonda pasarán
de bestias muy grand conpañã.

Muchas cosas aconteçerán,
maestro, creldo çiertamente,
fuertes batallas serán
en las tierras del Poniente.



Ilustración 21.- El rey castellano Alfonso XI en un momento de la batalla.

Reynará un león coronado
en la provençia de España,
será fuerte e apoderado,
señor de muy grand conpañia.

Sabidor e de coraçón,
bivirá sienpre en guerra,
muy bravo del coraçón
e muy señor de la su tierra.

Escontra el sol poniente
en el tiempo deste león
reyna un león dormiente,
muy manso del coraçón.

E el león coronado
que en este tiempo regnar
él será desafiado
del puerco de allén la mar.

Salirse ha el puerco espín,
señor de la grand espada;
de tierras de Benamarin
ayuntará grand albergada.

Con bestias bravas e perros marinos
las aguas fondas passará,
cobrirá montes e caminos,
en la España aportará.

Pasarán por ponte seca
grand poder a maravilla
del falso pueblo de Meca
e çercarán una villa

que es puerto de la mar
en tierras de la frontera,
a este fecho ha de llegar
al dragón de la grand fromera.

E todos se ayuntarán
con el puerco apoderado;
estas nuevas llegarán
luego al león coronado.

El león tenblar fará

las tierras de Oriente
e con grand saña saldrá
por las tierras de Poniente.

E de toda la su gente
levará poca criación,
despertará el león dormiente,
que ovo dormido a grand sazón.

Los leones se abraçarán
amos con muy grand plazer,
al puerto estrecho llegarán
deseosos por comer.



Ilustración 22.- El rey Arturo a cuya leyenda pertenece el personaje de Merlín.

El puerco apoderado
non saldrá de una montaña,
el león coronado
bramará con muy grand saña.

En las covas de Ercoles abrán
fuerte lid enplazada,
muchas bestias matarán
al puerco de la grand espada.

El león dormiente bençerá
al dragón de la grand fromera;
el león coronado arrancará
el puerco por una ladera.

El puerco será bençido,
escapará de la muerte,
a Marruecos sera bolvido
con muy grand desonra fuerte.

Su espada perderá,
que fué sienpre enobleçida
e nunca la cobrará
por tienpos de la su vida.

Estas palabras apuestas
de los leones e puerco espín
así commo son compuestas
profetizólas Merlín.

Non las quiso más declarar
Merlín, el de gran saber;
yo las quiero apaladinar
cómmo las pueden entender:

El león coronado
sobre que fundo razón
fué este rey bien aventurado
de Castiella e de León.

E otro león dormiente
aquel rey fué su natural,
que regnó en el poniente
que llaman de Portugal.

E el bravo puerco espín,

señor de la grand espada,
fué el rey de Benamarin
que a Tarifa tovo çercada.

Rey de Granada fué el dragón,
Granada la grand fromera;
este rey de grand coraçón
cuydó ganar la frontera.

Las bestias bravas e perros marinos
que aportavan en la España
moros fueron viejos e niños
que í perderan grand conpañã.

Que el buen rey fué matar
el dia de la batalla,
la ponte seca del mar
las galeas fueron sin falla.

La espada que dixo Merlín
que el puerco í perdería
la honra fué del rey de Benamarin
que se í perdió aquel día.

La profeçia conté
e torné en dezer llano
yo, Rodrigo Yáñez la noté
en lenguaje castellano.

Copras de muy bien hablar,
segúnt dixo Merlín;
agora quiero contar
del rey de Benamarin
e de la su cavallería
que trugo de la su tierra,
a do se fueron aquel día
que fuyeron por la sierra,
cómmo este rey cuytado
iva triste con grand ira
e llegó muy amanzellado
a las puertas de Algeciras.»³

Al final del *Baladro del sabio Merlín* que fue impreso en Sevilla en 1535 aparece con el nombre de «Aquí comiençan las profecias del

sabio Merlin, profeta dignissimo» unas profecías relativas a España. Adolfo Bonilla y San Martín, editor del *Baladro*, en anotación a pie de página, afirma que estas profecías son una interpolación a la composición del *Baladro* y de fecha posterior.⁴

Entre estas profecías se encuentra una adaptación de la profecía del Salado de Rodrigo Yáñez, pero más confusa que la original. Sus personajes principales vuelven a ser Alfonso XI, denominado el gran león, y el sultán benimerín Abu l-Hasan, al que llama el gran jabalí, pero añade otros nuevos episodios. Tal es el caso de la muerte del hijo del sultán, Abu Malik, poco antes de la batalla: «[...] y el vno de su costilla, el maspreciado, niebla rauiosa lo arrebatara con rabia». El gran botín conseguido en la histórica jornada de Tarifa también es suscintamente citado: «[...] muchos serán los despojos». La profecía cita que el rey castellano «yra acompañado de gente de tres coronas con la suya», haciendo referencia a la participación de los reinos de Portugal y Aragón, éste último mantuvo una flota en aguas del Estrecho pero sus fuerzas no intervinieron en las operaciones terrestres.

Concluida la narración de la batalla, la profecía vaticina el prestigio que por hecho guerrero tan destacado recibirá el rey castellano: «Nonbrado sera en las partes del mundo». Esta parte de la profecía de Merlín que se intercala en el *Baladro* concluye con la muerte de Alfonso XI en el sitio de Gibraltar: «[...] lo atrapara muerte rauiosa, el pie de la peña alta de la muy gran laguna pauorosa».

Añadir que la profecía establece una localización geográfica de la batalla, cuando dice que los ejércitos se encontrarán en la «peña del uneado», refiriéndose a la Peña del Ciervo en cuya cercanía acamparon los cristianos y desde donde divisaron a la hueste musulmana asentada cerca de Tarifa.

En cuanto a la fecha de esta profecía debe ser posterior a la muerte de Pedro I, asunto que aparece en la profecía y anterior al año 1377 que Merlín da como fecha límite de sus augurios. En cuanto al autor, Enrwistle dice que puede ser Don Juan Manuel o algún partidario de Alfonso XI.

La parte correspondiente de la profecía de Merlín del Salado que se recoge en el *Baladro* que comengamos es la siguiente:

«En aquel tienpo maestre Antonio [...] supo como

Merlin era en la Gran Bretaña. Dixo el sabio Merlin: Maestre Antonio. Entremonos aparte, e fablaremos en algunas cosas que han de contescer en España [...]» [...] E quando el sabio Merlin fablo en los fechos de España andaua la era de Jesu Christo en CCC e V años. [...]

Despues desto, en aquel tiempo se leuantara el muy gran jabali, caudillo de muchas gentes, e passara la muy grande laguna sobre madera. Acompañado verna de muchos, enseñado sera en saber en muchas noblezas. El muy alto señor le consentira passer por su quebranto. E fara sus enforcaduras fasta los cañaberales; y el vno de su costilla, el mas preciado, niebla rauiosa lo arrebatara con rabia. Amenazadora sera por el gran jabali con rabia; todo el christianismo quebrantado seera



Ilustración 23.- Antiguo grabado representando a Merlin.

tres vezes ante del su mouimiento, que a los figados le calara. Y en muy poco terna los reyes de Leon. El qual sera mouido e quebrantado con los sus puercos. Y el su gran orgullo sera batido por siempre, y embadurnados en sangre de sus cuerpos.

El gran Leon saldra a el ayrado, e yra acompañado de gente de tres coronas con la suya. Ca muchas gentes seran llegados a el por muchas maneras. E hallarlo ha cerca de la peña del uenado, que corre mas que liebre, ni que cauallo. E fallara el jabali acompañado de muchos puercos, e correrlo ha, e quemarlos ha las algarradas. E muy terriblemente los sacudira, y embadurnarle ha en mucha sangre de sus puercos, muchos dellos sin cuento. E quedaran muy destruydos e desenparados, e raydos de su lana, e la fortaleza del gran leon crescera. E la grand nonbradia de su trabajo, muchos seran los despojos. Nonbrado sera en las partes del mundo. Todas sus gentes menearan gran orgullo con muy gran abondamiento de soberuia con esfuerço. E quando las gentes cuydaren venir en paz y sosiego, e abondamiento de folgura, fallecerles ha lo mejor. Ca de otra guisa no se podra fazer ni cunplira mi dicho. E durara este fasta el cuento de mil e trezientos e quarenta e nueue años, que lo atrapara muerte rauiosa, el pie de la peña alta de la muy gran laguna pauorosa.»⁵

Pedro Bohigas encontró en 1935 un manuscrito en la Biblioteca de Cataluña, que parece ser copia de los primeros años del siglo XV, donde aparece una colección de profecías de Merlín, entre las que se encuentra la referente a la batalla del Salado, que no pasa de ser una traducción, un tanto libre, de la profecía recopilada en el *Baladro*. Algunos de sus párrafos son en todo idénticos a la versión castellana y sólo notamos como elemento diferente la referencia a los montes Pirineos en el texto catalán, que induce a pensar que allí situó el autor el campo de batalla.

La transcripción de la profecía de Merlín sobre el Salado del manuscrito catalán es la siguiente:

«En lo sue temps se leuara lo gran Javallj, capdell de la sua gente, e apparra en la gran lacuna per forsa del Gran Jaualli. Lalt senyor li consintra per son creant que passar sobre maderes la gran lacuna, acompanyat de molts porchs, sens compta ser la sua nomenada. Gran roydo e crebant ab diuerses fargadures faran en les camyanerals. Vn de la sua costella, lo mes preat de la neula rabiosa e offegadora, apparra sobrell, prop de la aygua, el coratge rabios lo gitara sobrell. Lo Gran Javalli ab rabia menassara a tot crestianissima, e apres daço recordara lo Gran Leo ab gran roydo dell. Ell jra acompanyat de companya de tres coronas, la una ab ell, car molt sera ajustat a ell per moltes maneres trauades; cercador o cassador ser dels mons Piraneus; prop la Penya del Venado, so es seruo o corso, lo qual corra mes que lebra nj cauall, atrobara lo Gran Jaualli, acompanyat de molts porchs, e fer ha cremar les tendes. Malament lon foragitara, enbolcarlo ha en la sanch dels seus porchs, molts sens compta romandran desbaratats. La fortalea del Gran Leo crexera lanomenada del seu treball, moltes seran les despulles, molt honrada sera en les majors partides del mon. Tota la sus gente menjara gran ergull e gran abundament de superbia, car les gens cyudaran hauer de tot en tot pau e asseguament de folgansa e abundament de tots bens; en la millos falliera, car (d)altramente no pora esser per so ques complesquen les coses sobredites. La sua durada era fins al compta de millar cccxlix anys de la jncarnacio de Ihesuchrist, quel macara ell sen portara mort rabiosa prop de la pena alta de la gran lacuna o bassa.»⁶

El sueño de Fátima

Cuando el sultán de Marruecos Abu l-Hasan llegó a Ceuta desde donde se preparaba la flota que desembarcaría cerca de Tarifa, consultó a su mujer Fátima sobre la conveniencia de iniciar en aquel momento las operaciones militares en la Península.

Según la *Gran Crónica de Alfonso XI*, Fátima había sido adiestra-

da en casa de su padre «a catar en el curso de la luna» y «en el arte de la jeometría», por esto «creyan mucho a lo que ella dezia». ⁷

Fátima dijo al sultán que preparase la flota para pasar el Estrecho y que si fuese vencida que le aconsejaba que, por muy gran flota que después tuviese, que no pasase, y si lo hacía tuviese la certeza de que sería derrotado. Pero si su flota venciese a la cristiana, que entonces pasase sin recelo porque «no sería muerto ni preso».

El *Poema de Alfonso XI* versifica la profecía de Fátima, pero aquí la favorita de Abu l-Hasan desaconseja a su marido iniciar el desembarco augurándole que si así lo hiciera sería derrotado, incluso ella misma perdería la vida

«El rey grand plazer tomava
con tal cavallería,
con doña Fátima fablava,
ssu mujer que bien quería.

Diz: ‘Passar quiero yo la mar
con la mi cavallería
a vos, amiga levar,
Fátima la tuniçia;

porque ssodes entendida
ámovos de coraçón;
de ssaber ssodes conplida
sobre quantas otras sson.

Siendo niña e donzella
ssoppiestes sienple la arte
de la fermosa estrella
que los fechos bien departe.

Reina, una fazaña
de vos quiero yo ssaber:
sin conqueriré a España
e tornarla a mi poder
e el mi fijo vengar.
infante de grand bondat,
e con grand onra tornar
a Marruecos la çiutat.’

La reyna dixo: ‘Señor,

muy gran fecho començades,
yo vos faré sabidor
desto por que preguntades.

Yo, señor, ssea creída,
e será buena razón:
dexaredes esta ida
en tal tiempo e ssazón.

Señal fuerte veo una
por vos e vuestra mesnada:
la planeta con la luna
anda siempre demudada.

Si passades la alta mar
vernávos desonra fuerte;
yo, si allá pasar,
non puedo escapar de muerte.'» ⁸

Según el *Poema de Alfonso XI* los presagios de Fátima perturba-



Ilustración 24. - Reproducción del sello de Alfonso XI de Castilla y León.

ron al sultán, que recurrió a un «añciano e sabidor, don Azçar de nonbre» para que le aconsejase. El anciano fue de la misma opinión que Fátima, pero amplió su profecía en el mismo sentido que narra la *Crónica de Alfonso XI*

«'Pues la hueste es ayuntada
la flota fazed armar
e luego ssea entrada
en las aguas de la mar.

Í vaya buena conpañã
e luego sse ayuntarán
e con la flota d'España
batalla averán.

E si la vuestra fuer vençida
las señales bien veredes
e con razón conosçida
vos la mar non passaredes.

E si la vuestra vençier
éste será real fecho
e con el vuestro poder
passad el puerto del Estrecho:
librados serán los puertos
de entre Çebta e Gibraltar;
los infantes que fueron muertos
así sse pueden vengar.'»⁹

Los acontecimientos se fueron sucediendo y el enorme ejército de Abu l-Hasan cruzó el Estrecho y puso sitio a Tarifa el día 23 de septiembre de 1340. Aunque la presión era fuerte, los sitiados se defendieron bien y lo que parecía una cómoda victoria musulmana se convirtió en una escollo difícil de vencer.

Con Abu l-Hasan había llegado su mujer Fátima, acampando cerca de Tarifa. Una noche la reina tuvo un sueño premonitorio. Según la crónica «yaziendo durmiendo, soño que yua vn leon e que entraua al rreal e que corria contra el rrey de Benamarin». El intraquilo sueño de Fátima despertó al sultán, que incluso pensó que eran atacados. Ya por la mañana y ante los requerimientos de Abu l-Hasan, la reina contó su sueño

«Señor rrey Alboaçen, yo vos veyã esta noche tener

cortes en la çiubdad de Marruecos, e vey a çerca de vos gran conpañã de caualleros, e veyã vos passar aquende la mar con grande hueste açercar esta villa sobre que yazedes echado. E a mi me pareçio que vn dia tenblaua el alçaçar desta villa, e daua vn trueno atan grande que sonua muy gran tierra. E a mi me pareçio que esta boz salia deste alçaçar, e que la oyo vn leon que estaua en vna laguna poblada de muchos arboles, e en aquel lugar tenie el leon su morada; e estaua con el vna leona, e quando oyo la voz, partiose del leon e salio de la laguna, e fuese a gran priesa contra el sol de Poniente, e llevaba vna corona en la cabeça de vna piedra rrubi que atan gran rresplendor dava que la veyan muy gran tierra, e por las tierras por do yvase quexando e bramando como sy oviese alguna saña. E a las bozes que yva dando esta leona, salio vn leon ançiano rribera de vn mar e fuese derecho para la leona, e dio vn tal bramido que lo ayan muy gran tierra; e la leona, que lo vio, llegose a el muy omilldosamente; e el leon lo abraço e le alunpiava las manos con la boca. E do ansy estavan estos dos leones salio de la gran laguna el leon que vy primero e yvase para do estavan estos dos leones, e levara ençima de la cabeça vna corona muy fermosa en la vna espalda le vy vna crus bermeja como la sangre e en medio de la cruz vna espada que dava atan gran claridad que amitigava la vysta de los ojos que la non podien ver; e ansy me pareçio que este leon se yva a do estavan los dos leones, que le salien a rreçibir; e quando todos se ayuntaron, pareçieme que el leon coronado enrroscava la cola e bramava grandes bramidos de guisa que los oyan gran tierra e bolvya la catadura e con saña pareçia que de los ojos le salian llamas de fuego, e veyele tener la vuestra corona so la vna de la mano. E ayuntaron se los leones e tornavan se a la gran laguna de donde salieron los dos primera mente.»¹⁰

Fátima continuó contando el sueño y dijo al sultán que había visto como los dos leones ocupaban el campo a la orilla del Salado

acompañados de gran ejército. Mientras que al lado contrario, cerca de Tarifa, vio un caballero con cruces blancas y delante de él iba un pendón «que parecía qu'estava ayuntado con el cielo».

Fátima siguió contando que tras acometer el sultán al enemigo, quedó desamparado, volvió la espalda, huyó y escapó con gran deshonor. Las dueñas y las doncellas que estaban en el real musulmán quedaron desamparadas y «nunca vos mas vymos».

Concluido el relato, Fátima rogó al sultán que evitara ser muerto y perder la honra en aquella «villa de maldición». Dijo que lo contado no era visión ni sueño, sino grandes señales que Dios le daba para evitar que los musulmanes recibieran daño.

Sigue la crónica de Alfonso XI con este asunto, afirmando como Abu l-Hasan quedó muy espantado y tuvo gran pesar por lo que Fátima había soñado. En la fantástica narración del cronista se representa al sultán esforzándose en desacreditar a Fátima, a quien tilda de «muger loca syn seso» y que aquello no era más que imaginación y sueño.

Según el relato cronístico, el sultán no logró convencerse asimismo, pues de inmediato hizo llamar a don Clarifee, personaje muy principal de su séquito, para que opinara sobre el sueño.

Don Clarifee «espantose e demudo de color» al saber lo que había soñado Fátima, reconociendo que era una señal que Dios mostraba para que se guardara el sultán y sus acompañantes de recibir mal.

De inmediato don Clarifee explicó el sueño. Reconoció que la laguna de donde salen los leones es la ciudad de Sevilla, que se pobló sobre aguas vivas. Que el león que allí estaba era el rey de Castilla y la leona era su mujer que se iba a Portugal con gran prisa. Al león anciano lo identificaba con el rey de Portugal, padre de la reina castellana. El caballero del pendón grande acompañado de gentes cruzadas era el maestre de Santiago. Y el granizo, que según Fátima cayó después de la batalla, lo entendía don Clarifee como la gran mortandad que se iba a dar entre los musulmanes.

Don Clarifee aconsejó al sultán que aceptara el consejo de la reina, porque él también había advertido desde que pasaron el Estrecho «que la luna anda sienpre demudada y retirada de su curso natural e bien ansi las planetas».

La crónica portuguesa del rey Alfonso IV también relata el sueño de Fátima pero de forma más resumida. La reina aconseja al sultán que eluda la batalla y le dice estas palabras

[...] no en sueños, sino en clara visión, vi cosas en tu real tienda y sobre tu campamento tan espantosas y tan contrarias a tu bien y a tu nonbre, y tan peligrosas para las vidas de tus caballeros, que de ellas, si acometes pelea, no podrás escusar tu perdición y la mía, ni la muerte y cautivierio de tus hijos, y de las demás gentes que te vienen a servir. Y por esto deja pasar tiempo tan triste, como es este para tí y para todos los tuyos que aquí están, y resérvate para otro en que veas y sintamos todo lo contrario.»¹¹

La visión de Fátima está en la tradición de la obra de Monmouth, con la simbología animalística propia de las profecías de Merlín. No tiene ninguna intención política ni entra en conflictos dinásticos. Su aparición en la crónica real es más bien un recurso literario y viene a mostrar que no sólo el ímpetu guerrero de las fuerzas cristianas era capaz de vencer a los musulmanes, sino que el destino también abocaba a los granadinos y marroquíes a un gran fracaso ante los muros de Tarifa.

Es de suponer que Rodrigo Yáñez, autor del *Poema*, partiese del sueño de Fátima que aparece en la crónica, para construir su profecía de Merlín; el parecido entre ambos textos así lo proclama, suposición que explicaría la ausencia del sueño en el *Poema*, algo que sorprende dada la potencialidad poética que tiene el fantástico sueño de la reina musulmana. La ausencia en la crónica de las oscuridades proféticas es un argumento de peso que favorece la hipótesis de que la profecía de Rodrigo Yáñez nace del relato cronístico. Y es lógico suponer que las otras profecías de Merlín sobre la batalla del Salado no sean más que adaptaciones de esta profecía original.

Diego Catalán es de la opinión de que no hay parentesco entre la profecía del *Poema* y la de Merlín incluida en el *Baladro* y que las semejanzas se deben a que describen un mismo hecho histórico con los elementos propios de la tradición profética de la obra de Monmouth. No obstante, sí aprecia que la profecía de Rodrigo

Yáñez fue sugerida por el sueño de Fátima. ¹²

El horóscopo de Ibn Azzuz

El astrólogo musulmán Ibn Azzuz escribió a mitad del siglo XIV que los astrónomos de la época habían podido establecer que las posiciones de los planetas calculados a partir de la «zij» o tablas astronómicas de Ibn Ishaq al-Tunisi estaban en desacuerdo con la observación. ¹³

Ibn Azzuz había advertido este error al calcular los «tasyir» (o ángulos entre posiciones celestes) de conjunciones, eclipses y sus ascendentes de algunos acontecimientos importantes ya ocurridos. Este fue el caso del horóscopo de la batalla del Salado hecho con las tablas de Ibn Ishaq.

Lo previsto por este horóscopo no se correspondió con la realidad histórica, al no advertir con antelación la enorme derrota que sufrieron los musulmanes en las cercanías de Tarifa.

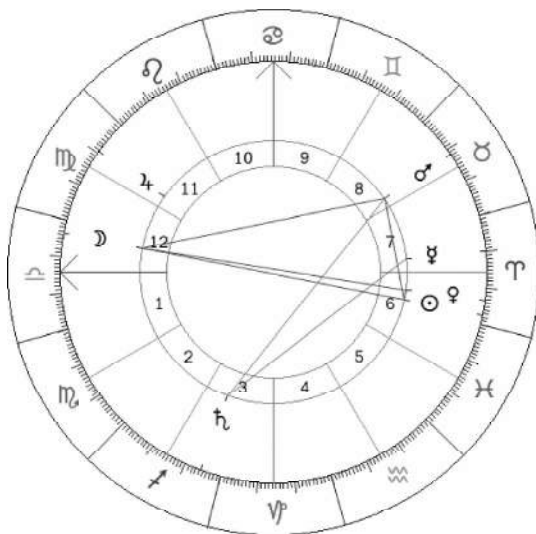


Ilustración 25.- Carta astral correspondiente al día del equinoccio de primavera del año de la batalla del Salado, calculada para las 19 horas y 30 minutos del día 22 de marzo de 1340 con técnicas actuales y para la posición geográfica de Tarifa. El ascendente está situado a 14° en Libra o 194° desde el Aries. Marte está a 18° en Tauro, en la segunda casa desde el Sol y la octava del horóscopo.

Ibn Azzuz culpó de los errores detectados a la incorrección de las tablas de Ibn Ishaq que fueron compuestas en el siglo XIII y que fueron hechas a partir de las observaciones astronómicas de un judío siciliano.

Con el propósito de corregir estos errores de la «zij» entonces utilizada, Ibn Azzuz efectuó un plan de observaciones con la esfera armilar durante el año 1344. Sus resultados le sirvieron para corregir los movimientos medios de las tablas de Ibn Ishaq y preparar, a posteriori, el horóscopo de la batalla del Salado, encontrando, ahora sí, resultados acordes con lo ocurrido en la realidad.

En su estudio que aparece en las tablas corregidas y llamadas *Muwafiq Zij* hizo el horóscopo del equinoccio de primavera del año de la batalla del Salado. Colocó el ascendente a $196^{\circ} 50'$ en el signo de Libra y al planeta Marte lo situó en el signo de Tauro a 13° , en la segunda casa del Sol y la octava del horóscopo. Mientras que Venus lo colocó a $7^{\circ} 27'$ en Aries y en la sexta casa del horóscopo.

En la ilustración 25 ponemos la carta astral del equinoccio de primavera del año 1340 haciendo uso de las técnicas astronómicas actuales. El cálculo está hecho para la puesta del Sol del día 22 de marzo de 1340, que para el cómputo musulmán ya era entrado el día 23.

En su estudio, Ibn Azzuz tomó como significador el ascendente del equinoccio de primavera del año 1305 y entonces buscó los promisores, es decir astros o puntos eclípticos responsables de la derrota en el Salado, utilizando para ello diversas técnicas. Ibn Azzuz observó en su nuevo horóscopo síntomas de acontecimientos inesperados, que a su entender correspondían a la derrota musulmana.

Es desconocido si el horóscopo de la batalla del Salado hecho con las tablas de Ibn Ishaq fue también retrospectivo o si bien Ibn Azzuz u otro astrólogo lo había realizado con antelación a la batalla.

Sobre este asunto Ibn Mazurq, secretario y biógrafo de Abu l-Hasan, cita la oposición de este sultán a los horóscopos. Cuenta que un destacado astrólogo era amigo de su padre el sultán Abu Said, a los que acompañaba «mañana y tarde», y ambos se admiraban de que Abu l-Hasan jamás hubiera hecho ninguna pregunta

al astrólogo salvo la cortesía de preguntarle por su salud.

El mismo Ibn Marzuq cuenta un suceso que aconteció poco antes de que el sultán iniciase el trasvase de tropas por el Estrecho para poner sitio a Tarifa

«Me encontraba yo con [Abu l-Hasan] un día en Ceuta y ya habíamos decidido el paso del Estrecho. Estaban allí también un grupo de personalidades, como Ibn Suayb (al que apreciaba muchísimo) y su sobrino de al-Sayl, de Tremecén, y otros más. El sobrino del visir Gazi estaba preocupado por esta cuestión y hablaba con el visir Amir y con otros acerca de la elección por horóscopos del momento [conveniente] para cruzar el Estrecho y otros detalles. Esta conversación tenía lugar ante ellos, [es decir, ante Abu l-Hasan] y [Abu l-Hasan] amenazó a Utman, el sobrino del visir mencionado, con arrestarle por este motivo, al tiempo que se apartaba de quien tales cosas había aludido.»¹⁴

Julio Samsó es crítico con lo indicado por Ibn Marzuq sobre la oposición de Abu l-Hasan a los horóscopos y señala que no sería el primer caso en que un rey musulmán tomase una oposición pública hacia la astrología pero privadamente confiara en ella. En cualquier caso es del todo lógico suponer que, ante una operación de tanta magnitud como la emprendida por Abu l-Hasan de conquista de la Península, se hicieran horóscopos, ya fuesen encargados por el sultán o por otros principales del reino.

El augurio del prior de Crato

A la batalla de Tarifa acudió el rey portugués Alfonso IV, suegro de Alfonso XI de Castilla. Con él vinieron los principales nobles portugueses, entre ellos el prior de la orden militar de San Juan del Hospital o de Crato, Álvaro Gonzálves Pereira.¹⁵

En los momentos previos a la batalla, que enfrentó a portugueses contra granadinos, el prior auguró la victoria portuguesa y que lograrían vencer antes que lo hicieran los castellanos que se iban a enfrentar a los benimerines.

Según una narración medieval de la batalla conocida como *Livro de Linhagens*, el prior de Crato se dirigió al rey portugués con estas

palabras: «Y no dudéis que, por vuestra virtud y por los buenos hidalgos vuestros naturales que aquí tenéis, habéis de vencer esta lid, y vos habéis de vencer primero». ¹⁶

Esta predicción profética del prior de Crato también aparece en la crónica del rey Alfonso IV: «Señor, tened fe y devoción en esta señal victoriosa de la vera Cruz, porque en verda hoy venceréis a vuestros enemigos». ¹⁷

Según el *Livro de Linhagens* los portugueses lograron vencer a los granadinos, no sin dificultades, antes que los castellanos hicieron lo mismo con los marroquíes: «Aquí se cumplió lo que dijo el



Ilustración 26. - Detalle del enterramiento del prior del Hospital, que acudió con el rey Alfonso IV de Portugal a la batalla de Tarifa. Monasterio del Flor de Rosa, Crato, Portugal.

prior don Álvaro de Pereira al rey don Alfonso, que él, por la santa Vera Cruz y por los nobles hidalgos, había de vencer primero». ¹⁸

La Veracruz y la Virgen de Guadalupe

Queremos concluir este artículo con una breve referencia a la participación milagrosa en la batalla del Salado. Las crónicas portuguesas hacen jugar un papel destacado a la acción divina, mientras que la crónica castellana no cita ningún milagro como responsable de la victoria cristiana.

Desde hacía algún tiempo se custodiaba en la aldea de Marmelar en Portugal una reliquia de la Vera Cruz, que fue llevada al campo de batalla de Tarifa por el ejército portugués, sin saberse si ésto fue decisión del rey lusitano Alfonso IV o del prior de la orden militar del Hospital, Alvaro Gonzalves Pereira. Lo cierto es que según las crónicas medievales portuguesas, la santa reliquia iba a ser determinante para el triunfo de los portugueses sobre los granadinos. ¹⁹



Ilustración 27.- Capilla donde se encuentra custodiada la Vera Cruz de Marmelar, San Pedro de la Vera Cruz, Marmelar, Portugal.

Llegados al campo de batalla, el prior de Crato mandó vestir a un clérigo de misa con "vestimentas albas y la Veracruz en un asta grande que lo pudiesen ver de todas partes e hizo al clérigo cabalgar en un mulo muy albo".

El clérigo que portaba la Veracruz fue colocado delante del pendón de Portugal. Iniciado el enfrentamiento, los granadinos fueron ganando el campo, hasta el extremo que parecía que la victoria sería para los sarracenos. En esta delicada situación advirtieron los portugueses que no tenían a la vista la Veracruz, porque el clérigo que la portaba se había alejado del grueso del ejército. Entonces Alvaro Gonzalvez Pereira, prior de la orden de Crato, mandó a tres de sus vasallos a que buscaran al clérigo y lo pusieron de nuevo a la cabeza de las tropas.

La santa reliquia volvió a ser situada en su posición principal, y los portugueses animados por su visión se fortalecieron, hasta el extremo que el combate se inclinó a su favor, venciendo finalmente a los granadinos, que no pudiendo resistir más, abandonaron el campo de batalla.

Como hemos dicho, la participación divina es parcamente considerada en la crónica del rey Alfonso XI. Según su relato, concluida la batalla se celebraron cortes en Llerena y después el rey

«fue a Santa Maria de Guadalupe a dar graçias a Nuestra Señora, en quien este noble rrey don Alonso auie gran deboçion e a quien el se auie rrecomendado quando yva a pelear con los moros, e por la marauillosa vitoria que Dios, por rruego de su madre, le auia dado contra los rreyes Alboaçen de Marruecos y de Benamarin e de Granada e offresçio muchas cosas [...] E despues que dio loores el buen rrey a Dios e a Nuestra Señora de Guadalupe, partiose de alli e fuese su camino derecho para Madrid [...]» ²⁰

Un privilegio que Alfonso XI concedió a la iglesia de Santa María de Guadalupe fechado el 25 de diciembre de 1340 confirma la devoción del rey castellano por aquella Virgen. No obstante, este documento se abstiene de citar intervención divina en la batalla de Tarifa

«E porque quando nos venimos de vençer al poderoso

Albubazen, rey de Marruecos, e de Fez, e de Suzulmeza, e de Tremeçen, e al rey de Granada en la batalla, que ouimos con ellos çerca de Tarifa, que fue lunes, veinte e nueve dias del mes de octubre de la era desta carta, venimos luego a este lugar por gran deuoción [...]»²¹

Después el documento da una serie de privilegios a aquella iglesia y el rey se reconoce como su patrono en razón de haberse levantado aquella ermita en tierras de su propiedad.

Hay tradición en Tarifa, al menos desde el siglo XVI, que hubo una intervención divina de la Virgen de la Luz en la batalla del Salado. Según una versión de esta leyenda, la Virgen obró el milagro de prolongar el día para que los cristianos pudieran conseguir la victoria, de aquí que a la patrona tarifeña se le de el nombre de Virgen de la Luz.²²

Esta leyenda es moderna y nada se encuentra sobre ella en documentos de la época. Más bien parece que esta tradición se haya creado con la intención de explicar el nombre de Luz de la Virgen tarifeña que desde 1750 es patrona de la ciudad. Señalar que una tradición muy parecida se conserva en Arroyo de la Luz (Cáceres), de donde también es patrona la Virgen de la Luz.

Referencias

- (1) MÉRIDA JIMÉNEZ, Rafael M.: *Transmisión y difusión de la literatura caballeresca*, Universitat de Lleida, 2010, pp. 45-70 y ENTWISTLE, W.J.: *The Arthurian Legend in the Literatures of the spanish Peninsula*, Phaeton Press, 1975, pp. 146-180.
- (2) CATALÁN, Diego: *Un prosista anónimo del siglo XIV*, Universidad de la Laguna, 1955, pp. 89-91 y CATALÁN MENÉNDEZ-PIDAL, Diego: *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto, estilo*, Gredos, 1953, pp. 60-70.
- (3) *El Poema de Alfonso XI*, edición de Yo Ten Caté, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1956, pp. 269-273, pp. 507-515.
- (4) BONILLA Y SAN MARTÍN, Adolfo: *Libros de caballerías*, Casa Editorial Bailly-Bailliere, 1907-1908, primera parte, pp. 155-162.
- (5) *Ibidem*, primera parte, p. 158.
- (6) BOHIGAS, Pedro: «La 'visión de Alfonso XI' y las 'profecías de Merlin'», *Revista de Filología Española XXV* (1941) 383-398 y BOHIGAS, Pedro: «Profecies de Merlí. Altres profecies contingudes en manuscrits catalans», *Butlletí de la Biblioteca de Catalunya VIII* (1934) 253-279.
- (7) *Gran Crónica de Alfonso XI*, preparada por Diego Catalán, Gredos, 1977,

vol. II, p. 307.

(8) *El Poema de Alfonso XI*, ob. cit., pp. 269-271.

(9) *Ibidem*, pp. 271-273.

(10) *Gran Crónica de Alfonso XI*, ob. cit., vol. II, pp. 356-357.

(11) *Crónica dos sete primeiros reis de Portugal*, edición de Carlos Silva Tarouca, Academia Portuguesa de História, 1952, vol. II, p. 333.

(12) Diego Catalán, *Un prosista anónimo del siglo XIV*, ob. cit., p. 91.

(13) SAMSÓ, Julio: «Horoscopes and history: Ibn Azzuz and his retrospective horoscopes related to the battle of El Salado (1340)», en *Between Demonstration and imagination*, edited by Lodi Nauta and Arjo Vanderjagt, Brill, 1999, pp. 101-124 y *Encyclopedia of the History of Science, Technology and Medicine in non-western cultures*, Helaine Selin (editor), Springer Reference, 2008, p- 1105.

(14) IBN MARZUQ: *El Musnad: hechos memorables de Abu l-Hasan, sultán de los Benimerines*, estudio, traducción, anotación e índices anotados por María J. Viguera, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1977, pp. 361-362.

(15) SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «La huella de la batalla del Salado en Portugal», *Al Qantir. Monografías y Documentos sobre la Historia de Tarifa* 12 (2012) 66-85.

(16) *Livro de Linhagens do Conde D. Pedro*, edición de José Mattoso, Academia de Ciências, 1980, p. 244.

(17) *Crónica dos sete primeiros reis de Portugal*, ob. cit., vol. II, p. 340.

(18) *Ibidem*, p. 249.

(19) Wenceslao Segura González, «La huella de la batalla del Salado en Portugal», ob. cit.

(20) *Gran Crónica de Alfonso XI*, ob. cit., vol. II, p. 449.

(21) GONZÁLEZ CRESPO, Esther: *Colección documental de Alfonso XI*, Universidad Complutense, 1985, pp. 469-470.

(22) PATRÓN SANDOVAL, Juan A.: *Breve historia del origen y devoción de la Virgen de la Luz Patrona de Tarifa*, Parroquia de San Mateo Apóstol, 2012, p. 3.

Capítulo IV

La batalla de Tarifa en las historias musulmanas

Selección de los textos por Wenceslao Segura González

Sinopsis

Los antiguos historiadores musulmanes no dedicaron mucha atención a la derrota en la batalla de Tarifa o del Salado. No obstante, a pesar de la cortedad de sus relatos, ofrecen gran interés porque se centran en exponer las razones de la derrota. Ibn al-Jatib, Muza II de Tremecén e Ibn Jaldun dan los relatos más fiables, que fueron usados por historiadores posteriores.

Documento 1

[IBN AL-JATIB: *Historia de los Reyes de la Alhambra*, traducción de José M^a Casciaro Ramírez y Emilio Molina López]

El granadino Ibn al-Jatib (1313-1374) fue un autor prolífico y polifacético. En su obra histórica y biográfica dejó algunos comentarios sobre la batalla de Tarifa o del Salado, en la que personalmente participó y en donde murió su padre.

Luego [Yusuf I de Granada] sufrió las violencias del enemigo. El día de la magna batalla en los alrededores de Tarifa se cubrió de gloria por su aptitud. Mereció todos los elogios su tenaz resistencia, cuando la invasión y la opresión del enemigo sobre el país [...]

Primeramente en Fez, corte imperial del Magrib: el sultán, el de cumplida magnificencia, Abu l-Hasan Ali B. Uthman b. Yaqub

b. Abd al-Haqaq. Pasó en su tiempo [de Yusuf I] a al-Andalus, inmediatamente después de la plegaria del viernes 9 de safar del año 741 [4 de agosto de 1340], después de haber derrotado a la flota cristiana, convocada de todos los puntos de la cristiandad, en la grande y célebre batalla, en la que se apoderó de utensilios, armas y barcos, para mucho tiempo, y se estableció en Algeciras con un gran ejército. Su travesía había sido realizada en ciento cuarenta naves de guerra. [El rey Yusuf] acudió al encuentro al frente de los jefes andalusíes y los primates de las diversas clases de ellos, a las proximidades de Algeciras, el día 20 justo de aquel mes [15 de agosto de 1340]. Después de celebrar la fiesta del Nacimiento del Profeta, atacó la ciudad de Tarifa: aplicó contra ella los almajaneques y apretó su asedio. Los sitiados llamaron en su auxilio al tirano de los cristianos que estaba en su capital. Acudió éste al frente de un ejército abundante y bien armado. Se libró el combate el lunes 7 de chumada I de aquel año [30 de octubre]. Probó Dios a los musulmanes en aquella célebre batalla y se vio obligado el sultán marroquí a apresurarse por alcanzar el Magrib, derrotado en la causa de Allah, paciente, resignado, deseando ardientemente rehabilitarse y esperando el desquite [...]

Era éste Alfonso XI un tirano temible y un rey afortunado, en cuyo favor soplabla el viento; por él se agravó el tormento de los musulmanes en la magna batalla de Tarifa [...]

En su tiempo [de Abu l-Hasan] ocurrió [el victorioso] combate naval contra la flota de los cristianos; luego la derrota de los musulmanes en las afueras de Tarifa, según se hizo antes alusión.

IBN AL-JATIB: *Historia de los Reyes de Granada: el resplandor de la luna llena acerca de la dinastía nazarí (Al-Lamha al-badriyya)*, Universidad de Granada, 2010, pp. 213-214, pp. 216-217, p. 220 y p. 222..

Documento 2

[IBN AL-JATIB: *Al-Ihata fi ajbar Garnata*]

[Ibn Bakr] falleció en el infortunio de los musulmanes el día de la lucha de Tarifa [muriendo], como mártir e incitando [a la lucha]. [Algunos que estuvieron en la batalla] contaron que una mula

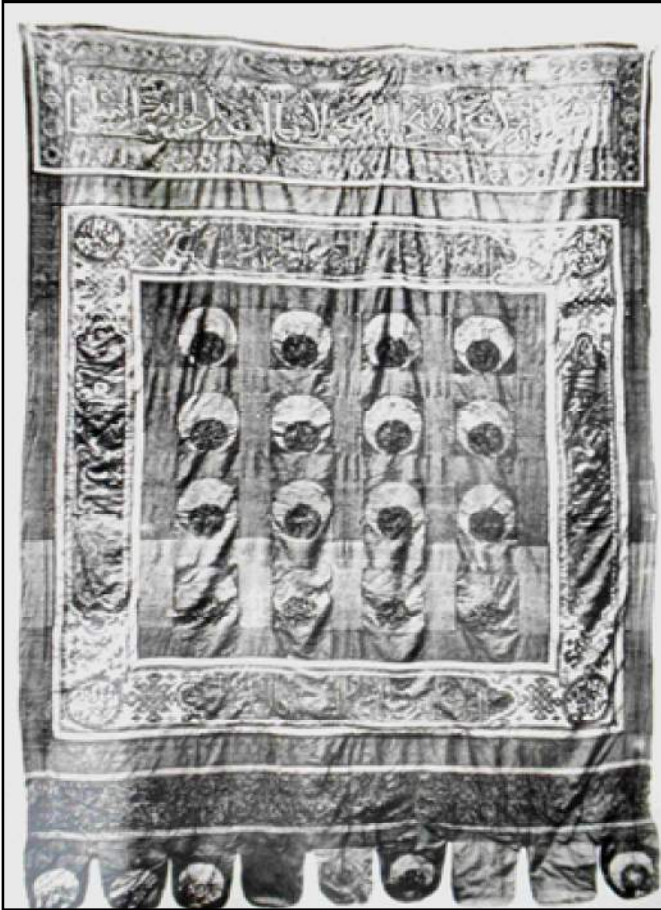


Ilustración 28.- Enseña personal de Abu Said Otsmin, sultán de los benimerines, capturada en la batalla del Salado. Tamaño del paño 2,80 x 2,20 metros. Tesoro de la Catedral de Toledo.

sobre la que iba cayó de bruces con él pero [Ibn Bakr] se levantó manteniendo la serenidad y reuniendo sus fuerzas; [entonces] uno [de los combatientes musulmanes] derrotados le indicó que montara, pero no tuvo fuerzas para ello y [le] contestó: «¡Marchate! Este es el día de la alegría», haciendo referencia a la palabra de Dios, ensalzado sea, sobre los mártires: 'contentos por el favor que Dios les ha hecho'. Y aquello sucedió en la mañana entrada del

lunes 7 de yumada I del año 741. (Citado por VIDAL CASTRO, Francisco: «Mártires musulmanes en la frontera nazarí. La batalla del Salado o de Tarifa (1340)» en *V Jornadas de Historia de la Abadía de Alcalá la Real*, Diputación Provincial de Jaén, 2005, pp. 753-764).

[Ibn Salmun] falleció en la enorme batalla de Tarifa el lunes 7 del mes de yumada I del año 741. Y alguien del ejército que lo vio afrontando el dolor, pues tenía una herida en el pecho que manaba sangre, y manteniendo la serenidad, fue el último contacto con él» (Citado por Francisco Vidal Castro, ob. cit.)

[...] el ejército del rey Alfonso de Portugal se enfrentaba con nuestro ejército. Lo habíamos atacado y estábamos a punto de vencerlo, cuando intervino el ejército de reserva, colocado detrás, entre los dos reyes, para reforzar el primer flanco del ejército cristiano que fuera derrotado. Así, esa reserva acudió en apoyo de nuestro enemigo y fue la causa de su victoria". (Citado por MOLINA LÓPEZ, Emilio: *Ibn Jatib*, Comares, 2001, p. 69). *

Documento 3

[IBN] JALDUN: *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, traducido por Le Baron de Slane]

Ibn Jaldun (1332-1406) historiador norteafricano de origen andalusí, considerado el fundador de la moderna historiografía.

El emir Abu Malik muere combatiendo a los cristianos

Después de desembarazarse de su enemigo [el soberano de Tremecén], Abu l-Hasan terminó prontamente los asuntos que so-

* «El día de la lucha [Ibn Yuzayy] le recitó unos versos de un poema suyo en los que rogaba al Señor 'el martirio de Dios' para así borrar sus faltas y conseguir la salvación, y al terminar de recitar le dijo: 'Espero que Dios me dé lo que le he pedido en estos versos. Su deseo se cumplió y murió a la primera hora de la mañana [dahwa, antes de la hora duha, mañana avanzada] de ese día 'a manos de los infieles' en la batalla, espoleando e incitando a la gente a luchar, con cuarenta y seis años de edad» (citado por Francisco Vidal Castro, ob. cit.)



Ilustración 29.- Panel de cerámica portuguesa representando un momento de la batalla del Salado, obra de Victória Pereira. Grabado del patio del Museo Militar, Lisboa.

brevinieron después de la victoria, y, para satisfacer una pasión dominante en su casa, resolvió emprender una guerra santa. Después del reino de Usuf Ibn Yacob, los merinidas tuvieron tanto que hacer en su país que ellos dieron a los cristianos la ocasión de obtener la superioridad sobre los musulmanes de Andalucía. Así, el rey [de Castilla] les conquistó muchas fortalezas, y conquistó Gibraltar [en 709-1309]; después, asedió al sultán Abu l'Oulid en la capital del imperio granadino, le obligó a pagar la capitación y se dispuso a someter a todos los verdaderos creyentes que habitaban en España.

El sultán Abu l-Hasan, habiendo al fin vencido a sus enemigos y agrandado su reino, tomó la resolución de hacer la guerra a los infieles y, en el año 740 [1339-40], advirtió de eso a su hijo, Abu Malik, que mandaba entonces las fortalezas merinidas en España, y le envió orden de invadir el territorio enemigo. Le expidió, al mismo tiempo, un cuerpo de refuerzos y muchos visires. Abu Malik penetró, a la cabeza de un ejército numeroso, en los estados del rey cristiano y extendió la devastación; enseguida volvió con los prisioneros y el botín hasta la frontera y levantó su campo. Los oficia-

les bajo sus órdenes sabían que los cristianos habían reunido sus fuerzas y avanzaban rápidamente: así, le aconsejaron evacuar el territorio del enemigo, entrar en el de los musulmanes atravesando el río que les separaba, y proteger sus tropas en las ciudades pertenecientes a los verdaderos creyentes. Demasiado fiero para retroceder y demasiado joven para tener la experiencia necesaria en la conducción de la guerra, este príncipe, tan terco como valiente, resolvió vivaquear en la posición donde se encontraba. Resultó que los merinidas, sorprendidos en su campo por el ejército cristiano, despertaron sobresaltados, antes de poder salir de sus tiendas y montar a caballo, fueron casi todos destrozados. El emir Abu Malik cayó mortalmente herido en el momento en que iba a montarse en su silla. Los cristianos se apoderaron de todas las riquezas que había en el campamento y se volvieron a su país.

La flota musulmana alcanza una victoria sobre los cristianos

Cuando el sultán se enteró de la muerte de su hijo, envió a sus visires a las poblaciones marítimas a fin de presidir el equipamiento de sus navíos de guerra. Abrió al mismo tiempo la oficina de enrolamiento; después, habiendo pasado revista a sus tropas, proveyó de todas sus necesidades, llamó a las armas a los diversos pueblos del Magreb y partió para Ceuta con la intención de supervisar en persona los preparativos de esta nueva expedición. Los cristianos, por su parte, se dispusieron a hacer una vigorosa resistencia, y su rey envió una flota al Estrecho a fin de impedir el paso.

Mientras que el soberano merinida apresuraba el armamento de los navíos que se encontraban en sus puertos, los hafsidas le expidieron, por su petición, la flota de Ifriquiya, compuesta de dieciséis barcos y comandada por Zeid Ibn Ferhoun, jefe de la marina de Bugía. Esta escuadra, cuyos navíos se abastecían en los puertos de Ifriquiya, tales como Trípoli, Cabes, Djerba, Túnez, Bône y Bugía, llegaron a las aguas de Ceuta. La flota de los dos Magreb, en número de una centena de barcos, se reunió allí también.

Habiendo completado el sultán el equipamiento de su armada naval, nombra de comandante a Mohammed Ibn Ali el Azefi, el mismo que gobernaba Ceuta en el momento de la conquista de esta ciudad, y le ordenó atacar a los cristianos en el Estrecho. Los musulmanes se endosaron sus cotas de mallas, tomaron sus armas

y se fueron al encuentro del enemigo. Los dos lados se pararon durante algunos minutos; después se avanzó para coger los navíos del adversario y comenzar el combate. En menos tiempo que habría hecho falta para decir dos palabras, la victoria se decantó para los verdaderos creyentes que, habiéndose lanzado al abordaje, masacraron las tripulaciones a golpes de picos, a golpes de espadas y arrojaron las cadáveres al mar. El almirante, caído de los cristianos, murió en esta batalla. Se remolcaron los navíos apresados al enemigo y se le condujeron a Ceuta, donde una multitud de gente se había reunido para ver este bello espectáculo. Enseguida se llevó en triunfo a través de todos los barrios de la ciudad un gran número de cabezas que se habían cortado a los cristianos, y se encadenaron los prisioneros en el arsenal.

Después de esta victoria, el sultán tuvo una gran sesión a fin de recibir los cumplimientos de su pueblo y de oír rivalizar a los poetas celebrando esta gloriosa jornada.

Derrota de los musulmanes bajo los muros de Tarifa

Después de haber derrotado a la flota cristiana y abierto el Estrecho, el sultán hizo transportar a España los guerreros que había puesto a su sueldo, mientras tanto la flota musulmana se colocó en una sola línea, de un continente al otro. Cuando toda la armada hubo atravesado el Estrecho, Abu l-Hasan le siguió con sus familiares y sus domésticos, y, hacia fin del año 740 (27 de junio de 1340), desembarcó en la cercanía de Tarifa. Habiendo mandado acampar su tropa en las cercanías de la plaza, comenzaron las operaciones de sitio y [poco después] recibió el auxilio de un potente ejército comandado por el sultán de Andalucía, Abu l-Haddjadj, hijo del sultán Abu l'Ouélid. Estos refuerzos, compuesto de tropas zenatas, de las guarniciones de las plazas fronterizas y de gentes de la campiña, tomaron posición frente al ejército merinida y completaron así la cerca de Tarifa.

Mientras que los sitiadores empleaban contra la villa todos los recursos del arte militar, y levantaban sus máquinas para el ataque, una nueva flota, equipada por el rey cristiano, entró en el Estrecho e impidió la llegada de los convoys que debían alimentar al ejército musulmán. Se persistió, no obstante, en apretar el cerco, a pesar de la escasez de víveres y de forrajes, a pesar del debilita-

miento de las bestias de carga y de la miseria que reinaba en el campo.

El rey [de Castilla] se puso entonces a la cabeza de los pueblos cristianos y, cuando hubo conseguido su unión con el ejército de [Alfonso IV de] Portugal, señor de Lisboa y de la Andalucía occi-



Ilustración 30.- Dibujo representando la batalla de Tarifa.

dental, marchó contra los verdaderos creyentes que llevaban ya seis meses bajo los muros de la plaza. Habiéndose acercado a su campo, aprovechó una noche oscura para hacer pasar a Tarifa un destacamento de su ejército. Las tropas musulmanas que estaban encargadas de vigilar los movimientos del enemigo no se apercibieron de nada hasta el amanecer, y habiéndose precipitado sobre la retaguardia de la columna cristiana antes que ella entrara en la villa, mataron a una parte. Luego temiendo la cólera del sultán, le ocultaron la verdad y le aseguraron que nadie había penetrado en

la fortaleza, excepto una pequeña tropa que ellos acababan de atacar. Al día siguiente, el ejército del rey cristiano avanzó, y el sultán dispuso a los suyos en orden de batalla. Cuando el combate quedó bien entablado, la columna que se había introducido en Tarifa que estaba escondida, hizo una salida contra el campo, dirigiéndose hacia las tiendas del sultán. Destrozaron a los soldados que hacían guardia y que habían intentado rechazarlos a golpes de flechas: todas las mujeres que intentaron resistir fueron muertas: las del sultán fueron masacradas y desolladas. Tal fue la triste suerte de Aicha, sobrina del sultán e hija de Abu Yahya ibn Yacob así como Fátima, hija de Abu Yahya Abu Bekr, soberano de Ifriquiya. Las tropas musulmanas, estando percibidas de lo que pasaba detrás de ellos, y viendo que su campo estaba ardiendo, perdieron su orden de batalla y huyeron. Un hijo del sultán que se había quedado en medio del ejército enemigo, a la cabeza de sus gentes, fue hecho prisionero. El mismo sultán volvió la espalda y fue a reunirse con el cuerpo del ejército musulmán. En esta desgraciada jornada muchos de nuestros guerreros encontraron la muerte.

El rey cristiano habiendo entrado en el campo, se paró cerca de la tienda y expresó el más vivo descontento de que se hubiera masacrado a las mujeres y a los niños. Habiendo ahora alcanzado el objetivo de su expedición, volvió a su país, y el soberano de Granada volvió a su capital. El sultán merinida se refugió en Algeciras, de donde se dirigió a Gibraltar, y, la misma noche, se embarcó para Ceuta.

Habiendo sometido a los verdaderos creyentes a esta doble prueba, Dios les reservó una amplia indemnización en el otro mundo y les dejó la esperanza de triunfar a su vuelta.

El rey cristiano conquista El-Cala al sultán de Granada y reduce a Algeciras

El rey cristiano tras entrar en su país, después de la batalla de Tarifa, atacó de nuevo a los musulmanes de Andalucía, en la esperanza de vencerles sin dificultad. Habiendo reunido las tropas de la cristiandad, puso sitio a Cala-Beni-Said fortaleza de la provincia de Granada, a una jornada de marcha de la capital. [...]

En cuanto al sultán Abu l-Hasan, fue a desembarcar a Ceuta a fin de preparar una nueva expedición y de tomar así la revancha.

Mientras sus gentes recorrían las villas del Magreb para levantar las tropas, sus caíd visitaban los puertos de mar y preparaban el armamento de una nueva flota.

IBN KHALDOUN: *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, traduite de 'arabe para Le Baron de Slane, Paul geuthner, 1978, tomo IV, pp. 229-234.

Documento 3

[IBN MARZUQ: *El Musnad: hecho memorables de Abu l-Hasan, sultán de los benimerines*, traducción de María J. Viguera]

Ibn Marzuq (1310/11-1379), alcanzó un destacada posición en la corte benimerín y participó junto a Abu l-Hasan en la batalla de Tarifa

Y en cuanto a la paciencia que demostró en aquellos infortunios de los que fuimos testigos presenciales, voy a mencionar algunos ejemplos: Cuando se le trajo la noticia de la muerte de su hijo predilecto, el combatiente por la Fe, Abu Malik Abd al-Wahid, que era como las niñas de sus ojos, y que, cuando vino a despedirse de él para marchar a al-Andalus, le dijo: «Señor mío, a Dios pido que me dé la muerte estando tú con vida y que me conceda morir por la Fe.» [Abu l-Hasan] lloró y le dijo: «Hijo mío, no hagas esto.» Y él contestó: «Señor, no tengo otro propósito.» Marchó en dirección a Ronda y realizó grandes proezas, concediendo Dios la victoria a los musulmanes por su mano, hasta que se cumplió el designio de Dios y llegó el momento de recibir lo que había perdido, dándole Dios el martirio en la famosa campaña comienzo de las batallas que tuvieron lugar en al-Andalus, según se indicará en su lugar. Cuando le fue notificada su muerte, la gente hacía consideraciones [sobre la emoción que recibiría], hasta el punto que oí decir que el que le llevaba la noticia vaciló en dársela, mas cuando lo supo dijo: «Somos de Dios y a él volvemos, oh Dios, por mi desgracia recompénsame y haz que de ella me siga un bien.»

Vinieron a darle el pésame de todas las regiones, y cuando veía a alguno dando muestras de tristeza, le apartaba y mandaba que lo sacaran fuera. De su entereza y paciencia, por encima del intenso amor que le tenía [a su hijo], vimos cosas que nos causaron asombro.

Más adelante, estuve con él, después de la gran batalla del Salado (Tarif), en la que los acontecimientos habían sido tremendos y la derrota inmensa, y no se me ha borrado su entereza y paciencia; nada antepuso, cuando llegó a Algeciras, a velar por los intereses de al-Andalus y a asegurar a su sultán, el difunto sultán Abu l-Hayyay, que él regresaba a su país pero que le auxiliaría con dinero, así hizo y así salió hacia Gibraltar (al-Yabal) aquella misma

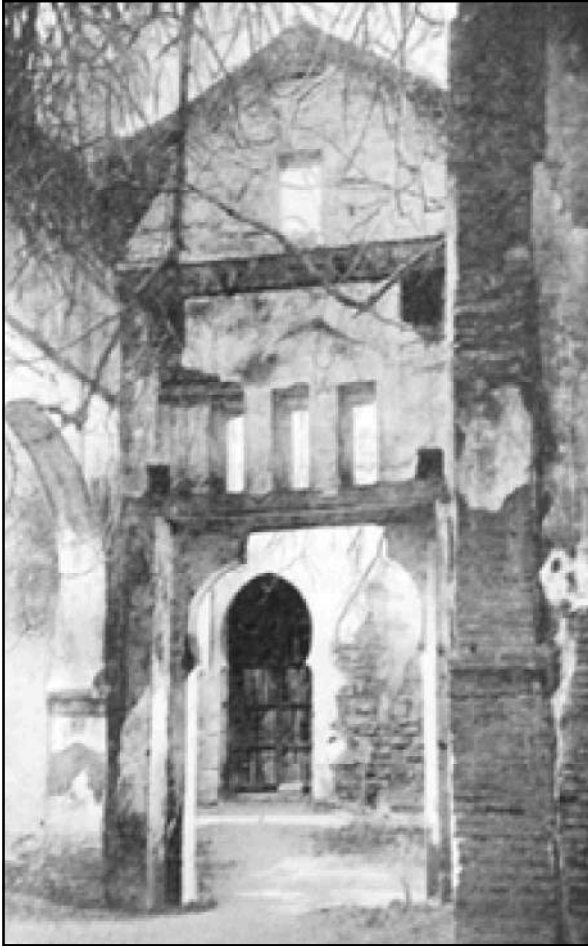


Ilustración 31.- Mezquita de Abu l-Hasan, sultán benimerín derrotado en Tarifa. Detalle de la puerta del oratorio. Necrópolis de Chella, Marruecos.

noche, inmediatamente. Cruzó luego el mar, sin ocuparse de las pérdidas que había tenido. Entré entonces a su presencia, con los que acudían, compungido y triste, y me dijo: «¿qué es esto?, ¿dónde están la paciencia y la reflexión?», y empezó a contarme: «Me hallaba en el estado que me hallaba y sufría las amarguras que sufría hasta que llegaron los alfaquíes de Fez; cuando entró a mi presencia el alfaquí Abd al-Nur, después de decir ‘¡Dios nos salve!’, se puso a recitar: ‘¡Cuántos profetas combatieron teniendo a su lado numerosos discípulos y no desfallecieron por lo que les sobrevinía en la senda de Dios...’ (continuando con la azora hasta donde dice: ‘los infieles’). Añadió (Abu l-Hasan) ‘Y se me pasó lo que tenía en el alma. Y cuando llegó el alfaquí Abu Zayd b. al Iman aumentó mi consuelo.» Y no manifestaba tristeza ni sufrimiento. [...]

Y acerca de la sinceridad de su recurso a Dios y de cómo a Él se apoyaba, [da noticia] el hecho de que nunca recurría a horóscopos y no guardaba consideración a los que lo hacían. [...]

Me encontraba yo con [Abu l-Hasan] un día en Ceuta y ya habíamos decidido el paso del Estrecho. Estaban allí también un grupo de personalidades, como Ibn Suayb –al que apreciaba muchísimo– y un sobrino de al-Sayl, de Tremecén, y otros más. El sobrino del visir Gazi estaba preocupado por esta cuestión y hablaba con el visir Amir y con otros acerca de la elección por horóscopos (ijtiyar) del momento [conveniente] para cruzar [el Estrecho] y otros detalles. Esta conversación tenía lugar ante ellos, [es decir, ante Abu l-Hasan], y [Abu l-Hasan] amenazó a Utman, el sobrino del visir mencionado, con arrestarle por este motivo, al tiempo que se apartaba de quien tales cosas había aludido. [...]

Añado: Este Corán siguió entre los bienes de los reyes de Tremecén, los Banu Abd al-Wad, hasta que nuestro difunto Imán conquistó esta [ciudad] a finales de Ramadan del año 737 (abril 1337), según hemos dicho; entonces consiguió este Noble Corán y exclamó: «aunque de conquistar esta ciudad solo hubiéramos ganado este Noble Corán [sería bastante].» A partir de entonces hizo nuestro Imán el mismo uso que de él hacían los [soberanos] almohades, llevándolo siempre delante de él, hasta que le fue arrebatado en la batalla del Salado (Tarif), lamentó muchísimo la pérdida y no dejó de esforzarse en buscarlo, hasta que tuvo noticias



Ilustración 32.- Enseña personal de Abu I-Hasan, sultán de los benimerines, derrotado en la batalla de Tarifa o del Salado. Alto del paño 3,74 metros y ancho 2,67 metros. Tesoro de la Catedral de Toledo.

de que se hallaba en Portugal, y se consoló enviando a alguien para que lo recuperara, cualquiera que fuese la suma de dinero exigida. Se encargó de este asunto el comerciante Abu Ali I-Hasan b. Yammi, de Azamor, que trajo [el Corán] a nuestro señor durante el año 745 (1344-1345), mientras estábamos en Fez; le recité entonces, a modo de felicitación, cinco versos, que escuchó con gusto, a pesar de que no eran muy buenos ni muy originales; también nuestros compañeros corrieron a felicitarle por ello.

El rescate [del Corán] había costado miles [de dinares] de oro;

no había sido alterado en ninguna parte, excepto que sus tapas le habían sido robadas y de su encuadernación había arrancado los adornos; continuó, pues, en su casa (gracias a Dios) y en poder de sus descendientes, entre sus tesoros, y siguieron usándolo del mismo modo.

IBN MARZUQ: *El Musnad: hechos memorables de Abu l-Hasan, sultán de los benimerines*, estudio, traducción, anotación e índices anotados por María J. Viguera, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1977, pp. 187-188; pp. 361 y p. 381.

Documento 4

[MUZA II rey de Tremecén: *El collar de Perlas*, traducción de Mariano Gaspar]

Muza rey de Tremecén (reino al noroeste de la actual Argelia), escribió a final del siglo XIV.

Esta causa de perturbación sólo puede ocultarse a aquel que no sea práctico en los campos de batalla. Tal sucedió a Abul-Hasan el meriní en su lucha con Alfonso el infiel; la precipitación fue causa de la derrota de aquel. Después que Abul-Hasan tomó a Tremecén en la cual fijó su residencia, haciéndola corte de su reino que comprendía los dos almagrebs, central y occidental, alcanzando un éxito mayor que el que había propuesto conseguir, resolvió trasladarse a España, como conquistador y protector del islamismo, después de haber llevado la devastación al rey cristiano y de apresarle los barcos y naves de guerra que tenía en el mar. Realizó la travesía rápidamente con todas las tropas y provisiones que había acumulado, y desembarcó en las afueras de la ciudad de Algeciras, infundiendo gran temor en el rey infiel, y en todos sus enemigos, la muchedumbre de su ejército, que ascendía a 60.000 combatientes, entre héroes, jeques, arqueros e infantes. Dirigióse a Tarifa, ciudad tan floreciente en la antigüedad como en nuestros días, y se detuvo a sitiarla. Pudo haberla tomado por asalto en un sólo día, pero no lo hizo por creer que había dentro de la ciudad inmensa guarnición y provisiones abundantes y permaneció junto a ella algún tiempo, dando ocasión a que se acercara Alfonso al frente de los infieles confederados. En efecto, el cristiano, seguido de sus magnates y

confederados salió al encuentro de Abulhasán, que a su vez había avanzado, hallándose Alfonso dispuesto para la batalla. Una vez situados los escuadrones en orden de combate y colocados los batallones frente a frente, pronto comenzó la lucha generalizándose la batalla con grande encarnizamiento, y acometieron los héroes trabándose sangrienta pelea y siguiéndose sin interrupción las cargas de las lanzas y sables.

En tal situación, vio Abulhasán que el infiel rehuía su frente separándose para caer sobre una de sus alas y encontrar ocasión de atacarle por la espalda, y cambió de posición volviéndose frente a este, cuanto le fue posible y con suma rapidez, para atacarle de improviso dando una carga compacta y vigorosa.

Pero sus compañeros que combatían en las alas, notaron que sus banderas habían cambiado de posición y que su retaguardia seguía la misma dirección que Alfonso, chocando con el mismo, y creyendo que había sido arrollado y roto su ejército, sus alas derecha e izquierda fueron deshechas prontamente y recayó sobre Abulhasán el baldón de esta derrota que humilló la cabeza del islamismo y llenó de regocijo a los idólatras. El haber cambiado de posición y la escasa resistencia que opusieron su retaguardia y sus héroes, fueron causa de su perdición y de que triunfara sobre él los confederados.

Guárdate pues hijo mío, de cambiar de posición cuando trabes la batalla, porque esta es causa de derrota, como acabamos de mostrarte en el ejemplo precedente.

MUZA II, rey de Tremecén: *El collar de Perlas*, traducción de Mariano Gaspar, Zaragoza, 1899, pp. 373-375.

Documento 5

[AL-MAQQARI: *History of the Mahomedan Dynasties*,
traducción de Pascual Gayangos]

Al-Maqqari (1578-1632) historiador nacido en Tremecén y radicado en El Cairo. Su obra principal es una historia sobre los musulmanes de Al-Andalus. Utilizó como fuentes obras que se han perdido.

Un historiador africano se expresa así en relación con este deplorable suceso. Habiendo cruzado Abu l-Hasan el Estrecho con el

laudable propósito de hacer la guerra contra los infieles y socorrer a los musulmanes de Granada en su desesperada lucha contra el poder cristiano, como había sido la costumbre de sus nobles antepasados, así como de casi todos los soberanos de las diferentes dinastías que reinaron en el África occidental, desembarcó en la costa del Andalus con un ejército que sumaba unos 60.000 hombres y al que se unieron en seguida las fuerzas de Granada, bajo el mando de Abu l-Hayyay. Pero, ¡ay! Dios todopoderoso, cuyos decretos son infaliblemente ejecutados sobre sus criaturas, decidió en su infinita sabiduría que esta soberbia organización fuese dispersada como el polvo ante el viento y que Abu l-Hasan mismo tuviese que regresar a sus dominios vencido y fugitivo y que las afiladas espadas de los infieles brillasen sobre su cabeza y sobre las de sus hombres. No queremos inquirir cómo sucedió esto, pero el hecho es que millares de musulmanes ganaron ese día la corona del martirio, que las filas de los doctores y teólogos se aclararon terriblemente, al ser ejecutada la ley de la espada en sus pechos. El propio hijo del sultán y todo su harem cayeron en manos del victorioso enemigo; sus tesoros fueron el botín de los idólatras, quienes desde ese día no pensaron en otra cosa que en someter el reino del Andalus a su abominable gobierno. Entre los ilustres musulmanes que perecieron en esta ocasión esta Abu Abd Allah al-Salmani, padre del visir Lisanu-l-din Ibn al Jatib, que era un notable médico y un eminente erudito. La batalla de Tarifa tuvo lugar el lunes 7 de yumada primero del año 741 (30 de octubre de 1340).

AL-MAQQARI: *History of the Mahomendan Dynasties*, traducción Pascual Gayangos, Oriental Translation Fund., vol. 2, pp. 355-356.

Documento 6

[AL-SALAWI: *Kitab el-Istiqa li akhbar doual al-Maghrib al-Aqça*, traducción de Ismaël Hamet]

Abu al-Abbas Ahmad ibn Jalid al-Nasiri al Salawi (1834-1897) considerado como el principal historiador marroquí del siglo XIX.

Narración de la guerra santa emprendida por Abu l-Hasan, del combate de Tarifa donde Dios envió una prueba a los musulmanes y de

otros acontecimientos

El sultán Abu l-Hasan, después de tener noticias de su enemigo, su poder se había elevado sobre los demás y los límites de su imperio se habían extendido, decidió emprender la guerra santa que le apasionaba particularmente. En el curso del año 740 (9 de julio de 1339-16 de junio de 1340), dio orden a su hijo, el emir Abu Malik, que gobernaba las plazas fuertes, de empezar las hostilidades sobre el territorio enemigo y, a este efecto, le envió tropas de su



Ilustración 33.- Ejército musulmán en formación, dibujo de las Cantigas de Santa María de Alfonso X.

capital, y se apresuró en despachar cerca de él a sus visires para que le asistieran. Abu Malik entró en campaña, recorrió rápidamente el país de los cristianos que asoló, tomando cautivos y botín, y avanzó muy cerca de su capital donde instaló su campamento.

Estando en esta posición se enteró que los cristianos se esta-

ban agrupando para atacarle y que marchaban a toda prisa en su persecución. Entonces sus consejeros le advirtieron que debía retirarse del territorio de los cristianos, pasar el río que hacía de límite entre el territorio musulmán y la zona de guerra y acogerse a las villas musulmanas. Él rehusó con persistencia de aceptar estos consejos y se empeñó en permanecer en aquel sitio; estaba lleno de ardor y de bravura, pero poco experimentado en los asuntos de la guerra, en razón de su juventud.

Los soldados cristianos les sorprendieron por la mañana mientras dormían y llegaron hasta sus tiendas antes que pudieran poner las sillas de montar. Llegaron hasta el emir Abu Malik quien, no habiendo tenido tiempo de montar a caballo, estaba todavía en pie y lo abatieron. Exterminaron a la mayor parte de sus soldados y se apoderaron de todas las riquezas y de los esclavos que había en el campamento musulmán, después de lo cual regresaron.

Cuando el sultán Abu I-Hasan se enteró de estos acontecimientos y de la muerte de su hijo, sintió un gran dolor e imploró la misericordia divina, pidió a Dios que le compensara la pérdida de su hijo muerto en la juventud.

Despachó enseguida a sus visires a las costas del Magreb para organizar las flotas, sacó el Tesoro, revisó las tropas, las reorganizó sólidamente e hizo llamada a todos los habitantes del Magreb. Llegó luego a Ceuta para tomar todas las disposiciones en vista de la guerra santa.

Los cristianos teniendo conocimiento de sus proyectos se prepararon para la defensa y el rey cristiano hizo ocupar el estrecho de Gibraltar por sus navíos para impedir el paso al sultán. Éste, por su parte, estimuló el celo de las flotas musulmanas en todos los puertos del Magreb e hizo un llamamiento a sus cuñados, los Hafsidas, para obtener el envío de sus navíos. Los Hafsidas les expidieron bajo el comandante Zaid ben Farhoun, almirante de su marina en Bugía, llegó a Ceuta a la cabeza de dieciséis navíos de Ifriquiya, provenientes de Trípoli, Gabes, Djerba, Túnez, Bone y Bugía. Encontró en Ceuta la flota del Magreb contando cien navíos, cuya comandancia se le había dado por el sultán a Mohammed ben Ali el Azfi, el mismo que había sido señor de Ceuta cuando la toma de esta ciudad bajo el reino del sultán Abu Said.

Su flota estaba al completo en hombres y provisiones, el sultán dió al comandante la orden de atacar a los cristianos estacionados en el Estrecho. Las naves musulmanas partieron bien agrupadas y bien armadas y, llegados a la vista de la flota cristiana, hicieron una parada un cierto tiempo. Las dos flotas se aproximaron enseguida la una a la otra, cada una tomando el orden de batalla. La acción se comprometió con dificultad y ya se anunciaba la victoria que Dios atorgó a los musulmanes sobre sus enemigos. En efecto, ellos penetraron en medio de los cristianos sobre sus naves, los exterminaron con sables y lanzas, horadando sus cuerpos de heridas dolorosas.

Mataron a su almirante y condujeron sus naves al puerto de Ceuta donde los habitantes acudieron para verlas. Un gran número de cabezas de cristianos fueron paseadas por todas los barrios de la ciudad, mientras que numerosos cautivos eran reunidos en Dar El Incha.

Esta magnífica victoria, por la cual el sultán recibió felicitaciones y los poetas vinieron a cantar en su presencia, tuvo lugar el sábado seis de Choual de 740 (5 de abril de 1340); fue para los musulmanes una de sus más gloriosas jornadas.

El sultán Abu l-Hasan tomó entonces medidas para el transporte de voluntarios y de mercancías y dispuso una cadena de navíos uniendo las dos orillas del Estrecho. Cuando todas las tropas hubieron atravesado el brazo de mar, en número de sesenta mil hombres aproximadamente, el sultán se hizo a la mar con su corte y sus servidores a final del año 740 y desembarcó cerca de Tarifa, el tres de moharram del año siguiente (29 junio 1340).

Tomó enseguida sus disposiciones para atacar esta plaza y se reunió con el sultán andalusí Abu Hadjadj Youssef ben Ismail ben Ahmer con las tropas de Andalucía compuestas de guerreros merinidas, de las guarniciones de las plazas fuertes y de los hombres provenientes de las poblaciones rurales del país. Instalaron su campamento en la proximidad del suyo y todos reunidos cercaron enteramente la plaza de Tarifa. La atacaron de todas las maneras y batieron sus muros con máquinas de guerra.

El rey cristiano había organizado una nueva flota colocada en el Estrecho para impedir toda ayuda al campo musulmán. Pero el



Ilustración 34.- Postal mostrando un momento de la batalla de Tarifa.

bloqueo de la plaza retenía a los musulmanes desde hacía tiempo, por lo que las provisiones en víveres y forrajes tocaban a su fin, la situación para ellos quedó difícil y el desorden se extendió por sus filas. Por otra parte, el rey había reclutado soldados de las naciones cristianas y el soberano de Portugal, señor de Lisboa y de la parte occidental de la Península, le prestó asistencia. Atacaron a los musulmanes cuando el sexto mes del sitio de Tarifa había expirado. Mientras que el rey se aproximaba al campo de los musulmanes envió hacia Tarifa una tropa de cristianos que puso en emboscada, reservándola para emplearla en el momento oportuno. Esta tropa penetró de noche en la plaza por sorpresa y sin saberlo la guardia musulmana que debía vigilarla y que, no habiendo conocido su presencia más que al final de la noche, dejaron sus puestos y se lanzaron sobre ellos. No pudieron alcanzar más que a los soldados de las últimas filas que no habían penetrado todavía en la villa y mataron a algunos, mientras que los otros escaparon. Temiendo el resintimiento del sultán, le dijeron que aparte de los que

habían matado ningún cristiano había penetrado en la villa.

A la mañana siguiente, el rey marchó con su ejército al ataque de los musulmanes. El sultán puso a sus tropas en orden de batalla y, mientras que el combate estaba en lo más comprometido entre los dos ejércitos, la tropa que había de reserva en la villa, la misma que había penetrado de noche, se lanzó sobre el campo musulmán entonces desocupado y se dirigieron hacia las tiendas del sultán. Fueron recibidos por los arqueros en estaban de guardia pero que fueron rodeados dado su pequeño número. Las mujeres intentaron defenderse contra el ataque de los cristianos, pero las mataron. Alcanzaron después a las mujeres de la familia del sultán, y entre ellas, su prima paterna, hija de su tío Abu Bekr Ben Yaqoub ben Abdallah, Fátima, la hija del sultán hafsida Abu Bekr ben Abu Zakaria y otras que mataron, después de torturarlas y despojarlas de todo lo que poseían, luego saquearon todas las tiendas y le prendieron fuego.

Los musulmanes, al enterarse de lo que pasaba en su campo, rompieron las filas e hicieron un cambio súbito mientras que Tachefin, hijo del sultán Abu l-Hasan, que se había mantenido a la cabeza de un grupo de sus soldados y de sus servidores se enfrentó a los cristianos, llegando al cuerpo a cuerpo con ellos, estaba completamente rodeado y, para colmo del infortunio, cayó prisionero. Raramente los musulmanes fueron alcanzados por una desgracia tan grande com la que les golpeó en esta mañana del lunes siete de youmada segundo 741 (28 de noviembre de 1340).

El sultán Abu l-Hasan se alejó acompañado por lo que quedaba del ejército musulmán en el que gran número de guerreros habían perdido la vida.

El rey cristiano avanzó hacia el campo musulmán hasta la tienda del sultán y censuró la muerte de las mujeres y de los niños. No fue más lejos y volvió a sus estados. Por su parte, Ibn Ahmer volvió a Granada. Abu l-Hasan alcanzó Algeciras, llegó a Gibraltar y, en la tarde del día siguiente, se embarcó en sus naves para Ceuta. Dios golpeó a los musulmanes con una dura prueba; luego de recompensarles largamente.

A su retorno de Tarifa, el rey cristiano se mostró de una excesiva dureza con los musulmanes de España, que pensaba absorber

en sus estados. Con esta intención, reunió las tropas cristianas con las cuales comenzó a atacar la fortaleza de Beni Said en la frontera del reino de Granada y a una jornada de esta ciudad.

SALAWI, AL NASARI: *Kitab el-Istiqça li akhbar doual al-Maghrib al-Aqça*, traducción de Ismaël Hamet, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1923, tomo IV, pp. 216-220.

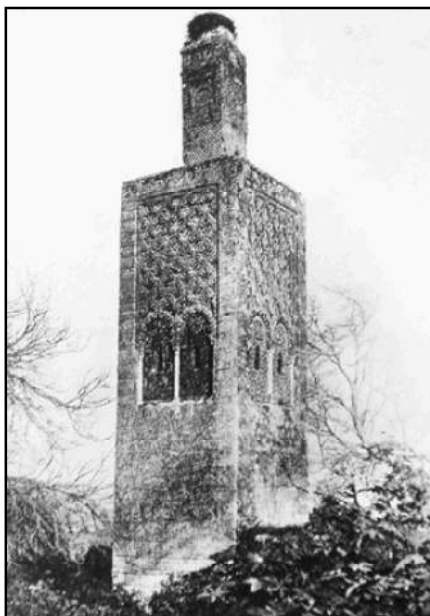


Ilustración 35.- Mezquita de la necrópoli meriní de Chella, Marruecos.

Documento 7

[AL-ZARQASI: *Cronique des almohades et des hafçides*,
traducción de E. Fagnan]

Muhammad ibn Ibrahim al-Zarqasi historiador que escribió durante el reinado de Abu Bakr ibn Othman (1456-1470).

En 741 (27 de junio de 1340), tuvo lugar la vergonzosa derrota infligida a los musulmanes por los cristianos: se llevaron todo lo que había en el campo del sultán merinida Abu l-Hasan, las mismas mujeres tuvieron que defenderse contra los atacantes y fueron

masacradas, después los cristianos llegaron hasta las mujeres del príncipe y las mataron y desollaron entre otras a 'A'icha, hija de su tío Abu yah'ya ben Ya'koub y Fátima, hija del sultán Abu Yahya Abu Bekr. [...]

El día de Mina 746, Abu Yahya Abu Bekr recibió a Abu l'Fadl ben Abd Allah ben Abu Medyen, secretario del sultán merinida Abu l-Hasan, a Abu Abd Allah Mohammed ben Soleyman Sati, jurista encargado de las fatuas en la corte de este príncipe y al liberto 'Anber el eunuco, enviados por su soberano para pedir la mano de la hija del sultán Abu Yahya para el emir merinida Abu l-Hasan y reemplazar así a Fatima, la hermana de esta princesa que había perecido en el asunto de Tarifa" [...]

Chronique des almohades et des hafçides attribuée a Zerkechi, traduction française d'après l'édition de Tunis et trois manuscrits par E. Fagnan, Contantina, 1895, p. 113 y p. 116, traduction de Ismaël Hamet, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1923, tomo IV, pp. 216-220

Documento 8

[CONDE, José Antonio: *Historia de la dominación de los árabes en España*]

Se basó Conde en las obras de Ibn al-Jatib (historia de las dinastías de África y España en verso y con notas suyas en prosa, la historia de Granada, que intituló Plenilunio de las dinastías nasrina de Granada y tres tomos en folio de memorias arábigas); también utilizó para las cosas de Granada la historia de sus reyes escrita por Abdala Algiazami de Málaga; la que escribió Ahmed Almaxarsi del reinado de Juzef Abul Hagiag; y para los benimerines, escrita en verso y en prosa por Ismail ben Jucef, amir de Málaga, intitulada Olor de la rosa.

En este tiempo vino nueva del Rey Juzef ben Ismail, como el Rey de Fez Aly Abul Hasan ben Otman ben Jacub ben Abdelhac de Beni Merin había pasado el estrecho, y conseguido una completa victoria naval sobre los Cristianos, que había peleado con ellos el dia Giuma nueve de Safer del año setecientos cuarenta y uno (1340), que su armada era de ciento y cuarenta galeras, que con ellas había rodeado a las de los enemigos, y muchas había hundido y mu-

chas apresado con toda su gente y provisiones. Esta venturosa nueva se celebró en Granada con iluminaciones, fuegos y grandes fiestas y zambras, que duraron toda la noche, y al punto mandó el Rey que sus caballeros se dispusiesen para ir en su compañía a recibir y visitar al Rey de Fez. Luego fueron viniendo los alcaides de las fronteras y otros principales caballeros, y partió el Rey a su visita con muy lucido acompañamiento, y llegó a Algezira Alhadrá el día veinte [*Nota al pie*: El Salamani y otros dicen que fue en sábado seis de Xawel, y el campo de Tarifa en trece de Muharram del año setecientos cuarenta y uno; pero no parece cierta la fecha.] del mismo mes, y el Rey de Fez holgó mucho de aquella visita de Jezuf ben Ismail, y comieron juntos con sus principales caudillos. Traía el Rey de Fez gran gentío de infantería y caballería, y para no perder tiempo concertaron poner cerco a la ciudad de Tarifa y luego movieron sus gentes, y fueron delante de Tarifa y acamparon allí en tres del siguiente mes, y principiaron a combatirla con máquinas e ingenios de truenos que lanzaban balas de hierro grandes con nafta, causando gran destrucción en sus bien torreados muros. Durante el largo cerco envió el Rey de Fez sus caudillos Aly Alar y Abdelmic con ciertas escogidas compañías de Zenetes, Gomares y Mazamudes a correr la tierra de Xeres y de Sidonia, Lebrija y Arcos, y fueron sus algaras estragando la tierra, robando ganados, quemando casas de campo, y asolando aquella comarca como una tempestad de truenos y relámpagos. Los Cristianos que guardaban aquella frontera salieron contra este campo de Almogáraves que tanto mal y daño les hacía, y hallaron a los Muslimes donde menos lo recelaban estos. Sobresaltados con el imprevisto ímpetu de los enemigos, y embarazados con la rica presa, apenas acertaron a ponerse en orden para defenderse, y llenos de confusión y espanto sin atender a sus valientes caudillos huyeron de los Cristianos. Entre los que peleando vendieron bien caras sus vidas fueron los dos ínclitos caudillos Abdelmalic y su primo Aly Atar, ambos cayeron de los primeros por animar a los suyos a la pelea, entre los que hicieron lo que les convenía quedaron mil quinientos Muslimes, Zenetes y gomares tendidos en los campos de Arcos para agradable pasto de aves y fieras.

La nueva de este desmán llenó de sentimiento a todos los



Ilustración 36.- Dibujo que representa el momento en que el arzobispo de Toledo detiene al rey Alfonso XI que pretendía acometer personalmente al enemigo.

Musulimes y de despecho al Rey de Fez y al de Granada, en especial por la pérdida de aquellos dos nobles caudillos. Escribió el Rey de Fez a sus Alcaldes de África que le envasen nuevas tropas, y también el de Granada hizo llamada de sus gentes con ánimo de tomar cumplida venganza.

Los Cristianos que estaban cercados veían cada día aumentarse el campo de los Musulimes, y que su innumerable gentío cubría ya montes y llanuras. Enviaron sus cartas repitiendo súplica a sus reyes para que los socorriesen así al Rey de Castilla como al Rey de Portugal. El de Castilla estaba a la sazón en la ciudad de Sevilla, y luego allegó sus gentes y vino con poderosa hueste, y también vino con escogida caballería el de Portugal, y vinieron con gran chusma estos dos tiranos y cuando llegaron a Hajarayel [La peña del ciervo] avistaron el campo de los Musulimes que al punto se movió contra ellos, pues los campeadores había anunciado la venida del enemigo. Acaudillaban los dos Reyes sus esforzadas tro-

pas, y los dos tiranos también ordenaron sus haces para la pelea; pero como ya fuese a puesta del Sol, a los unos y los otros pareció poco espacio de tiempo el que del día quedaba para darse batalla, y no querían que la ya cercana venida de la noche, interpusiese treguas a sus hostiles intenciones. Así fue que en aquella tarde ni los campeadores salieron de sus ordenanzas, ni se permitió salir a escaramuzas con los contrarios, y ambas huestes se temieron y respetaron mutuamente. Pasaron aquella noche esperando con impaciencia, con incertidumbre y temor la venida del alba. Los caudillos dieron sus órdenes a los capitanes y adalides, y estos en sus banderas esforzaban a sus tropas para la pelea ofreciéndoles la victoria si mantenían animosos y constantes la sangrienta lid. A la venida del alba y en el punto que principiaban a clarear el día se oyeron las trompetas de los enemigos y estremeció la tierra al estruendo de los atambores Muslímicos, confundiéndose con los alaridos y atakebiras el agudo sonido de los lelilés y bocinas. Corría en medio de ambos campos el Wadacelito, y los campeadores Cristianos se adelantaron al paso del río, salieron a encontrarlos a toda brida los esforzados Zenetes y Gomares y la caballería de Granada trabáronse ambas huestes peleando con igual valor y constancia, y en lo más recio de la sangrienta batalla comenzaron a remolinar ciertas cábilas Alárabes, atropelladas de la caballería armada y cubierta de hierro que las acometió, de suerte que fueron desbaratadas y divididos por los enemigos. Al mismo tiempo salieron de la ciudad los cercados y se apoderaron del real de Abul Hasan, y de su harén y riquezas, y al punto todos los africanos abandonaron el campo de batalla, que mantenían solos los andaluces acaudillados por el rey Jucef. Viendo éste que la flor del ejército enemigo cargaba sobre los suyos, y que los africanos huían por todas partes mandó a sus alferoces retirarse peleando hacia Algeciras antes que todo el ejército vencedor los rodease, y así lo hicieron dejando sangrientas huellas en su retirada. El rey de Fez se acogió a Gibraltar y en el mismo día infausto de la batalla se embarcó y pasó a Ceuta. Fue esta cruel batalla de Wadalecito día lunes siete de la luna de Giumada primera [*Nota al pie*: El Salami dice giumada postrera] del año setescientos cuarenta y uno. El campo quedó cubierto de armas y cadáveres, y fue memorable esta matanza y pasó a pro-

verbio entre los enemigos aquel aciago día.

Avisaron los campeones al rey Jucef ben Ismail como los enemigos les tenían tomados los pasos en su retirada con innumerable chusma, y así volvió a Granada por mar en sus naves y desembarcó en Almuñecar. En la ciudad hubo gran duelo porque en aquella batalla murieron muchos nobles granadíes, y entre ellos el principal cadi de Andalucía Abú Abdalá Muhamad Alascari. Después de esta victoria fue el rey de Castilla sobre Calaseyeb y la cercó y la combatió con máquinas, y los de la ciudad aterrorizados se entregaron al rey Alfonso por aveniencia saliendo salvos los moradores [...]

CONDE, José Antonio: *Historia de la dominación de los árabes en España*, Marín y Compañía, Editores, 1874, pp. 291-293.

Documentos

Capítulo V

La batalla del Salado en «Os Luisiadas»

Luis de Camoens

Sinopsis

*El rey Alfonso IV de Portugal acudió a ayudar a su yerno Alfonso XI de Castilla en la batalla del Salado en el año 1340. La victoria que los portugueses consiguieron ante los granadinos en Tarifa representa uno de los episodios históricos más memorables de Portugal y por esta razón fue recogido por Luis de Camoens en su poema épico «Os Luisiadas». Transcribimos los octetos 99-118 del canto tercero que tratan sobre la histórica jornada de Tarifa. **

Luis de Camoens y Las Luisiadas

Luis de Camoens o Camões (1524-1580) es considerado el mayor poeta portugués. Es autor de las *Os Luisiadas*, poema épico, escrito en octavas reales para cantar la gloria del incipiente imperio portugués. En los sonetos 99 al 118 describe los prolegómenos de la participación portuguesa en la batalla del Salado y la decisiva intervención de los lusitanos, con insistentes comparaciones con episodios clásicos. El poeta destaca la participación de la reina castellana María de Portugal, hija del rey Alfonso IV.

* *Poesías de Luis de Camões*, tomo I, «Las Luisiadas», traducción al castellano por Lamberto Gil, Madrid 1818, pp.214-220.

Siempre las amenazas castellanas
menospreció con ánimo sereno;
por no ser propio en almas Lusitanas
temer con su poder, poder ajeno.
Mas cuando inmensas fuerzas Mauritanas
llegaron al Hespérico terreno,
por domar a Castilla y someterla;
al punto acudió Alfonso a socorrerla.

Nunca con Semirámis gente tanta
fue, los campos Hidáspicos hinchiendo:
ni Atila (que a Italia toda espanta,
llamándose de Dios azote horrendo)
tanta Gótica gente trajo, cuanta
el Sarraceno bárbaro estupendo,
unido con las fuerzas de Granada,
vio en los campos Tartesios congregada.



Ilustración 37.- El poeta portugués Luis de Camoens.

Y viendo el Rey sublime castellano
 la fuerza inexpugnable, grande y fuerte,
 temiendo más el fin del pueblo hispano,
 ya perdido una vez, que no su muerte;
 para pedirle auxilio al Lusitano
 envió la cara esposa que hubo en suerte:
 mujer de quien la envía, e hija amada
 de aquel a cuyo reino fue enviada.

Entraba la hermosísima María
 por los palacios regios sublimados:
 muy bella sí, más falta de alegría,
 y sus ojos en lágrimas bañados:
 los cabellos angélicos traía
 por los ebúrneos hombros derramados;
 y al padre, que la adora y la ama tanto,
 así le dice prorrumpiendo en llanto:

«Cuántos pueblos la tierra ha producido
 en África de gente cruel y extraña,
 de Marruecos el Rey ha conducido
 por tomar posesión de toda España.
 Poder tan grande junto no lo ha habido
 después que el mar la tierra inmensa baña.
 Traen ferocidad y furor tanto,
 que al vivo causa miedo, al muerto espanto.

Aquel que tú me diste por marido,
 por defender su tierra amedrentada,
 con pequeño poder está ofrecido
 al duro golpe de la mora espada.
 Y si por tí no fuere socorrido,
 de él y del reino me verás privada;
 quedando en viudez triste, y vida oscura,
 sin marido, sin reino y sin ventura.

Por tanto, oh Rey, de quien con puro miedo
el Moluca congela su corriente:
acude, que no es tiempo de estar quedo;
ve a socorrer la castellana gente.
Si el rostro que me muestras grato y ledo
prueba, oh padre, que me amas tiernamente,
acude y corre; pues como no corras,
quizás ya no hallarás a quien socorras.»

Lo mismo habló la tímida María
a su padre, que Venus habló cuando
al padre Jove auxilio le pedía
para Eneas que andaba navegando;
que a piedad de tal modo lo movía,
que, de la mano el rayo cruel soltando,
todo cuanto pidió se lo otorgaba,
y de que pidió poco le pesaba.

Con escuadrones ya de gente armada
los Eborenses campos van colmados;
al sol brilla el arnés, lanza y espada;
relinchan los caballos enjaezados.
La sonora trompeta embanderada,
los pechos a la paz acostumbrados
a las fulgentes armas va incitando,
por las concavidades retumbando.

Entre todos en medio se sublima,
de la insignia real acompañado,
el valeroso Alfonso, y por encima
de todos lleva el cuello levantado.
Y solamente con su rostro anima
a cualquier corazón amedrentado:
así entra por Castilla a socorrerla,
con su hija gentil, que es reina de ella.

Juntos los dos Alfonso finalmente,
de Tarifa los campos se han sentado;
enfrente a la infinita mora gente
para quien son pequeños monte y prado.
No hay pecho tan altivo o tan valente,
que un poco de inquietud no haya mostrado;
hasta que al fin conozca y claro vea
que con ellas va Cristo a la pelea.



Ilustración 38.- Enterramiento del rey Alfonso IV de Portugal en la catedral de Lisboa.

De Agar los nietos casi se reían
mirando al Español de inquietud lleno;
las tierras, como tuyas, ya partían
los jefes del ejército Agareno:
que como sin verdad se atribuían
el título de pueblo Sarraceno;
así, con cuenta falsa y menos buena,
suya llamaban a la tierra ajena.

Como el membrudo bárbaro Gigante
del rey Saúl con causa tan temido,
viendo sin armas al pastor delante
sólo de esfuerzo y piedras prevenido;
con palabras soberbias arrogante
desprecia al flaco mozo mal vestido:
hasta que la honda al fin lo desengaña
de que más vale fe, que fuerza y maña.

Así desprecia el Moro con fiereza
al Cristiano poder; porque no entiende
que lo ayudaba la alta fortaleza
de aquel de quien la fuerza y ser depende.
Con ella el Castellano y con destreza,
de Marruecos al Rey soberbio ofende:
y el Portugués, que no teme de nada,
se hace temer del reino de Granada.

Las espadas y lanzas ya crujían
en los arneses, con horrible estrago;
y, conforme a las leyes que seguían,
llamaba uno a Mahoma, otro a Santiago.
Los heridos gritando al cielo herían,
y hacían con su sangre un fiero lago,
donde otros medio muertos se ahogaban,
si del hierro las vidas escapaban.

Con tal esfuerzo embiste, arrolla y mata
el Luso al Granadín, que en breve trecho
totalmente lo rompe y desbarata,
sin que le valga arnés, ni armado pecho.
De alcanzar tal victoria y tan barata
no quedando bastante satisfecho,
corre a ayudar al bravo Castellano,
que estaba combatiendo al Mauritano.

Ya se iba el sol ardiente recogiendo
a la casa de Tétis, e inclinado
el Héspero al poniente iba trayendo
el feliz día, el día celebrado;
cuando el poder del Moro grande, horrendo,
fue por los fuertes Reyes destrozado
con tanta mortandad, que no hay memoria
de que el mundo haya visto igual victoria.



Ilustración 39.- Enterramiento de don Lope Fernández de Pacheco quien asitió a la batalla del Salado con el ejército portugués. Catedral de Lisboa.

No mató ni la cuarta parte Mario
de los muertos en este vencimiento,
cuando el agua con sangre del contrario
beber hizo al ejército sediento:
ni Aníbal, tan acérrimo contrario
del romano poder por nacimiento,
cuando tantos mató a la ilustre Roma,
que infinitos anillos de ellos toma.

Y si tantas personas, tú, pudiste
mandar al reino oscuro del Cocito,
cuando la ciudad santa destruiste,
del pueblo observador del viejo rito;
fue permisión divina que tuviste,
no efecto de tu diestra, ¡oh noble Tito!
que así fue por profecías anunciado,
y después por Jesús certificado.

Capítulo VI

Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno

Telesforo Trueba y Cossío

Sinopsis

*La gesta que en Tarifa protagonizó Guzmán el Bueno ha sido la base para numerosas obras literarias, principalmente teatrales y poéticas. Menos encaje tuvo el hecho heroico en la novela. Entre ellas destaca la narración corta escrita en el siglo XIX por Telesforo Trueba y Cossío que a continuación transcribimos. **

Telesforo Trueba y Cossío

Joaquín Telesforo Trueba y Cossío (1799-1835) nació en Santander en una familia acomodada. Se educó en Inglaterra, a donde volvió como exiliado político. Durante esta estancia en Inglaterra escribió numerosas obras literarias en un inglés excelente, que tuvieron bastante éxito.

Un editor londinense inició una colección titulada *The Roman-*

* SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «La Gesta de Guzmán el Bueno en la literatura», *Aljaranda* 14 (1994) 28-35; SÁNCHEZ BLANCO, FRANCISCO: «Transformaciones y funciones de un mito nacional: Guzmán el Bueno», *Revista de Literatura* 100 (1988) 387-422; MILLÉ GIMÉNEZ, ISABEL: «Guzmán el Bueno en la historia y la literatura», *Revue Hispanique* 78 (1930) 311-486 y SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: *Guzmán el Bueno en la poesía española*, 1997.



Ilustración 40.- Telesforo de Trueba y Cossio, dibujado por Francisco de Madrazo.

ce of History, de las que salieron las referidas a Inglaterra, Francia e Italia, encargándole la de España a Telesforo Trueba.

En palabras de García Castañeda: «*The Romance of History* es una colección de sucesos representativos de la historia de España contados de forma breve y amena y sin respetar, a veces, la verdad histórica». * Entre sus capítulos se encuentra el titulado *Guzman the Good*, que toma la información histórica del padre Mariana, de Manuel José Quintana y de los romances. La narración de Trueba

* GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador: *Don Telesforo de Trueba y Cosío (1799-1835)*, Diputación Provincial de Santander, 1978.



Ilustración 41.- Portada de la *España Romántica*, con un dibujo de Guzmán el Bueno en el momento de arrojar el puñal.

se ajusta inicialmente a la realidad histórica. Sitúa a los principales personajes de la gesta de Tarifa (Sancho IV, Guzmán el Bueno, el infante Don Juan y el sultán Aben-Jacob), pero transforma el episodio histórico en una novela de ficción de carácter romántico, cuando hace intervenir al hijo de Guzmán el Bueno como amante de Zora, la hermana del sultán. La obra concluye con el sacrificio del hijo del alcaide de Tarifa y con la desolación de su amada, que no logra superar el trance y también encuentra la muerte.

La edición inglesa de *The Romance of History. Spain* se publicó en 1830, editándose en Nueva York en el mismo año. Una nueva edición con ilustraciones se hizo en Londres en 1834.

Fue traducida al francés en 1830 con el título *L'Espagne Romantique*; haciéndose dos años después una nueva edición con el título *Contes de l'histoire d'Espagne*. La traducción en alemán llegó en 1836, con la particularidad de que el capítulo sobre Guzmán el Bueno llevaba el título *Tarifa*. En 1840 se hace la primera traducción española con el título de *España Romántica*, con traducción de Andrés T. Mangláez. Un siglo después volvió a hacerse otra edición en español con la misma traducción.

La transcripción que hacemos a continuación del capítulo sobre Guzmán el Bueno corresponde a una edición suelta en el suplemento de la revista semanal *Jeromín* del año 1933, donde sólo aparecen cinco narraciones, porque según el editor «son las mejores y las más típicas». *

Don Alonso Pérez de Guzmán

Codiciaba ya de antiguo el Rey de Fez Aben-Jacob, la importante plaza de Tarifa, cuya conquista debía serle tanto más ventajosa, en cuanto aseguraba nuevamente la libre comunicación entre los sarracenos de África y España. Deseoso el moro de dar completa cima a sus anhelos, realizó por fin grandes aprestos, mandando ante todo a su primo Amir, para que al frente de fuerzas muy con-

* *España Romántica*, suplemento de la Revista semanal *Jeromín*, 4 de mayo de 1933, incluye: «Los hermanos Carvajal», «El asistente de Sevilla», «Maestre de Santiago», «Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno» (pp. 19-22) y «La copa emponzoñada».

siderables, pusiera cerco a la plaza, en tanto que él mismo se disponía para secundarle con más poderosos refuerzos.

A vista de semejantes preparativos, concibió don Sancho de Castilla vivos y justísimos temores; cuanto más como que el mal estado del tesoro público y las funestas desavenencias que traían alterado el reposo de su reino, impedían que se ocupara personalmente en la defensa de aquel importante punto. En tan crítica coyuntura, presentóse acaso al Rey don Sancho un insigne caballero castellano, quien hizo la generosa oferta de sus servicios y recursos para defender la plaza de Tarifa. Hostigado el Rey por todas partes, no vaciló en aceptar la proposición que se le ofrecía, cuyo heroico y satisfactorio desempeño libró al fin de graves cuitas al ansioso y oprimido corazón del monarca.

El noble paladín que manifestara tan laudables sentimientos, era don Alfonso Pérez de Guzmán, llamado más adelante «El Bueno». Había prestado ya grandes servicios a su patria, entre los cuales debía contarse la toma de la misma plaza de Tarifa ante los moros. Su valeroso esfuerzo y las distinguidas prendas de su alma, le habían granjeado célebre nombradía en España y África, y con razón habría podido decorársele con todos los gloriosos epítetos con que se premian las virtudes y el valor; pero cual si fuese necesario caracterizarle más particularmente, buscóse un nombre que abarcase en sí mismo todas las excelencias, y por consiguiente, fue apellidado «El Bueno».

Sin perder momento, dirigióse don Alonso Pérez de Guzmán a Tarifa, llevando consigo crecido número de amigos y parciales. Desde luego procuró poner la plaza en estado de defensa, para poder sostener un sitio que, según todas las trazas, debería ser tan tenaz y encarnizado como el odio personal que le profesaba el caudillo moro Aben-Jacob. Algún tiempo atrás, viviera Guzmán en África, donde tuvo contraída estrecha amistad con Aben-Jucef, padre de Jacob, circunstancia que había encendido la llama de unos villanos celos en el bajo y mezquino corazón de este último, indigno por cierto de contarse hijo del noble y magnánimo Aben-Jucef. No se ocultaba a Guzmán el aumento de esfuerzos que desplegaría el marroquí, viendo ahora enlazada la causa de su venganza particular con el triunfo de los intereses de su nación, sin embargo,

como el castellano era del todo inaccesible al temor o desaliento, no dio cabida a otros sentimientos que aquellos que en algo pudiera contribuir al feliz éxito de su aventurada empresa.

Hallábase en el campo sarraceno un hermano del rey de Castilla, persona de tan depravada condición que no se sonrojara de aunarse con los enemigos de su patria, para hacer guerra a su propio rey y deudo. Este ser desnaturalizado se llamaba don Juan, y era uno de los príncipes más desenfrenados y disolutos que puedan presentar los anales del mundo entero. Difícil sería señalar cuál era su defecto principal, puesto que poseía todos los vicios imaginables, llevándose a un excesivo grado de libertinaje y desenvoltura. Ingrato hacia el generoso perdón que obtuvieran sus faltas del rey su hermano, correspondió a tanta indulgencia pasándose a los moros, y ofreciendo sus servicios al rey Aben-Jacob, para quien fue de grande importancia esta conquista, atendida la fogosa audacia y decidido espíritu de intriga del rebelde infante castellano, de cuyos servicios se prometía obtener muy felices resultados. Además de esto, como la depravación y malicia de ambos aliados corrían casi parejas, no tardaron en contraer toda aquella amistad que puede establecerse entre dos seres sin virtudes ni principios, contribuyendo a estrechar estos lazos otra circunstancia de no menos valimiento.

Tenía Aben-Jacob una hermana de peregrina beldad, siendo iguales a sus prendas personales las relevantes dotes de su alma angelical y pura. Apenas hubo visto don Juan a esta bella y encantadora joven, cuando se halló preso en las redes del amor más ardoroso y violento; y ansioso de poseer a todo trance a la incomparable Zora, solicitó su mano desde luego, cual recompensa de todos los servicios que pudiera prestar a su hermano Aben-Jacob. No se mostró el moro sordo a esta demanda, puesto que ignoraba aún la singular calidad que distinguía a Juan, de romper y anular todos sus empeños, siempre que su interés así lo exigía, o que su voluntad lo aconsejaba.

Estremeciase, sin embargo, la hermosa Zora con la cruel perspectiva de semejante enlace. Érale insufrible el odioso carácter de don Juan, y nada hallaba en su persona capaz de disminuir la horrible impresión que producían las malas calidades morales del



Ilustración 42.- El hijo de Guzmán el Bueno, representado como un hombre adulto, en el histórico momento en que su padre arroja su puñal por el adarve del castillo de Tarifa.

príncipe castellano. Además de estas poderosas razones de aversión, había otros obstáculos de no menor importancia: la triste joven amaba a otro ser, tan noble y digno de aprecio como villano e impuro era su perseguidor. El gallardo don Pedro de Guzmán poseía todas las buenas cualidades de su padre don Alonso: habíase criado junto con la hija del generoso Aben-Jucef, en la época que el noble castellano residiera en la corte de este príncipe, engendrándose de semejante intimidad una recíproca y amorosa ternura en el corazón de los dos jóvenes, quienes al tiempo de separarse cuando don Alonso regresó a España con su familia, se juraran mutua e inalterable fidelidad y constancia. Persuadida Zora del amoroso cariño de su amante, gozábese en la esperanza del

cumplimiento de sus apasionados deseos, cuando la aciaga solicitud del perverso don Juan vino a perturbar la paz de su corazón, ya que era imposible seducirle o vencerle.

En esta sazón se puso en marcha Aben-Jacob, para continuar el sitio de Tarifa, principiado por su primo Amir. Acompañaba al moro el infante don Juan, al frente de una partida de renegados de su devoción; y convencido el marroquí de la aversión que manifestaba Zora hacia su amigo, sabiendo además que la causa principal de semejante desvío consistía en su pasión hacia el joven Guzmán, quiso llevar consigo a su hermana, puesto que no se le ocultaba el gran partido que podría sacar de su asistencia, tanto para estimular el celo de su infame aliado como para urdir alguna trama que fuese ventajosa a su causa, poniendo en juego el poderoso resorte del mutuo afecto de don Pedro y Zora.

Atacóse la plaza con intrépido ardor, pero fue infructuoso este esfuerzo, y los castellanos hicieron una salida en que dejaron muy mal parados a los moros. Deseoso Aben-Jacob de corromper la lealtad de Guzmán, envióle un secreto mensaje, haciéndole proposiciones las más ventajosas; pero aquí se estrelló también la tentativa del caudillo sarraceno. Prosiguió, pues, el sitio de la plaza; más, convencidos ya los moros de su impotencia para reconquistar Tarifa, ofrecieron a su gobernador que levantarían el cerco mediante una suma de dinero, cuya proposición fue no menos desechada que la primera, ocurriendo a la sazón aquel famoso dicho de magnánimo español: «que entre caballeros de prez, nunca se mercadeaba la victoria».

Furioso y abochornado por el mal éxito de su arrogante empresa, valióse Aben-Jacob del último recurso que le suministra su villana imaginación para reparar en algo su ignominia; y haciendo llamar a su hermana, la dijo con afectada y pérfida dulzura:

«Mira, Zora querida, sabe para tu consuelo que he conocido ya mi error, que lamento mi locura de haber acometido un punto encomendado al valeroso Pérez de Guzmán... No dirás cuánto desearías renovar mi amistad con un hombre de tanta loa, terminando de una vez nuestras desavenencias pasadas... Por otra parte, he podido convencerme de la perversidad del infante don Juan, y me arrepiento de haberle ofrecido tu mano tan de ligero, cuando me

constaba que tu corazón amaba sólo al joven hijo de don Alfonso... Mira, hermana querida, me parece que de tu mano estriba la feliz terminación de esta campaña... Escribe una carta a tu amante, dale alguna cita secreta, y prométeme que te valdrás de todo tu ascendiente sobre el mozo, para inducirle a que su valeroso padre se acomode conmigo... Vamos, hermana mía, ¿me harás este obsequio?... ¿Te mostrarás digna de mi generosa confianza?»

Aparentaba Jacob tanta sinceridad y buena fue, que no le fue difícil seducir el alma de la incauta Zora; y consintiendo ésta en sus planes, escribió la carta que se le exigía, en la cual, después de dar una secreta cita a don Pedro para la noche siguiente, consagraba algunas palabras a la expresión de su amor y fidelidad, desplegando toda aquella femenil elocuencia que tanto fascina y halaga a los hombres apasionados.

Envióse el billete por conducto de un moro anciano, quien llevaba al propio tiempo un ostensible mensaje para el gobernador de la plaza. Tenía Aben-Jacob gran confianza en la discreción del mensajero, y no dudaba ya del feliz éxito de su tentativa, cuyos pormenores comunicara al infante don Juan, cómplice suyo en esta negra trama. Gozábanse los dos amigos en la próxima certidumbre de poseer la persona de su respectivo enemigo y rival, y por cierto que no fracasaron sus perversas esperanzas.

Seducido el joven don Pedro de Guzmán por las vehementes y apasionadas protestas de cariño de parte de la querida Zora; rechazadas todas las sospechas que se elevaran en el pecho del generoso mancebo; penetrado de amor y esperanzas, salió secretamente de la plaza a la hora convenida, y acompañado del astuto mensajero de Aben-Jacob, se dirigió hacia el campo enemigo, donde después de varios lances y tropiezos, fue conducido por su alevoso conductor a la tienda donde ya le esperaba la engañada Zora.

—¡Zora querida! —exclamó Guzmán lleno de alborozo en cuanto se vio solo con su amante... ¿Es posible que hayas tenido bastante valor y arrojo para proporcionarme esta dulce y apetecida entrevista?

—¡Ah, querido Guzmán! —respondió la doncella con ternísima voz; si supiéses los tormentos que he padecido, las penas que me han agobiado, desde el fatal momento de nuestra separación. Pero el

cielo se nos muestra ya propicio y esta entrevista es sólo un prelude de mayores dichas.

—Mucho me halaga tu confianza —dijo don Pedro—, sin embargo, extraño lo que me dices, cuando nos hallamos los dos en posición tan enemiga y dura.

—Se concluyeron nuestras penas —dijo Zora—, si, querido mío, ya no nos separa ningún obstáculo ni peligro.

—¿Qué dices, Zora?

—La verdad, amigo mío, la verdad... Sabe que mi hermano aprueba nuestro amor, y desea vivamente secundar nuestros deseos. Cansado de la duración de esta guerra, y anhelando terminarla con un

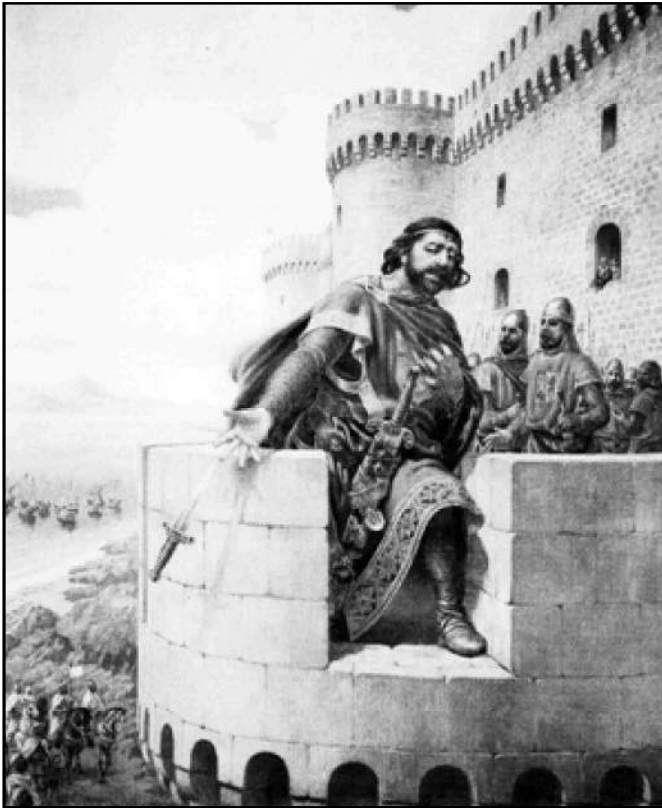


Ilustración 43.- Guzmán el Bueno arrojando el puñal con el que matarían a su hijo. Cuadro de Primitivo Álvarez.

feliz acomodamiento, me ha hecho escribir la carta que has recibido, dándote esta otra para que te tomase por intercesor de nuestra causa...

—¡Dios eterno! —exclamó don Pedro lleno de angustia..., calla, Zora, no prosigas... Tu hermano te ha engañado... Tu confianza me ha perdido... Sí, ya no dudo de que ambos somos víctimas de alguna infame traición.

—No es posible lo que dices, querido mío... Y además, ¿qué podría intentarse contra nosotros?

—Ya lo veo, sí, lo veo... Tu hermano ha contado con nuestra mutua amistad para apoderarse de Tarifa... ¡Pero ay de mí! muy torpemente se engaña, si espera que algún interés personal pueda llevar a mi padre a la omisión de sus deberes... ¡Insensatos!; ¡creen que don Alonso de Guzmán entregará las llaves de la plaza que le está encomendada, sólo porque su hijo se ha dejado coger en una celada!... Vive Dios que si tal aconteciese, yo sería el primero en repudiar una acción tan contraria al buen lustre y esplendor de nuestro nombre.

—Te engañas, Guzmán, te engañas, —razonó la inocente Zora, no creas que mi hermano haya querido engañarnos... Debes saber que sólo anhela que se verifique el feliz restablecimiento de las amistosas relaciones que unieran un día nuestras familias. Depón, pues, tus siniestros temores y no temas ya ningún amaño.

Pero no por esto se desvanecieron del todo las sospechas del hijo de Guzmán. Lisonjeado con la grata y dulcísima idea de que su cita al campo sarraceno únicamente era obra del amor, sentía ahora en el alma que la política disipase la parte más novelesca de su atrevida expedición. Por otra parte, el cambio de conducta del moro Aben-Jacob era demasiado súbito y extraño para poder ser verdadero; y en vano se esforzaba la candorosa Zora por restablecer la tranquilidad de su amante, de quien tan sólo obtenía una incrédula sonrisa, en pago de sus tiernas palabras de consuelo.

—Pero dime, ¿qué temes, Guzmán? —preguntó la joven mora— ¿Piensas tú que mi hermano trame alguna alevosa traición?

—¡Ay de mí! —respondió don Pedro—. Me ocurren tantas sospechas, que no sé a cuál dar la preferencia pero ello es siempre que el corazón me presagia alguna adversa desgracia.

Oyóse a la sazón ruido de pasos. Guzmán se estremeció, conociendo lo fundado de sus temores, los cuales no tardaron en confirmarse a la vista de Aben-Jacob y don Juan, quienes entraron a la vez en la tienda de la crédula e imprudente Zora.

—¡Muy bien, amartelado doncel! —exclamó Aben-Jacob sonriéndose ferozmente; por fin habéis caído en mis manos... ¡Quién diría que el amor haría tan necio a un hombre cuerdo y sensato!

—¿Qué es esto, hermano mío? —preguntó Zora llena de turbación—, no creo yo que abriguéis miras hostiles contra este honrado castellano...

—Muy honrado es, por cierto, el hombre a quien sorprendo a tales horas en clandestina conferencia con mi hermana... ¡Válgame Alá! Es cosa estupenda... Y lo mejor, ¡que aún se nos venga ponderando la honradez de ese galán!

Ya no cupo ninguna duda a la infeliz Zora acerca de la negra perfidia de su hermano. Víctima el joven Guzmán de la traición del sarraceno, abrazó animosamente todas las consecuencias de su ligereza, animándose a este efecto de un valor muy digno de su noble padre.

—Y bien, aquí me tenéis —dijo el esforzado mozo, encarándose hacia sus enemigos—. ¿Qué queréis de mí? ¿Qué pretendéis exigir de un noble castellano?

—¡Un noble castellano! —repitió don Juan con ironía—. Sin embargo, no me parece acción muy noble valerse de las tinieblas de la noche para seducir villanamente a la futura esposa de un caballero de honor.

—¡Vil renegado! —exclamó don Pedro fuera de sí—. ¿Cómo te atreves a hablar de honor, tú, que eres el tipo de la ignominia y la infamia?... Más siento tener que soportar tu abominada vista, que cuantos tormentos hubiesen podido agobiarme en castigo de mi loca y temeraria confianza.

—Prosigue, prosigue, pues, insensato —dijo el infante don Juan, sin mostrarse nada conmovido—. Vamos exhala la ira que roe tu corazón; sabes que es el único consuelo que te sea ya permitido.

—¡Hermano mío! —exclamó Zora deshecha en lágrimas—, no te dejes alucinar por ese perverso castellano... Recuerda que tú mismo me brindaste a que escribiera la carta que ha motivado la veni-

da de Guzmán...; no olvides que...

—Calla, calla —dijo Aben-Jacob, interrumpiendo bruscamente a su hermana—. He logrado mi intento, y gracias a tu necia credulidad, tengo una prenda que me afianza la posesión de Tarifa... Anda, pues, a reunirte con tus criadas, pues ya no te necesitamos para nada... Y tú, arrogante cristiano —añadió dirigiéndose hacia Guzmán— rinde luego tu espada y date prisionero mío.

Diciendo esto, pegó un fuerte golpe en el suelo, y en el mismo instante, y como por encanto, se llenó la tienda de soldados sarracenos, quienes aherrojaron despiadadamente al cautivo don Pedro, en tanto que la afligida Zora recurría a nuevas cuanto infructuosas súplicas para ablandar el empedernido corazón de su perverso hermano. Considerándose la triste joven causa principal de aquella tragedia, entregóse a la desesperación más violenta, en cuyo estado fue arrancada de aquel lugar de amargura, dejando a su infeliz amante plenamente abandonado a la saña y furor de sus alevos enemigos.

Inútil sería ponderar el contento de Aben-Jacob y de su digno compañero por el feliz éxito de su infernal tentativa; aquella misma noche tuvieron consejo acerca de los medios de que se valdrían para utilizar mejor su traidora conquista.

Había amanecido ya el siguiente día, y bien ajeno don Alfonso de Guzmán de sospechar la triste suerte que en la noche pasada cupiera a su desdichado hijo, recorría tranquilamente los puestos de la plaza para asegurarse del cumplimiento de sus órdenes, relativas al desempeño de los deberes de la tropa. De repente oyó sonar un clarín, y poco después le anunciaron un nuevo parlamento de los moros.

—¡Es cosa singular! —pensó el noble varón—; no sé a qué viene este empeño de parte de los enemigos, cuando saben que no es posible hacerme cejar un sólo ápice en la observancia de mis obligaciones... Sin embargo, por lo que esto pueda ser —añadió, dirigiéndose a uno de los guerreros que le acompañaba—, vos, Álvarez, id y traedme los mensajeros que acaban de presentarse.

A poco rato comparecieron los enviados, cuya excesiva arrogancia y altivez, causaron grande asombro a los cristianos, hechos a presenciar menos osadía en las anteriores embajadas.

—Guzmán —dijo altaneramente uno de los parlamentarios—: ven-go enviado a ti por el teniente del Profeta, el muy poderoso Aben-Jacob, quien llevado sólo de la generosidad, te brinda aún a que le entregues esta plaza y sus dependencias, pues, de lo contrario, ¡ay de ti y de todos los tuyos!

—Me parece, oh moro —contestó Guzmán—, que ya podrías haber conocido mi firme resolución de no entregar Tarifa en cuanto viva... Sin embargo, podrás decírselo a tu amo, rogándole, de parte mía, que se abstenga de molestarme en lo sucesivo con otras nuevas embajadas.

—Muy orgulloso te muestras —observó el sarraceno—, pero ya variarás de tono cuando sepas los medios con que cuenta mi señor para consumir tu ruina.

—Mucho te engañas, infiel, si crees que me hagan mella tus amenazas, pues por grande que fuese el poder de Aben-Jacob, nunca podría arrebatarme el honor, única prenda cuya pérdida me arredrase.

—No obstante, hay otros varios objetos —razonó el moro con gran sorna—, cuyo daño rebajaría algo tu arrogancia. Eres padre, Guzmán, y, por dura e inflexible que sea tu alma, nunca podría mostrarse sorda a la voz de la naturaleza.

Aquí se detuvo el moro. Guzmán y sus compañeros esperaron ansiosamente el sentido de estas misteriosas palabras.

—Vamos, Guzmán —continuó el enviado—, ¿no se ablandará algo tu corazón con el peligro que corre tu hijo don Pedro?

—¿Quieres saberlo? —respondió el moro con acento triunfante—; tu hijo está cautivo en nuestro campo, donde ha sido cogido esta noche pasada, en una amorosa cita... No hay duda que son preciosísimas rehenes, y Aben-Jacob, que lo conoce, está resuelto a no salvarlas sino a trueque de la plaza de Tarifa.

—Entonces quiere decir que mi hijo estará cautivo mientras viva, —dijo el magnánimo Guzmán.

—¡Oh!; peor puede ser aún su suerte —replicó el moro—; sabe, orgulloso castellano, que si dentro del término de doce horas no nos has entregado esta fortaleza, tu hijo será decapitado irremisiblemente.

—En este caso —exclamó don Nuño García uno de los caballeros



Ilustración 44.- Grabado del siglo XIX que muestra todo el dramatismo de la gesta de Tarifa.

presentes—, bueno será que aseguremos vuestras personas, para que nos respondan del daño que pueda sobrevenir a don Pedro de Guzmán.

E iba ya a aprender a los mensajeros, cuando Alonso interpuso su autoridad, diciendo:

— Deteneos, señores, deteneos... ¿Adónde os arrastra un desmedido celo? No olvidéis que esos hombres, por muy detestables que sean, ostentan el carácter de embajadores, y nunca será dicho que Alonso Pérez de Guzmán imitó la alevosía de sus pérfidos enemigos. Marchad, pues moros; idos y decid a vuestro amo que no me hacen fuerza sus amenazas. Sé que es muy bárbaro e inhumano, pero le hago el favor de no creerle capaz de bañarse en la sangre de un joven inocente; sin embargo, si tanta fuese su maldad, decidle, que más fácil le será despedazar el tierno corazón de un padre, que quebrantar de modo alguno sus firmes resoluciones y empeños.

Diciendo esto, despidió a los emisarios, dejándolos atónitos y confusos con su estoica firmeza de ánimo. Admirábanse los cristianos del singular proceder de su jefe, y no faltaba quien censurase su generosidad en no haber arrestado a los parlamentarios enemigos. La mayor parte de los caballeros castellanos contaban que la amenaza de Aben-Jacob no pasaría de palabras, en cuanto se convenciese el moro de su infructuosidad y dureza, y se lisonjearan pensando que éste imitara tal vez la noble conducta de Guzmán hacia sus mensajeros; pero, por desgracia, los hechos no tardaron en demostrar la falacia de todos los cálculos de las personas honradas, cuando miden por su propio corazón los sentimientos de otros seres, viciosos y corrompidos.

Tres horas habían transcurrido, cuando sonó nuevamente el clarín de parlamento. De esta vez prohibió don Alonso que se admitiesen los emisarios enemigos, y se dirigió hacia las murallas para oír desde allí las proposiciones de los moros. Esperábale, sin embargo, un espectáculo capaz de ablandar el corazón más intrépido y empedernido. Veíase con toda claridad al joven don Pedro de Guzmán, atado de pies y manos, con la garganta desnuda, y rodeado de verdugos dispuestos a ejecutarle. Junto al desdichado mozo se encontraba el feroz Aben-Jacob, acompañado del infante don Juan, y un poco más lejos estaba el ejército sarraceno, formado todo en batalla. Adelantóse a la sazón un soldado moro, y poniéndose a distancia que pudiese ser oído de la plaza, exclamó con voz sonora.

— ¡Oh, Guzmán!; contempla a tu hijo... Considera que si no rindes



Ilustración 45.- Maqueta obra del escultor Gabino Amaya para un monumento a Guzmán el Bueno en Tarifa.

la plaza en el término que se te ha fijado, el desdichado mozo será víctima de la crueldad de su padre.

— ¡Mientes, perro infiel! — respondió el gobernador con noble indignación—. Si mi hijo es asesinado, no será víctima de mi crueldad, sino de vuestras negras asechanzas y de su temeraria imprudencia.

—Según esto, ¿no te ablandas? ¿No cejas en tu resolución?

—Mal conoces a Alonso de Guzmán, si es que tal puedes pensar... Ve, moro cruel, ve..., consume este horrendo sacrificio. No tengo más que este hijo, pero le amo demasiado para consentir que su vida sea premio de una acción villana y torpe; así, pues, para que nadie dude de la irrevocable firmeza de mi propósito, si en ese campo falta cuchilla para inmolar la víctima, ahí está mi propio acero.

Diciendo esto, arrojó su espada a los contrarios, y con seguro y mesurado continente se retiró de aquel lugar, dejando pasmados a los espectadores de esta escena, tan superior a todas las acciones heroicas que presenta la antigüedad. Pero todavía le faltaba otra prueba a este animoso varón, puesto que aún debía soportar las súplicas y frenéticos sollozos de una madre desesperada. De todos era aplaudido el singular heroísmo de doña María Coronel, noble esposa de Guzmán, quien sobrellevaba con varonil constancia los trabajos y peligros el cerco; ¿pero dónde podría hallarse un corazón tan esforzado, capaz de ahogar las angustias el amor de madre? Es positivo, que doña María habría arrostrado impávidamente los mayores riesgos y privaciones, pero presenciar la muerte de su único hijo, cuando su padre mismo podía salvarle, era empresa superior a su natural esfuerzo, y de aquí es que su desesperación y frenesí se exhalaba ahora en una inmensa copia de lágrimas y gemidos, que laceraban crudamente el noble corazón del gran Guzmán.

Uniéronse muchos de los caballeros más distinguidos a las suplicantes razones de esta tierna madre, representando a don Alonso que el rey no podía exigir de un padre sacrificio tan atroz, y que aunque se perdiese ahora Tarifa, el valor de los castellanos volviera luego a ganarla. Pero ni lágrimas ni argumentos podían nada con el magnánimo gobernador, quien, forzado a disimular

su propia pena, rechazaba aún los infructuosos esfuerzos del benéfico celo de sus amigos.

Así iban transcurriendo los momentos, hallándose todos los circunstantes en la mayor ansiedad y zozobra. El desdichado don Pedro esperaba animosamente la muerte, pues conocía sobrado bien a su padre para abrigar ninguna esperanza de consuelo. Por otra parte, el traidor Aben-Jacob, y su perverso cómplice el Infante don Juan, se hallaban despechados y confusos a lo sumo, viendo cual se estrellaba su feroz estratagema, cuyo mal éxito ya no podía dudarse, en vista de la heroica abnegación del padre de su víctima infeliz.

De repente, se difundió tumultuosa algazara por todas las calles de Tarifa, resonando a la vez voces de horror y belicosos gritos de guerra. Sorprendido Guzmán al oír este alboroto, voló hacia las murallas, y temiendo algún ataque de parte de los enemigos, preguntó qué significaba aquella novedad. A esta demanda satisfizo un guerrero castellano, señalando silenciosamente el campamento enemigo, donde se mostraba el sangriento cadáver de don Pedro privado de su cabeza, la que estaba clavada en la punta de una elevada lanza.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Guzmán—. ¿No es más que esto? Yo creía cuando menos, que el enemigo había asaltado la plaza.

Dicho esto, dirigió una dolorosa mirada a los inanimados restos de su hijo, y cruzando los brazos sobre el pecho, se retiró lentamente de aquel horrendo sitio de amargura.

Llevado Aben-Jacob de un infernal espíritu de venganza, ya que no pudieron doblegar el alma del heroico gobernador de Tarifa, resolviera al menos despedazar su corazón de padre. Atizaba don Juan la rabia del sarraceno, puesto que en el hijo de Guzmán veía también el amante favorecido; así, pues, apenas hubo expirado el plazo señalado, cuando ordenó el mismo don Juan la ejecución del noble castellano. Pero luego que se desvaneció el primer movimiento de horror y sorpresa causado por esta terrible catástrofe, aumentóse el ardor de los cristianos, quienes saliendo de la plaza, cayeron sobre el campo enemigo, y allí saciaron su venganza, cebándose en la sangre de los soldados sarracenos. En vano intentaron oponerse al torrente, Aben-Jacob y su aliado; todos sus

esfuerzos fueron vanos, y no pudieron evitar el castigo con que pagaron los castellanos su barbarie y ferocidad. Apoderándose éstos de los despojos de don Pedro, y habiendo sido entrados en Tarifa, se les dio allí sepultura honrados con las lágrimas de toda la guarnición. Insulto fuera haber querido consolar el sombrío dolor que devoraba al triste padre; dejábasele, pues, entregado a su amargura, de la que sólo le distraían las patrióticas atenciones de la defensa del punto que le estaba encomendado y que tan gloriosamente le sostenía.

Pero no eran solos el generoso castellano, su noble esposa y amigos, los que lloraban la desgracia del joven don Pedro; otra persona había a quien también agobiaba el dolor producido por esta sangrienta catástrofe. Desesperada la candorosa Zora por la deplorable suerte de su amante, echábase en cara su necia credulidad, y atribuyéndose a sí misma la desgracia del triste mozo, se entregaba a su delirante frenesí. Aumentábase la amargura de esta infeliz con las amorosas persecuciones del infante don Juan, cuyo título de asesino de su amante acrecentaba infinitamente el odio y aversión que le profesara ya la joven. Resuelta por fin a rechazar todas las instancias de ese monstruo, declaróse en abierta oposición hacia las miras de su hermano, llamado impávidamente sobre su frágil cabeza, la enconada saña de estos seres abominables y perversos, quienes despechados y frenéticos, recurrieron a todo género de violencia, contra la tierna y desdichada Zora, hasta tanto que la muerte vino a poner término a sus males y angustias, arrebatándola a los pocos días del sacrificio de su desdichado amante.

Disuelto el lazo que unía a los dos monstruos, separóse don Juan de su amigote, quien le dejó marchar sin gran disgusto, alegrándose de que fuese a buscar fortuna a otra parte. Desesperaba ya Aben-Jacob de ganar la plaza que tenía cercada; hizo, sin embargo, un último esfuerzo contra ella, pero viéndose burlado por la sagacidad y pericia de don Alonso, y conociendo por fin lo poco que debía prometerse cuando tenía por antagonista a un hombre de tanta prez, levantó el sitio, y volvió de regreso a África, desconcertado y rabioso a lo sumo.

En breve se propaló por toda España la fama de la heroicidad y grandeza de ánimo de don Alonso de Guzmán. Deseoso el rey

don Sancho de manifestarle su gratitud, dirigióle una afectuosa carta, en la que brindándole a que pasara a la corte, se lamentaba de que el mal estado de su salud no le permitiera salir a su encuentro. Tributáronse todo género de honores al insigne castellano, saliendo en tropel a verle las gentes de todos los lugares por donde pasaba; de este modo, y en el seno de una marcha propiamente triunfal, llegó Guzmán a Alcalá de Henares, donde residía el rey a la sazón. Allí fue recibido por el soberano, quien abrazándole cordialmente delante de toda su corte, proclamóle modelo de caballeros, y le hizo donación del territorio situado entre el Guadalquivir y el Guadalete. Guzmán «El Bueno» fue primer señor de Sanlúcar de Barrameda y fundador de la casa de Medina Sidonia, la que con razón puede envanecerse de la nobleza de su origen. La muerte de nuestro guerrero, fue tan meritoria como el resto de su ilustre carrera. Encomendósele el sitio de Gibraltar, cuya plaza tomó a los moros, que la ocupaban hacia más de quinientos años: éste fue el postrer servicio que prestó don Alonso a su patria, pues habiéndose adelantado un día en persecución de los moros que devastaban las cercanías de Algeciras, fue envuelto por los enemigos, cuyo número agobió a nuestro insigne capitán, el cual sucumbió después de haberse defendido bizarramente.

La memoria de este insigne varón excita entre los españoles un respeto igual al que inspiran en la antigüedad los célebres nombres de Escipión o Epaminondas, y nunca se citan sus famosos hechos sin producir una religiosa y venerable sensación. Sin disputa alguna, le cuenta España por uno de los hombres más ilustres que haya producido este suelo clásico, tan célebre ya en los tiempos más remotos, por la heroicidad y grandeza de ánimo de sus naturales, y que a pesar de su actual decadencia y abatimiento deslumbrará un día a los demás Estados con el inmarcesible brillo de su gloria.

Capitulo VII

Guzman the Good *

Telesforo Trueba y Cossio

Aben-Jacob, the Moorish King of Fez and Morocco, had determined to lay siege to Tarifa, the possession of which was of the greatest advantage to the Moslem, as it formed an entrance to Spain from the Mediterranean. He accordingly made mighty preparations to accomplish his design. His cousin, Amir, was first sent with a competent body of men, and he him-self resolved to follow shortly after, carrying with him everything necessary to prosecute a vigorous siege.

Don Sancho, King of Castile, could not behold the hostile intentions of Aben-Jacob without some feelings of apprehension. Though one of the bravest princes that swayed the sceptre, yet the impoverished state, and distracted situation of his kingdom, rendered him incapable of attending to the defense of the important point of Tarifa. In this emergency a nobleman presented himself to the King, and generously offered to help his sovereign in his difficulty. He promised to collect the men and supply the money necessary for conducting the undertaking himself. The King, pressed on every side, gratefully accepted the offer of this heroic subject, and his mind was relieved from a heavy burthen.

The brave man, who had exhibited such noble sentiments, was

* Transcripción de: *The romance of history. Spain*, by Don T. Trueba, published by Frederick Warne and Co., London, 1872, pp. 284-304.

Don Alonzo Perez de Guzman, called in history *el Bueno*, or the Good. He had already rendered signal services to the King of Castile, for it was he that had conquered Tarifa from the Moors, after a stubborn and laborious siege. His name was celebrated in Spain and Africa, for his extraordinary courage and the noble qualities of his mind. Indeed, among the epithets with which men generally distinguish a fellow creature who has been conspicuous for his merit, Guzman might have laid just claim to the most brilliant. The great, the brave, the noble, or the powerful, would have naturally attached to his name, but as if it was requisite better to distinguish him, the title of *el Bueno*, or the Good, was bestowed upon him: a title the most appropriate, as it served to imply every kind of excellence.

Don Alonzo Perez de Guzman speedily repaired to Tarifa, taking with him all his family, friends, and adherents. He caused the walls to be put in a state of proper defense, and made every arrangement conducive to the successful defense of a siege, which he anticipated would be as obstinate as the hatred of Aben-Jacob was rancorous towards himself. Guzman had previously lived in Africa, in terms of strict friendship with Aben-Jucef, the father of Aben-Jacob, from which circumstance a rancorous jealousy had been excited in the heart of the latter – a heart as paltry and malignant as that of his sire had been noble and magnanimous. Feelings of private revenge being thus united to interest of national import, Guzman, easily foresaw that the task which he had taken upon himself was one of difficulty ; but that great man had a soul which disdained the softest whisperings of fear; and the critical nature of his position awakened in his mind no other thoughts but such as were conducive to the successful fulfillment of his undertaking.

There was in the camp of the Moors a brother of the King of Castile, so perverse that he did not scruple to wage war against his lawful sovereign, his brother, on the side of the enemies of his country and religion. This unprincipled man was the Infant Don Juan, one of the most profligate and detestable princes whose names have stained the page of Spanish history. Of his vices it is difficult to decide which was the most predominant; that indeed assumed the mastery which was most immediately conducive to

the indulgence of the moment. He had been a continual agitator, a firebrand of discord, a restless genius of evil, whom neither generous pardon could conciliate, nor threatened punishment turn from his wicked career. His life had already been spared, and the King had even been so lavish in his generosity as to liberate him from that prison in which, both for the public peace and as the punishment of his guilt, he ought to have finished his days. The return which Don Juan made to his indulgent brother upon his liberation from confinement was, hastening to Africa and offering his services to Aben-Jacob. The Moorish chief most readily accepted the offer, for he knew that Don Juan would be of most essential use to him, both by his daring courage and the deep scheming of his turbulent disposition; besides, he feared nothing from his unprincipled



Illustration 46.- Guzman the Good. The illustration shows an etching by J. J. Martínez based on a painting by Antonie Van Dyck.

character, as he would not stand upon so much ceremony with him as the King of Castile – having resolved at the very first offense to sever his head from his body.

Aben-Jacob being a cruel and wicked man himself, found the temper and disposition of the Castilian prince in perfect accordance with his own. A friendship as deep and sincere as can possibly be cemented in the breasts of two unprincipled beings, was soon engendered in theirs; and another circumstance strengthened their sentiments of mutual regard. Aben-Jacob had a sister, the young Zora, a maiden of extraordinary beauty. Nature had been most prodigal in her favours to this lovely being. The soft liquid eye mirrored the gentleness of her mind ; the seraph smile that graced her lip betokened the kindness of her heart. She was adorned with every feminine attraction, and if anything could exceed the beauty of her person, it was the loveliness of her soul.

Don Juan no sooner beheld this bewitching object, than he was powerfully struck with her charms: a violent, a stormy passion, such as could only be excited in his tumultuous heart, was soon enkindled, and it raged with resistless power. From the moment he saw her, he determined to possess that paradise of charms; but as he could not flatter himself to be able to accomplish his purpose by force or deception, he demanded her hand as the reward he was to receive for all the services he might afford to Aben-Jacob. The Moor acceded to his proposal, not knowing that amongst the accomplishments of the Castilian prince was that of contracting marriage bonds with the same facility as he broke them whenever it suited his inclination or interest

Zora, however, shrunk with disgust from a union with Don Juan, His character was odious to her; nor were there in his person any attractions to soften the ill-impression which his detested temper was calculated to produce. But besides the reasons afforded by the suitor himself to impede the success of his desires, there were other obstacles which it would have been difficult to surmount, had Don Juan been even endowed with as many virtues as he was unfortunately deformed with vices. Zora had already felt the influence of a tender passion, and the object that had inspired it was as deserving of her love, as her present admirer was of her

hatred and contempt. The young Don Pedro de Guzman inherited both the prepossessing appearance and noble qualities of his heroic father, Don Alonzo. The habits of friendship and confidence in which the elder Guzman lived with Aben-Jucef whilst residing in Africa, had facilitated many interviews between their children, and these had led to the formation of a tender and devoted affection. Mutual vows of constancy were pledged, and when Don Pedro was obliged to depart for Spain, he took his leave of Zora with perfect confidence in her faith, and with fond hopes of future happiness. Such was the state of the Moorish maiden's heart when Don Juan came, not to dislodge the unalterable feelings of that heart, but to fill it with sorrow and dismay.

Aben-Jacob now repaired to prosecute the siege of Tarifa, begun by his cousin Amir. Don Juan, with a slender party of renegade Christians, accompanied the Moor, who compelled his sister to attend him to the camp as a means of precaution. He had perceived the abhorrence and disdain with which Zora treated the attentions of her admirer, and he knew besides that young Guzman was in a great measure the cause of those inimical sentiments. Aben-Jacob, therefore, conceived that Zora was a most powerful engine in his hands, both as a security foic the unwearied exertions and services of Don Juan, and as the means of devising some future schemes against Tarifa by playing upon the affections of Don Pedro de Guzman. The presence of his sister in the camp he considered a stroke of profound policy, and she was accordingly compelled to follow the sordid Moor before the walls of the besieged town.

The place was attacked with fierce animation, but without effect. In a sally which the Castilians made, the Moors were routed with considerable loss. Aben-Jacob next endeavoured to corrupt the integrity of Guzman the Good; and with this view he sent a private messenger to the Christian chief, offering him a munificent reward if he would surrender the town. The proposition was received by the Governor with all the indignation that might have been expected from his character. The siege continued; but the Moor, perceiving the little success of his undertaking, and despairing of bringing it to a future issue, made a different proposal to Guzman, which was, that upon the delivery of a certain sum of money, he would

immediately raise the siege. This alternative the Spaniard treated with the same contempt as the former, and it was upon this occasion that he returned the answer – «*Good Knights neither buy nor sell the victory.*»

Aben-Jacob, enraged at the failure of all his schemes, and yet ashamed to raise the siege which he had begun with such arrogance, applied the whole powers of his subtle soul to a very different expedient. He pretended that the siege could not be prosecuted for the present, and making a great show of his wishes to enter into some amicable arrangement, assumed the expression of a disposition which was in direct contradiction with his character and actual ideas. He ordered his sister Zora to be brought into his presence, and affecting great mildness of tone and courtesy of manner, he began to address the maiden.

«Dear Zora,» he said, «I am now sensible of my error in laying siege to Tarifa, when defended by such a man as Guzman. His integrity is equal to his bravery; but his goodness of heart is superior to both. I am most willing to renew the bonds of friendship which existed between our late father and the noble Castilian, and for this an amicable termination of our difference is indispensable. I am sensible of thy affection for young Guzman ; and I also know that he fully returns that tender feeling. On the other hand, my eyes have been opened to the villainies and depraved character of Don Juan, thy present suitor. Yet I am at present so delicately situated, that I must not openly exasperate him. Thou hast, however, my decided approbation to repel his addresses, and to favour those of Don Pedro de Guzman. To this young warrior thou must send a letter immediately, inviting him to a clandestine meeting to-night, in which thou must exert thy influence over his heart to persuade him to use his best endeavours with his father towards an adjustment of this contest. In the letter thou art to write to thy lover, do not forget to mention the importunities of Don Juan, and thy dread and abhorrence of his character.»

This insidious speech was received by the unsuspecting Zora with feelings of the most unmixed delight. There was such an appearance of sincerity in her brother's words and manner, and besides, what was required of her bore so reasonable an aspect,

Illustration 47.- **The foto shows a statue of Guzman the Good, in prayer, by Martínez Montañés, which is in the Monastery of San Isidoro, in Santiponce, Seville.**



that she could not for a single moment harbour a suspicion of Ahen-Jacob's treacherous intentions. She willingly promised, herefore, to comply with his request, and wrote an affectionate letter to Don Pedro, earnestly inviting him to a secret interview on the approaching night. In this letter she failed not to depict the trials she had undergone, and was even now exposed to, from the odious suit of Don Juan ; and made use of all that female eloquence which is so powerful in deciding the actions of men, when slaves to the absorbing passion of love.

This letter was sent by an old Moor, who, at the same time, carried a message to Guzman. Aben-Jacob confided implicitly in the sagacity of this man, and he hailed as certain the accomplishment of his plans. With regard to Don Juan, he was made acquainted with all the circumstances by the Moor; nay it was he who had the principal share in maturing the treacherous plot, as he longed to get bis successful rival, Don Pedro, into his

power,

Their hopes succeeded to the widest extent; the letter was received by Don Pedro, and produced upon him the desired effect. The young enamored cavalier was filled with rapturous delight at the perusal of Zora's vows of love and constancy, but at the same time the persecutions to which she was exposed from the wicked Don Juan filled him with alarm. He knew that the character of that prince was capable of the last degree of depravity, and he trembled for the safety of his beloved Zora. His resolution was soon made; the offered meeting presented too many attractions to be refused. Now and then some misgivings rose in the generous youth's heart, concerning the propriety of his visiting clandestinely the enemy's camp; nor was he completely satisfied that his conduct was irreproachable, in thus taking any step without the knowledge and sanction of his father. But love, all powerful love, soon silenced these scruples, and Don Pedro prepared to leave Taarifa in the night.

The wished-for moment arrived, and young Guzman, accompanied by the wily Moor who had brought the letter, left the town with the utmost secrecy and precaution. After some perilous adventures, he arrived in the enemy's camp, and was introduced to a tent, where, with feelings of unbounded rapture, he met Zora waiting for him alone. The Moor-guide then retired, and the two lovers were allowed undisturbed conversation.

«Oh, my Zora!» said the enamored Guzman, «could I expect so much felicity? Thy love, indeed, is great and sincere— great as thy angelic beauty, sincere as the goodness of thy soul. The boldness of this meeting is the strongest proof of thy affection.»

«My own Guzman,» she said, in a loving voice, «many have been the trials I have sustained, many the hardships I have endured, since the sad moment of our separation. I even apprehended we should never meet again; but propitious Heaven has ordained otherwise, and this meeting is only the prelude to greater happiness.»

«Thy confidence, Zora,» answered Don Pedro, in surprise, «is to me most gratifying; yet the delight it affords is scarcely greater than the astonishment. Why speak thus, when subject to so many

dangers and persecutions? Even now perils surround us, and should we unfortunately be surprised –»

«Banish Such fears from thy mind,» interrupted Zora, smiling sweetly; «the danger which you apprehend does not exist.»

«What say you, Zora?»

«The truth – we are in perfect security.»

«Yet, thy brother! – Don Juan!»

«My brother knows that you are here.»

«Just Heavens! – Can this be possible?»

«Is by his own desire that I wrote that letter. He hates Don Juan now as deeply as we do; but considerations of policy oblige him to affect a show of friendship which is very distant from his heart. Nay, Aben-Jacob approves our affection, and is willing to give it his sanction. He is most anxious that this contest should be brought to a friendly termination, and –»

«Hold, my Zora,» cried young Guzman, mournfully, «my heart misgives me strangely. Some deep plot has been contrived by thy scheming brother.»

«A plot ! no, no,» eagerly replied Zora; «it cannot be. Sincerity was stamped in his every word and action. Besides, what plot can there exist?»

«He no doubt intends to gain possession of Tarifa by means of our attachment. Alas! he deceives himself completely if he supposes that any private interest can induce my noble father to act in prejudice of his duty: the love of his son for a Moorish maiden will never persuade him to surrender the town; nay, were my great sire capable of the weakness, I myself would be the first to dissuade him from an act so detrimental to the splendor and glory which belong to his name.»

«You mistake, O Guzman!» interposed his mistress; «you really mistake my brother's views. He does not want to corrupt the integrity of the father by bribing the affections of his son. No, no, I believe he has renounced every idea of becoming master of Tarifa, and is only anxious to renew those habits of amity and good-will which existed between our respected fathers.»

This asseveration did not smoothe away the doubt of young Guzman. He had fondly indulged the belief that his coming into

the Moorish camp was the effect of a romantic passion, not any resource of policy. He came with the deepest conviction that no one was aware of this clandestine meeting, which, to his fervid imagination, had appeared arrayed in all the charms of adventure. Soon therefore as the romance was removed, his doubts were awakened, for the conversion of Aben-Jacob appeared to him too suddenly effected, and too little supported by reason, to be lasting and sincere.

Zora read in her lover's looks the painful thoughts which occupied his mind; she endeavoured to calm his apprehensions, but her affectionate endeavours proved in vain! a fearful presentiment of evil had taken possession of his heart, and a sad smile of incredulous import was the answer which the fond girl received to her warm protestations and soothing manner.

«But tell me, my own Guzman,» she said, endearingly, «what danger do you apprehend? Do you really conceive that Aben- Jacob premeditates some treason?»

«Alas!» he answered, «my mind is so confused with crowding thoughts, that I cannot form any reasonable surmise. The idea of danger is vividly engraved on my imagination – my heart whispers that some evil is at hand, but what the precise nature of that calamity may be I cannot imagine.»

At this moment a noise of approaching footsteps was heard; Don Pedro started in surprise, and believed that his apprehensions were about to be realized. Soon after, two persons entered the tent: these persons were Aben-Jacob and Don Juan.

«Merciful Heavens!» exclaimed Don Pedro, in sorrow, «then my worst fears are confirmed! Oh, Zora, Zora! into what an abyss of danger and misery has thy imprudent confidence precipitated thy loving friend!»

«Most amorous sir,» quoth Aben-Jacob, with a savage grin, «so you have fallen into my power! Poor wittol! deluded youth! That love should thus turn the common reason of man, is to me surprising!»

«What mean you brother?» demanded Zora in alarm; «surely you cherish no hostile feelings towards the unoffending Castilian?»

«Unoffending Castilian!» exclaimed the Moor, with a laugh of

derision; «by Allah, such words are most amusing! Here I find an enemy within my camp, in clandeistine intercourse with mine own sister – yet the youth is unoffending, forsooth!»

With a look of horror and dismay Zora fixed her eyes upon her treacherous brother, unable to express her astonishment by words. Young Guzman preserved a proud composure: the foul treason was now fully unfolded to him, but he declined to show any signs of fear or alarm. He had been guilty of an imprudent act, and he resolved to undergo the award which it deserved with a courage worthy of his sire. Don Juan cast a malignant glance on the youth, and enjoyed all the pleasure of which a treacherous nature is capable.

«I see I am the victim of a dark plot,» said Don Pedro, resolutely, and looking haughtily on his enemies.

«No,» replied Aben-Jacob scornfully, "thou art the victim of thy own folly.»

«I demand,» said Guzman firmly, «to be allowed to return to Tarifa in perfect safety, or you may rue the day when you thought by vile contrivances to deceive the sincerity of an honorable Castilian.»

«An honourable Castilian!» cried Don Juan in derision. «Forsooth! the term is well applied to a man who comes in the darkness of night, like a prowling thief, to seduce the faith of a foolish maiden – a woman too who is destined to become the bride of another.»

«False man! vile renegade! Castilian unworthy of the name!» exclaimed young Guzman in violent agitation. «Darest thou even pronounce the word honorable, sunk, degraded as thou art? Can aught in nature wear a more loathsome aspect than the Infant Don Juan: that traitor to his country and religion, that supreme of all that is vicious, darksome, and repugnant! Shame! that an infatuation of love should have reduced me to endure a vision that fills me with horror and disgust. Any, to come into the presence of a man whom I should wish nowhere to see but hand to hand in the field of battle!»

«Speak on, miserable boy – drivelling fool, speak on,» returned Don Juan, with coolness; «vent all the spite and choler that oppresses

thy deluded heart: ay, vent it freely, else thou mayst be smothered ere the time of retribution arrive!»

«Oh! my brother,» cried Zora, in the most lively affliction, «you mean not to act treacherously by Don Pedro: from the false Don Juan nothing can be expected but that which is base and criminal; but you, my brother, cannot wish to rival that monster in wickedness. «Twas by your own desire that the unfortunate letter which has brought that Castillian into this dilemma was written and sent. I obeyed your instructions, and now –"»

«And now,» interrupted Aben-Jacob, with ferocious exultation, «now that I have reaped the fruit of my sagacious head and thy foolish credulity; now that my enemy is secure, and the proud Don Alonso de Guzman compelled to lower his arrogance; now that I have a precious hostage, and that thou art no longer of any use in this transaction; retire to thy women, and be prepared to become the bride of Don Juan the moment it may please me to give the word: and thou, Christian,» he added, turning to Guzman, «surrender thy arms, for thou art my prisoner.»

He stamped with his foot, and the tent was instantly filled with soldiers; the unfortunate Don Pedro perceived the madness of attempting a defense, and with feelings of horror and indignation was compelled to surrender.

Zora endeavoured to move the hard heart of her brother by her tears and supplications; but that tender appeal, instead of soothing the savage Moor, tended only to confirm him more strongly in his intentions. The unfortunate Don Pedro was immediately secured and loaded with chains. At the sight of this indignity offered to him, a tear of mingled shame and resentment started to his eye.

«Base Moor!» he exclaimed, «tis not enough that I am become thy victim, but thou must needs add this aggravating insult to my misfortune! I am bound – secured with odious irons like a detested criminal – some dangerous felon. If thou hast the least remnant of human feeling in thy heart, spare me – oh! spare me this last humiliation.»

But this application to the Moor's heart was equally unsuccessful with that made by Zora. The wretched maid, considering herself the cause of the heavy disaster that had befallen her lover, was



Illustration 48.- The painting in the photograph is by the 19th century painter José Utrera, from Cadiz, who painted it at the age the nineteen. The intensely dramatic scene, with Guzman's wife, María Coronel, playing a part, gave rise to may theatre plays about the hero of Tarifa.

thrown into a paroxysm of grief and despair. She cast a lingering, melancholy look on the victim of her love as she was torn from him, and a horrid presentiment came over her soul that they were separated for ever. Aben-Jacob and Don Juan congratulated themselves on the success of their hellish machination, and now held a consultation on the most efficient method of making this first success conducive to their ultimate designs.

Thus passed that night. Don Alonso Perez de Guzman, little aware of the misfortune of his son, and the severe trial to which his paternal feelings were about to be subjected, rose in the morning, and began in his wonted manner carefully to inspect the town, and see if everything was in a proper state. The sounds of a trumpet soon startled his ear, and a new parley from the Moors was

announced.

«This obstinacy on the part of the enemy,» he muttered with some impatience, «is as singular as it is fruitless; they know full well that all attempts to make me deviate from the stem path of duty is unavailing: however,» he added, turning to one of his men, «Alvarez, bring the messengers into my presence, I will not deny them courtesy, however inflexible I may prove in other respects.»

The delegates from the Moorish camp were introduced; and their arrogant demeanour and insolent looks caused amaze to the Christians, who had been accustomed to very different behaviour from their enemies in all their previous embassies. They awaited in suspense what could be the object of the present mission, announced as it was with such confidence.

«Guzman,» said abruptly one of the messengers, «in the name of the sacred Prophet, his lieutenant, the mighty and magnificent Aben-Jacob, sends us again in a spirit of generosity to invite thee to surrender this town and fortress of Tarifa. Bear well in mind that a non-compliance with this demand shall be attended with mournful results to the Christians, and especially to thee.»

«Moor» replied Guzman, with dignified composure, «my sentiments ought by this time to be so well known to thy countrymen as to be in need of no further illustration. While I draw breath, Tarifa shall not become the property of the Moors. This decision I have repeatedly signified to Aben-Jacob, and now I declare it for the last time. Let him know, therefore, that henceforward he may spare himself the trouble of sending embassies.»

«That high tone,» returned the Moor vauntingly, «will soon be reduced to a more conciliatory level, when thou knowest the power of Aben-Jacob to work thy ruin.»

«Hold, infidel!» cried Guzman proudly, «thou couldest not adopt a more fruitless plan than attempting to bow Alonzo Perez de Guzman by threats. Whatever the power of Aben-Jacob may be, however boundless his resources, however terrible his means of inflicting misery, they can never be sufficient to work the downfall of my honour – and that, in sooth, is the only ruin that I should dread.»

«There is another peril, proud Spaniard,» said the messenger,

«which will make thee tremble, if thou hast indeed the attributes of a man. Thou art a father, Guzman, and haughty and unbending as thy soul may be, still the powerful cries of nature cannot be totally disregarded when they make an appeal to thy heart.»

He stopped; Guzman and his companions were puzzled at the mysterious words of the Moor; they suffered him to proceed.

«The danger of thy son Don Pedro must needs awake thy paternal solicitude.»

«My son Don Pedro ! what meanest thou, Moor?» cried Guzman, in some confusion and alarm; «surely he has not turned traitor to his country and religion? But,» he added, turning to the Castilians, «where is my son – why is he not present here?»

No one could answer the question, and the apprehensions of the Christians acquired additional power.

«Thy son,» resumed the Moor, with exultation, «is now a prisoner in our camp, in which, last night, he was surprised on a romantic adventure. He is a valuable hostage, and Aben-Jacob means to turn this fortunate event to the best advantage. The freedom of thy son can only be obtained by the surrender of Tarifa.»

«Then,» replied Guzman, with stern composure, «my son must remain in bondage all his life.»

«Hold, Guzman,» proceeded the Moor, «thou knowest not the full extent of the danger to which the boy is exposed. His life is threatened; for learn, haughty Castilian, that unless this town be surrendered in twelve hours, the head of young Guzman must be severed from its trunk.»

«Then,» cried Don Nuno Garcia, one of the Castilians, fiercely, «it is high time we secure your persons, that your lives may answer for any danger that may threaten Don Pedro!»

As he said this, the Noble and other attendants were about to secure the messengers, when Guzman interposed –

«Stay, Castilians!» he said, «what does a mistaken zeal prompt ye to do? These men, however unworthy, bear the characters of ambassadors, and as such we must respect them. Let it never be said, that Alonzo Perez de Guzman followed up the treacherous conduct which marked the proceedings of his enemies. Depart, Moors, and tell your master that threats and promises are of equal

inefficiency with the Governor of Tarifa. Barbarous as he is, I do him the justice to suppose him incapable of such an atrocious and treacherous deed, as the murder of an unoffending boy. But, should so dark a design really occupy his meditations, tell him, that although he may break the heart of a father, the murder shall have no effect upon the resolution of his mind.»

Saying this, he dismissed the messengers, confounded and astonished at the unbending sternness of his soul. The Castilians applauded the conduct of their chief; although some of them conceived that he had carried his generous and punctilious integrity too far, when he respected the character of ambassadors in men who ought not to have claimed the privileges of such. Most of the Castilians, however, supposed that the message of Aben-Jacob would prove an idle threat, which would be abandoned as soon as it was perceived that it produced no effect upon the father; indeed, this fond hope was further confirmed, by the idea, that however cruel and unprincipled the Moor might be, yet the generous behaviour of Guzman towards his messengers would excite a reciprocity in his heart. In this, however, the event proved that they were most lamentably deceived, as honourable men will always be, when they judge by their own feelings of the sentiments of the depraved.

At the end of three hours another summons of trumpets was heard, and Guzman gave orders that no more messages from the enemy should be admitted, but proceeded to the walls of the city, to hear what new proposals the Moors might bring; but he was greeted by a sight capable of unmanning the stoutest heart. His unfortunate son stood surrounded by Moors; his neck bare, his hands and legs strongly bound, and ready for execution. Near him was seen the ferocious Aben-Jacob, and the still more odious Don Juan; while the whole of the besieging army stood in battle. A Moor then approached near enough to be heard, and, in a loud voice, exclaimed –

«Oh! Guzman, behold thy son! If, within the time allotted thee to determine, Tarifa does not surrender, the unfortunate youth shall fall a victim to his father's cruelty.»

«Thou utterest rank falsehood, Moor!» replied, with indignant

pride, the Governor.» If my son falls a victim, it will not be to my cruelty, but to your base cowardice and his own imprudence.»

«Then your resolution is fixed!»

«Moor, tamper not with the inflexible honour of Alonzo de Guzman! – consummate the horrid sacrifice; and that no doubts may remain of my invincible resolution to adhere to my duty, take this token – that if you require a weapon for the murder of his son, his father presents you with it.»

And as he spoke, he hurled his own sword into the enemy's camp, and then, with a firm step, after casting a mournful look towards his son, returned from the walls. Every one was struck at the sublime horror of a deed that for eclipsed the most renowned acts of the old Romans. A murmur of mingled awe and admiration ran through the spectators of the scene. But the unfortunate and heroic father had a new and overwhelming trial to undergo. It was not enough that he had seen his darling son – a son of whom even the great Guzman might be proud – bound like a felon, and ready to suffer a terrible death; to add to the agonies of this sacrifice, the stern patriot was now obliged to encounter the piercing cries and frantic appeals of a mother on the point of seeing her child murdered.

Dona Maria Coronel, the noble spouse of Guzman, had been noted for an heroism of character, and a magnanimity in suffering toil and danger, which had rendered her an object of admiration to her countrymen, and of tender devotion to her lord. But what courage or resolution is there strong enough to smother the yearnings of maternal love? Dona Maria would have fearlessly waded through fields teeming with horror and slaughter; she would with fortitude have undergone the hardest privations – the most poignant sorrows; but yet to see her only son bleed before her eyes, when it was in the power of his father to save him, filled her with an agony – a despair, that was as fearful in its expression as it was heartrending to the noble Guzman.

Several of the most influential Castilians added their supplications to those of Dona Maria. They remonstrated with the inflexible Governor, that the King could never require so horrible a sacrifice of a father; and they urged that, even supposing Tarifa

surrendered this time, the exertions of the Castilians would again effect its surrender to the Castilian dominion. But neither arguments, nor tears, nor supplications, produced any effect upon the heroic father, save that of augmenting his affliction. In a sombre mood he paced the hall of his dwelling – now endeavouring to soothe the frantic grief of his Dona Maria, now repelling the mighty efforts made to conquer his inflexibility to the calls of unrelenting duty.

Thus time wore away in a dreadful suspense; Don Pedro awaited his doom with fortitude, for he anticipated that, from the known character of his father, he had now nothing more to hope. Aben-Jacob, and his accomplice, the traitor Don Juan, with powerful vexation perceived that their expectations would never be accomplished. With furious disappointment they saw their diabolical stratagem baffled, for the term allowed for deliberation was fast approaching, and there was no sign that the heroic Guzman would relent; while the resolute decision of his previous conduct, and the act of throwing his own sword into the camp, were indications that he would inflexibly adhere to his purpose.

A tumultuous noise was now heard at Tarifa: dismal cries of horror, mingled with martial sounds, filled the air, and everything announced some mighty event. Guzman rushed in agitation to the walls, which were already encumbered with soldiers; he inquired into the cause of the commotion – a Castilian pointed in horror to the enemy's camp, where the unfortunate father perceived the headless trunk of young Guzman distilling blood, whilst the gory head itself, affixed to a long spear, was presented as a ghastly trophy to his view!

«I feared,» said the magnanimous man, «that the enemy had taken the town; thank Heaven, it is not so! – I have done my duty!»

He then cast a mournful look towards the remains of his son, and confessed himself a father; tears started in his eyes, and bedewed his manly countenance, and, folding his arms, in a mood of utter desolation, he retired from the spot.

Contrary to the general expectations, the horrid sacrifice had been carried into effect. Aben-Jacob and Don Juan were actuated by a fiendish spirit of revenge, and, since they could not bend the

Illustration 49.- Sketch of Guzman the Good by the artist Manuel Reiné Jiménez, who also made the sculpture in Tarifa which commemorates the immortal act.



soul of the stout Castilian, they resolved to break his heart. Don Juan especially longed for the death of the young Guzman; a powerful feeling of jealousy absorbed his thoughts, and he was happy to find an opportunity of disembarassing himself of a hated rival. He was therefore assiduous in stimulating the resolutions of his ally, the Moor; and, scarcely had the term granted to Guzman expired, when Don Juan instantly ordered the execution of the helpless young man. His death, however, when the first sensation of chilling horror had subsided, served to stimulate the Christians to a boundless desire of revenge; they were inflamed with a wish to fall upon the dastard Moors, and Don Alonzo Guzman, finding the greatest difficulty in restraining their wild excitement, gave the order for a sally against the enemy.

The courage of the Castilians, seconded by feelings of indignation and vengeance, succeeded in causing the greatest slaughter and

confusion amongst their enemies. In vain Aben-Jacob and Don Juan strove to stem the violence of the charge – their exertions proved in vain, and the chastisement of the Moors for their barbarity was as severe as it was amply deserved. The bleeding remains of Don Pedro de Guzman were rescued from the Moorish camp, and brought to Tarifa, where the funeral rites were bestowed upon them, causing the deepest sensation amongst the spectators of the mournful ceremony. The heroic father, having fulfilled his duty in so stern a manner, was now plunged in a moody reverie of sorrow, which, while it moved all the Castilians to pity, no one dared to disturb. To offer consolation to such a man as Guzman, and to offer it under existing circumstances, would have been an insult. He was therefore suffered to indulge his sad reflections, unless these were broken upon by the affairs of the siege, at which time all the feelings of the father were banished the heart of the warrior, and the duties of the vigilant patriot again engrossed his attention.

The heroic Castilian, his spouse, and friends, were not the only mourners for the death of Don Pedro. There was another, whose sorrow was more poignant, whose despair seemed to produce the most melancholy effects upon her reason – the fond and unfortunate Zora was plunged in inconsolable affliction. The horrid fate of her lover continually haunted her fevered imagination. She considered her error the primary cause of the young Castilian's death, and she bitterly accused herself for the facility with which she had credited the treacherous words of her brother.

But, alas! the agony consequent on her lover's fearful doom was not the only trial she was compelled to undergo. The loathed obsequiousness of Don Juan still persecuted her with painful constancy, and these attentions had something fiendish and appalling since the hateful traitor had added to his other crimes the murder of his unfortunate rival. Zora, wrought to a pitch of desperation, fearlessly and resolutely spurned the miscreant from her, and, the intensity of her despair giving her courage for the most daring acts, she openly defied her merciless brother. She expressed her unconquerable aversion to the two princely ruffians, and her determination to suffer the most frightful death sooner than consent to become the bride of Don Juan. She was flattered

and menaced; every art that shrewdness could invent –every dreadful means that baffled hopes, allied to cruelty, could suggest, were resorted to, but every endeavour to induce her to alter her resolution proved totally ineffectual.

The disappointed tormentors now adopted the most rigorous and execrable measures; their unfortunate victim was closely immured, treated with every kind of contumely, and even unmanly violence was made use of, to punish her obstinacy, if not to change her determination. These accumulated trials, added to the agony of mind produced by her lover's catastrophe, soon wrought the most disastrous effects upon a delicate constitution. Scarcely a week had elapsed since the death of Don Pedro, when his unfortunate mistress, the lovely, the tender Zora, followed him to the grave.

The link which bound the two miscreants being thus removed, Don Juan's turbulent temper made him anxious to seek fortune elsewhere; and he resolved to repair to some other spot, where his genius for doing evil might be called into action. Aben-Jacob suffered him to depart without regret, for he now began to reflect that his services were of no importance, since the hopes of capturing Tarifa were every day growing weaker. He made several attempts, both by stratagem and force, to render himself master of the town; but the active vigilance of Don Alonso was proof against surprise, while his courage and resolution victoriously repelled any attack. At length Aben-Jacob, taught by repeated experience to respect the virtues and martial qualities of Guzman the Good, resolved in despair to raise the siege. This he effected in a few days, and retired to Africa full of rage and shame; and thus the glorious defense of Tarifa was brought to a successful end.

The fame of Guzman's sacrifice and magnanimous conduct during the siege soon spread throughout Spain. King Sancho, anxious to testify his gratitude and respect for the illustrious patriot, wrote a letter expressive both of congratulation and condolence; saying, that sickness alone prevented him from going to meet the best of Castilians, and earnestly inviting him to his court. The greatest honours were showered upon Guzman. His march to Alcala de Henares, where the King then resided, was, in truth, a triumphant procession. The inhabitants of cities, the retired

peasants—every one ran to see that great and virtuous man; and amongst the thousand human beings that daily impeded his progress, there was not a single voice but what was expressive of admiration and respect

Upon his arrival at Alcala de Henares, the King, attended by his whole court, went forth to meet him; and, having embraced him, and pointed him out to his attendants as the model of a true Castilian knight, gave him all the territories between the shores of the Guadalquivir and Guadalete. Guzman, the rest of his existence, preserved the same unspotted character for virtue, the same splendid name for heroism, that had marked all his previous life.

Such was Don Alonso Perez de Guzman, the Good. One of the most illustrious heroes of Spain; a son of that land, conspicuous in the remotest ages for the magnanimous qualities of her children; a land favourable to the growth of courage and honour, and integrity and noble pride, and all the most exalted attributes of man. A land, which, however sunk in the present day, in former times dazzled the neighbouring states with the brilliancy of her glory.

Guzman the Good was the first Lord of San Lucar de Barrameda, and founder of the house of Medina-Sidonia, which may be justly proud of so glorious a descent. The death of Guzman was in all respects equally glorious as the rest of his illustrious career. He was sent to besiege Gibraltar, which, after an obstinate resistance, surrendered, having remained in the possession of the Moors five hundred years. This was the last service which Guzman the Good did to his country; and here his glorious life met with a glorious end. Having advanced in the pursuit of the Moors, who were spoiling the neighbourhood of Algeciras, he was surrounded by the enemy before a competent number of his own men were near, and slain after a gallant defense.

«His memory» (says Quintana) «excites amongst us a respect equal to that which is inspired by the most celebrated worthies of antiquity —such as a Scipio, or an Epaminondas; and his name, hearing the impress of the most exalted patriotism is never pronounced but with a sort of religious veneration.»

Al Qantir

*Monografías y Documentos
sobre la Historia de Tarifa*

TÍTULOS PUBLICADOS

- 1.- *Tarifa y el sitio de Algeciras de 1309*
- 2.- *Manifiesto de las operaciones militares en la plaza de Tarifa en el mes de agosto de 1824*
- 3.- *La batalla del Salado (año 1340)*
- 4.- *Batalla naval de Guadalmesi (año 1342)*
- 5.- *La construcción del Liceo Tarifeño (1870-1875)*
- 6.- *Guzmán el Bueno: ¿leonés o sevillano?*
- 7.- *Guzmán el Bueno en las crónicas de los reyes*
- 8.- *Guzmán el Bueno: colección documental*
- 9.- *El desarrollo de la batalla del Salado. La muerte de Guzmán el Bueno*
- 10.- *Inicio de la invasión árabe a España. Fuentes documentales*
- 11.- *XIII centenario del desembarco de Tarif ibn Mallik (Tarifa, julio de 710)*
- 12.- *Actas. I Jornadas de Historia de Tarifa*
- 13.- *La defensa de Tarifa durante la Guerra de la Independencia.*
- 14.- *Libro de Honor de Tarifa*
- 15.- *Tarifa medieval. Episodios.*
 Suplemento: Callejeros históricos de Tarifa
- 16.- *Actas. II Jornadas de Historia de Tarifa (en preparación)*

Pedidos y descargas: www.alqantir.com

